



FUGAS DE TINTA 6

CRÓNICAS, CUENTOS
Y RELATOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 6

CRÓNICAS, CUENTOS
Y RELATOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

2014

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 6

CRÓNICAS, CUENTOS Y RELATOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA 2014

MINISTRA DE CULTURA
Mariana Garcés Córdoba

COMPILADOR
José Zuleta Ortiz

VICEMINISTRA DE CULTURA
María Claudia López

EDITOR
Harold Kremer

SECRETARIO GENERAL
Enzo Rafael Ariza

EDICIÓN, DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL
TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.
CORRECCIÓN DE TEXTOS
Jonathan Ahumada Fernández

DIRECTORA DE ARTES
Guiomar Acevedo Gómez

CONCEPTO GRÁFICO
Tangramagráfica

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO - RELATA
Nahum Montt Pineda
Daniel Ibarra Andrade
Carlos Octavio Cóbbita Villamil
Vanessa Morales Rodríguez
Diana Yanir Gutiérrez
Paula Camila Garrido Rubiano

IMPRESIÓN Y ACABADOS
TSV Comunicación Gráfica S. A. S.
www.tsvgrafica.com

Primera edición, septiembre de 2014

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización de los
editores y de los propietarios
del *copyright*.

© Ministerio de Cultura,
República de Colombia
© Red de Escritura Creativa
© TALLER DE EDICIÓN • ROCCA®
Carrera 4 A No. 26A-91, of. 203
Tels.: [57-1] 243 2862 - 243 8591
taller@tallerdeedicion.com

© Derechos reservados para los autores

ISBN 978-958-8545-84-4



**PROSPERIDAD
PARA TODOS**



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
JOSÉ ZULETA ORTIZ - COORDINADOR DEL PROGRAMA LIBERTAD BAJO PALABRA DEL MINISTERIO DE CULTURA	
CALARCÁ	15
JOSÉ RODOLFO RIVERA LONDOÑO - DIRECTOR DEL TALLER	
DEL OTRO LADO DE LA REALIDAD	17
Bernardo Fox Tovar	
EL ENCUENTRO CASUAL	21
José Yileth Ríos Grajales	
MARAÑA	23
Pedro Luis Londoño	
SINCELEJO	29
MARÍA ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN - DIRECTORA DEL TALLER	
AMIGA	31
Isaura Rivera	
ANTES DE AMARTE	33
Jorge Amaya	
RECUERDOS DE MI NIÑEZ	35
María Ortiz Álvarez	
BARRANQUILLA	37
LUZ HELENA ARROYO - DIRECTORA DEL TALLER	
DÍA DE VISITA	39
Waldin Acendra	

EL DIARIO César Vélez	41
UNA EXTRAÑA VISITA Ricardo Álvarez	43
SE LANZÓ Bladimir Estrada	47
CÚCUTA NORWELL CALDERÓN ROJAS - DIRECTOR DEL TALLER	49
ENTRE SANGRE Y FANGO Carlos Andrés Peñaloza Cuéllar	51
DE LA DERROTA A LA CONQUISTA Sara Judith Moreno Ramírez	53
LA LUZ DE LOS RELÁMPAGOS Matilde León	55
¿QUÉ MÁS PUEDO HACER? Virginia María Quintero	57
EL RÍO, LA LLUVIA Virginia María Quintero	59
BUCARAMANGA ÁLVARO JOSÉ CLARO RÍOS - DIRECTOR DEL TALLER	61
EL CARRO FANTASMA Víctor Hugo Correa	63
LA APUESTA Javier Rodríguez	65
LA GUARNICIÓN MILITAR Carlos Alberto López	71
LA BOLETA Carlos Alberto López	75
EL BIBLIOTECARIO Álvaro Corzo	79

ARAUCA	83
NELSON PÉREZ - DIRECTOR DEL TALLER	
DOLOR EN MI ALMA	85
Milciades Piñeros Zubieta	
NO TENERLE MIEDO A LA MUERTE	87
Elías Suárez	
EL HERMANO MALO	89
Henry Yesid Trujillo	
LOS DESEOS DE CUMPLEAÑOS	91
Yeison Orley Carrillo Jaimes	
TULUÁ	92
WALTER MONDRAGÓN - DIRECTOR DEL TALLER	
¡ALLANADOS!	95
Ángela Velázquez y Ana Lucía Vanegas	
POR SEGUIR EN LO MISMO	97
Lina María Asprilla	
LA RECOGIDA	99
Rosalba Ortiz y Gladis Ramírez	
UNA ANIMALADA	101
Luz Marina Delgadillo	
LA CORRIDA	103
Yolanda Ríos y Yuri Rengifo	
UNA MENTIRA PIADOSA	105
María del Pilar Moncada y Sandra Julieth Cifuentes	
EL CUMPLEAÑOS MALDITO DE HANZ	107
Faber Nazarith Sandoval	
LOS EMBELLECEDORES	111
William Eliécer Coronado	
JAMUNDÍ	113
MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ - DIRECTOR DEL TALLER	
MARÍA APRENDE A TEJER HISTORIAS	115
María Claudia Borda	

RUTINA 1	127
Doris Suárez Guzmán	
RUTINA 2	131
Doris Suárez Guzmán	
PERSEGUIDOR	137
Adriana Segovia	
AUSENCIA	139
Adriana Segovia	
TÚ LIBERTAD, MI CONDENA	141
Adriana Segovia	
BATALLA CAMPAL	145
Narlesy Mosa	
MI INVITACIÓN	147
Diana Abeña	
EL PRINCIPITO	149
Diana Abeña	
EL VIAJE	151
Diana Abeña	
SOLO UN FINAL	155
Karen Martínez	
LAS APARIENCIAS ENGAÑAN	159
Mariluz Poveda	
MEDELLÍN	161
DAVID MACÍAS - DIRECTOR DEL TALLER	
FALSA ILUSIÓN	163
Diana Patricia Arcila	
BALA PERDIDA	173
Nóvile Humberto García	
EL JUEGO Y LA ILUSIÓN	179
Julián Roldán Grajales	

NEIVA	183
BETUEL BONILLA ROJAS - DIRECTOR DEL TALLER	
COSAS DE ABOGADOS	185
Carlos Alberto Guzmán Palacios	
LIBRE POR UN INSTANTE	187
Carlos Alberto Guzmán Palacios	
ESTÚPIDA	189
Evelio Castaño Acosta	
LA FAENA	191
Evelio Castaño Acosta	
ABANDONO	197
Johann Arias Rivera	
LAS INJUSTICIAS DE LA VIDA	199
Johann Arias Rivera	
PENSAMIENTOS DE REINA	201
Johann Arias Rivera	
LA INVITACIÓN	207
Jorge Luis Vidarte	
EL OLOR DE LA AGUAPANELA	209
José Hernán Anacona Guzmán	
LA FUMA DE ANTIER	211
Nelson Yesid Marca Lasprilla	
EVOCACIÓN	213
Luis Alfonso Díaz	
BOGOTÁ	217
VÍCTOR MANUEL MEJÍA ÁNGEL - DIRECTOR DEL TALLER	
ENCARGUITO	219
Claudia Marcela Ríos Escobar	
SE ACABÓ LA FIESTA	221
Tatiana Tapia Lozano	

PRESENTACIÓN



Este programa consiste en una serie de talleres de escritura creativa dirigido a reclusas y reclusos de cárceles colombianas. Se trata de que los reclusos tengan la posibilidad de escribir, que puedan contar sus experiencias, y más que nada, que desde la escritura logren confrontarse, indagar sobre lo que les ocurrió y logren reflexionar escribiendo sobre sus infancias y sobre la vida que han llevado.

El programa Libertad Bajo Palabra es voluntario y no redime tiempo, de tal forma que los que van a él lo hacen porque les interesa escribir, porque ven en ello una posibilidad para soportar lo que viven, para entender lo que son. Por ello, tratamos de respetar, sin moralismos ni prejuicios, la historia de cada quién.

Fugas de tinta VI es una colección de algunos escritos de los participantes en los talleres realizados en 2013. Estos textos son un documento valiosísimo sobre Colombia y deberían ser leídos por los académicos, por los sociólogos y los antropólogos, y por todos los que se interesen por los problemas sociales de nuestro país, pues en ellos se puede ver la realidad, la verdadera vida, sus sombras y sus múltiples orígenes.

Fugas de tinta ha tenido mucho éxito dentro y fuera de Colombia. Algunos países han replicado el programa y han logrado experiencias similares. Para los autores es muy importante que sus textos sean publicados, están muy orgullosos y algunos textos se convierten en *Best Sellers* dentro de las prisiones. Alguna vez, el escritor Harold Kremer, uno de los editores, dijo: “ya quisiera uno poder escribir con semejante determinación y sinceridad”.

Lo más interesante de este programa es que, a partir de la escritura, muchos reclusos se interesan por leer y se convierten en grandes lectores. Una reclusa del Buen Pastor de Bogotá me dijo: “Cuando descubrí la literatura supe que podía aguantar esta tragedia. La biblioteca y los libros, leer y escribir, son la mejor manera de no estar aquí, la manera que tengo de ser libre aquí adentro”.




José Zuleta Ortiz
Coordinador del programa



FUGAS
DE TINTA 6

CRÓNICAS, CUENTOS
Y RELATOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL



CALARCÁ



José Rodolfo Rivera Londoño
Director del Taller

DEL OTRO LADO DE LA REALIDAD

Bernardo Fox Tovar



Es común encontrar en un centro penitenciario internos que ven la vida desde un punto de vista desconcertante, demasiado real para seguir viviendo. Han perdido sus esperanzas, los seres que más han querido los han defraudado: se han quedado solos en el camino.

En un día tan agradable y anhelado, donde todo parece aliviar nuestras soledades, hacernos viajar en un mundo que deseamos, llega el domingo, y con él, llega la alegría, la fugaz alegría: por fin el día de visita, bueno para unos y alentador para otros. Desde muy temprano, casi por costumbre, nuestros cerebros se encienden y nos dicen qué hacer, cómo enfrentarnos a este esperanzador día.

Más se demoran en abrir las celdas para salir corriendo y llegar primeros al baño, ya que son pocos y las filas son largas. El tiempo es oro para nosotros y hay que organizar las cosas que vamos a llevar para las visitas y, por supuesto, arreglarnos y vestirnos bien.

Mientras unos alistan lo mejor que tienen para armar un cambuche y recibir la visita, otros van de celda en celda, buscando quién los ocupe para cargar las cosas, lavar los trastes, hacer la fila en el caspete para lo que se va a pedir, y estar pendiente cuando llegue la visita.

Silban en el patio, todos se esparcen como si cargaran encima algo ilícito: es hora de la contada; la guardia entra y empieza el desfile de un lado a otro, mientras constatan que no falte nadie y así poder entregar su turno y salir a descansar.

Las primeras visitas, si están de buenas, empiezan a entrar al establecimiento a las 8 de la mañana; ya saben cómo deben venir vestidas, así como los alimentos que les permiten ingresar. Las personas de edad tienen una ventaja, ya que pueden entrar primero: para esas personas la ansiedad no es tan angustiante.

Se siente una alegría enorme, se olvida uno hasta del sitio donde estamos, donde nos llaman casi siempre por nuestro apodo o apellido, y nuestros nombres pasan a segundo plano... o a segundo patio, en fin... Cuando llegan las visitas, corremos como locos, o como presos, y los abrazamos como si nunca los hubiéramos visto. Como sabemos que el tiempo es corto, permanecemos atentos a todo lo que nos cuentan de la calle, el lugar de nuestra libertad; se nos quita el hambre, se nos olvida hasta que hoy es domingo, y solo deseamos que el día nos alcance para compartir con nuestros seres queridos, aunque siempre sabemos que no es así, que el día se esfuma y volvemos a nuestro encierro y a la distancia con ellos.

La pluma tiene su parche, los del rancho lo cuidan como si le prestaran seguridad a un político; hasta hay algunos que les llevan su visita como si se le estuvieran exhibiendo, y se ven tantos “cuadros” que hasta la visita queda sorprendida, pues no es fácil para unos tener que ver la familia metida en este cuchitril; como dicen aquí: “La visita es todo, es media causa”.

En el patio se ve un comercio artesanal de todo ámbito: está el que vende en su propio parche, el que recorre los pasillos de aquí para allá, hasta el que entrega sus trabajos por encargo. Lo bueno de todo esto es que la visita queda encantada con todo lo que se exhibe, y cuando uno les regala algo, se van felices y agradecidos, como cuando a un niño se le da un dulce; y hasta hay algunos que bromeando dicen que es bueno que se vayan motivados, para ver si así mandan una buena platica para el “bono”.

Llega la hora de la partida: vuelve la tristeza, la soledad, la espera. Quince minutos antes de que entre la guardia, ya se empiezan a desarmar los parches, empezamos a empacar los trastes, y le dan las

últimas instrucciones a nuestras visitas de lo que deben o no dejar, de lo que se pueden o no llevar.

Se puede sentir la nostalgia y la tristeza en el aire por tener que partir sin saber si nos van a volver a ver, o de si van a recibir la noticia de que nos fuimos de remisión y les tocará armar viaje de visita para otro lado. Si nuestra visita fue nuestra compañera sentimental, quedamos montados en la “vaca loca”, pasamos encintados toda la semana, empeliculados; se nos pasan muchas cosas por la cabeza, y ahí sí que sentimos el “canazo”; y no se sabe qué es más duro: si estar solo en estos lugares, o tener a su compañera lejos.

En el caso de nuestra familia, ellos sufren demasiado, pagan el “karma” igual que uno, aunque guardan como nosotros la esperanza de que pronto saldremos de aquí y, por ello, siempre nos recuerdan las razones por las cuales debemos cambiar la vida que llevamos y salir luego con la frente en alto, sin olvidar que siempre contamos con todo su apoyo.

La rutina nos debilita psicológicamente, no nos da muchas opciones a escoger: o te resignas o te enloqueces. Es como si el tiempo, nuestro tiempo, estuviera ya planificado para nosotros, pues no vemos ninguna diferencia entre un lunes, miércoles o cualquier día de la semana.

Lo único que puedo asegurar es que sabemos a qué hora nos acostamos, pero no si tal vez nos levantaremos al día siguiente. En fin, esto se convierte en un “salsipuedes”, “sálvese quien pueda”, o “arrodílese y viva la suya”. Por eso, digo que ojalá que la virgencita de La Merced tenga compasión de nosotros y de nuestra familia, para poder empezar un nuevo día y volver a la “realidad”, a nuestra realidad.

EL ENCUENTRO CASUAL

José Yileth Ríos Grajales



Se llamaba Harold, un excelente trabajador, buen hombre y amigo del buen gusto; siempre tenía ganas de hacer las cosas bien y llevar a cabo proyectos.

Trabajaba en una de las mejores empresas del país, Colgate Palmolive; se desempeñaba con pasión, era un líder altruista, colaborador con sus compañeros. Hacía reemplazos, horas extras, y con ese espíritu, fue escalando posiciones, al punto que le otorgaron el título como el mejor trabajador del año en diciembre de 2007.

Un sábado llegó a su apartamento encrespado. Como ser humano, era sensible y se encontraba pusilánime. Se sentó en el sofá, prendió el equipo de sonido y puso música clásica; para relajarse, abrió la nevera y sacó una cerveza, se miró en el espejo y se cuestionó: “he trabajado mucho, necesito distraerme, atisbar cosas nuevas”. Dejó a un lado sus pensamientos, se dirigió al closet y se puso la mejor pinta: *jean* Levis azul, camiseta blanca, chaqueta negra Americanino, tenis azules Converse. Emergió de su rutina, se montó en su lujoso auto y salió en busca de la aventura de la noche.

Después de dar muchas vueltas, se dispuso a entrar en una taberna llamada Butacos, en el municipio de Quimbuya. Se le arrimó una hermosa chica y le ofreció sus servicios:

—¿Qué deseas tomar?

—Quiero estar solo —le dijo—. Tráigame un *whisky* con hielo. Dígale al discómano que me ponga la canción *Al otro lado del silencio*, de los Ángeles del Infierno.

Fue complacido. Empezó a beber con desenfreno. La noche avanzó. Llegó la hora del cierre y Harold se encontraba perdido en su borrachera. Como era un cliente conocido del lugar, fue llevado a la casa de uno de los porteros, lo acostaron en la cama, le quitaron los tenis y la chaqueta para que su descanso fuera más placentero.

Su mente se transportó a otras dimensiones. Tal vez por el efecto del licor empezó a soñar que era asesinado por unos delincuentes que querían despojarlo de sus pertenencias: fue una terrible pesadilla.

Despertó asustado, miró a su alrededor, y se dio cuenta de que estaba en un lugar desconocido. Empezó a gritar:

—¿Dónde estoy, dónde está mi carro?, ¿qué diablos hago aquí?

Salió una mujer elegante, bonita, en un *babydoll*, muy seductora, y le ofreció un jugo de naranja:

—Tranquílcese, está muy asustado, su carro está guardado.

—No recuerdo nada —dijo él, perplejo.

—Yo soy tu amante. Pasamos la noche juntos. Lo disfruté.

—¡No! ¡Eso no puede ser! Yo soy amanerado, no me gustan las mujeres.

Y salió como alma que lleva el diablo.

MARAÑA

Pedro Luis Londoño



A sus diecinueve años, Fernando Castañeda ‘Pinina’, como le conocían sus queridos amigos de infancia, se encontraba viviendo la más difícil encrucijada de su vida: un choque moral, ético, espiritual, sentimental y profesional, que ponía en contradicción sus convicciones, su capacitación, preparación, el deber y el ser, algo para lo que un hombre tan recién salido de la adolescencia no está preparado para afrontar.

Nació y creció en uno de los barrios más populares de la ciudad de Armenia, donde conoció, además del valor y la importancia de la amistad y el compañerismo, muchos problemas sociales como el delito y la drogadicción. Creció con sus primeros amigos jugando botata-rrero, canicas, el fútbol en el peladero del barrio, con la pelota vieja o el balón al que le faltaban muchos cascos y, el cual, al patearlo cogía cualquier rumbo menos el esperado por el pateador. Esos partidos eran con porterías improvisadas, muchas veces hasta con las mismas camisas de los jugadores o cuatro ladrillos que de improvisto habían sobrado de la demolición más cercana. Gozaban también al lanzarse sobre una tabla encerada (con parafina), a lo largo y profundo de la pendiente de la carrera veinte, haciendo *surfing* sobre el pavimento; lo que se pagaba con rodillas y codos llenos de peladuras y, por qué

no decirlo, también con mejillas cortadas y costillas fracturadas. Así mismo, pasaban tardes inolvidables en la vieja estación del ferrocarril donde jugaban con trenes reales, colgándose de los vagones llenos de café cuando la vieja locomotora iniciaba su proceso de organizarlos para el viaje del día siguiente entre Armenia y Cali. También hacían paseos clandestinos al río La María a bañarse en el chorro, o tirarse del puente donde muchos aprendimos a nadar a las malas, pues la regla era: o nadas o te ahogas, para no pasar por la vergüenza de que te declararan gallina.

Lógicamente esa clandestinidad se pagaba con gotas de sudor, sangre, saliva y muchos castigos con las correas de enojados padres; más que enojados, preocupados por el bienestar de sus pequeños. Todo esto fue fortaleciendo esas viejas amistades, las cuales fueron madurando y robusteciendo al paso del tiempo con más circunstancias y situaciones que fueron apareciendo en esos años maravillosos, como el primer cigarrillo, el primer cacho de mariguana o el primer sexo con la tetona de Matilde, la novia de todos, que lo daba fácilmente, durante y después de las fiestas del barrio.

Los amigos se fueron separando después de terminar la primaria en la escuela. Muchos se fueron distribuyendo en los colegios de bachillerato de la ciudad. Otros se fueron yendo del barrio porque, según los padres, se estaba llenando de marigüaneros y ladrones; como dicen por ahí, se estaba volviendo una “olla”. Pero había otras razones, como en el caso de Pinina: su padre salió favorecido en una casa de esas que entregaba un instituto del Estado para pagar en quince años a través del obsoleto y usurero sistema UPAC (Unidad Para Abusar del Cliente), ubicado al sur de la ciudad.

Allí empezó una nueva vida, conoció a su primera novia, nuevos amigos, cambió de colegio del cual debió retirarse antes de graduarse de bachillerato, ya que una enfermedad de su padre lo obligó a trabajar de día para ayudar en la economía familiar. Se convirtió en el mensajero de una empresa de muebles de las muchas que hay en la vía al aeropuerto. Nunca olvidó a sus amigos de infancia, a pesar de que sus nuevas labores y amistades le impidían ir a buscarlos en el parche anterior. Al cumplir su mayoría de edad y como le pasa a los pobres de este país, debió presentarse a definir su situación militar. Por supuesto, fue reclutado y enviado a Cali para su entrenamiento

y, luego, a las filas de un batallón de contraguerrilla acantonado en Cauca y Nariño, donde debería pasar sus dos próximos años por no ser bachiller y ser reclutado como soldado regular.

El 15 de mayo, después de una gran caminata adobada por el calor y humedad de los campos caucanos en jurisdicción de Caldono, Cauca, fueron hostigados y se vieron envueltos en un gran enfrentamiento que duró varias horas: hubo muchos heridos, varios muertos. Ante esta situación caótica, el Capitán cambió la estrategia y ubicó a sus mejores hombres en puntos importantes; como Fernando era de los mejores francotiradores, fue apostado en un lugar privilegiado de tiro de donde le podía hacer mucho daño al enemigo.

Desde su ubicación, con la ayuda de la mira telescópica, quitó la vida a varios de sus enemigos, haciendo con su fusil recorridos macabros matando todo lo que se movía, buscando su próxima víctima en medio de la maraña. Con la claridad de su telescópico, pudo ver salir, de en medio de un matorral, una cara pecosa, tostada por el sol y con la brillantez de sus ojos jóvenes y una rala e insignificante barba. Ajustó su mira para cerciorarse que no estaba viendo un fantasma y se dio cuenta de que no. La cara que apreciaba era conocida, un amigo de la infancia. Era el “cabezón” Cardozo, aquel que había sido más que un amigo, el hermano que nunca tuvo, aquel que le había producido tantas risas porque era un hombre de alegría inmensa y una nobleza única, con quien había aprendido a leer y a escribir las primeras letras, con el que tanto practicaba las difíciles tablas de multiplicar, el amigo de las buenas y las malas. Era su verdadero amigo porque muchas veces había llorado con él. No lo había vuelto a ver, solo hasta hoy, después de diez años. Mientras lo tenía alineado con su fusil, del doblar su índice derecho dependía su vida. Ahora lo tenía de “enemigo” por cosas del destino, destino que nadie sabía interpretar ni mucho menos entender. A tiro de fusil, tenía que tomar una decisión. El “cabezón” Cardozo fue siempre una gran persona, el niño más educado y respetuoso de la cuadra, un gran pequeño hombre, el mejor hijo de doña Ángela, el orgullo de don Tulio, el hermano amado por Ana, Emilse y por Pablito, su hermanito menor. Tenía en sus manos la vida del hijo amado del viejo Tulio, quien siempre regalaba frutas de las que vendía en la vieja plaza de mercado de Armenia, convertida en alcaldía después del terremoto. Nos regalaba dinero para comprar gaseosa, después de la misa del domingo.

Su vida se llenó de una maraña más espesa y enredada que el falso camuflaje a su amigo. ¿Qué hacer? Lo mataba o le permitiría seguir viviendo, con la esperanza de que ambos algún día salieran de esa situación y volver a encontrarse en la calle. Si no disparaba, estaba permitiendo que él y sus amigos siguieran disparando a sus compañeros de ejército, los cuales eran solo eso, compañeros ocasionales y hasta algunos le caían mal. No eran sus amigos como el “Cabezón”, pero recordaba que había jurado defender su patria y las instituciones y también su vida, que estaba en juego en esa macabra y perversa ruleta de la guerra que él nunca quiso y que hoy lo tenía al borde de matar hasta a sus amados amigos. También pasó por su cabeza que debía matarlo ya que le enseñaron en su ejército que los guerrilleros le hacían mucho daño al país y a mucha gente de la sociedad, pero el Pecoso era parte de ese país y de esa sociedad y sabía que su muerte también causaría daño y dolor a muchas personas. Sabía, además, que él también sufriría mucho, pues no era justo pagar todas las risas y alegrías que su amigo le había proporcionado con un certero disparo que le cegaría la vida. ¿Y cómo poder volver a mirar a los ojos de la madre de Luis Carlos? ¿Y cómo mirar los de su propia madre, cuando ella le había dicho muchas veces que amistades como la de Carlitos se debían cuidar y valorar? ¿Y cómo matar a su amigo, si lo que siempre durante estos últimos diez años había querido era encontrárselo de nuevo y abrazarlo y contagiarse de la alegría que irradiaba?

Su vida, sus recuerdos, pasaron como una película a toda velocidad, cuadro a cuadro. Quería saber por qué razón un hombre de tantos principios y valores como su amigo estaba en esa situación, qué lo había motivado para estar en el otro bando, quién le había llenado la cabeza con esos cuentos y por qué precisamente hoy la vida los enfrentaba. ¿Sería una prueba a la amistad? No sabía qué hacer. El fragor del combate seguía y por su cara corrían ríos de sudor que le hacían brillar el camuflaje. Seguía sin desenredar esa maraña porque no se sentía con fuerzas para llevar ese cargo de conciencia, pues no hay nada más pesado que arrastrar una culpa, además que no te deja nunca.

Hoy después de cuatro años, Pinina, como todos los sábados, está sentado en una banca similar a la de los parques, fumando lenta y placenteramente un cigarrillo, su vicio de siempre. Descarga el

humo tratando de hacer círculos que se elevaran al cielo como las oraciones de su madre para que fuera absuelto. Cuando fue procesado por desertión y traición a la patria, ya que al no poder disparar y matar a su amigo, al quedarse petrificado por sus divagaciones y contradicciones, su jefe de escuadrón lo hizo poner preso. Él salió preso para una base militar donde se encuentra en este momento y fue condenado a pagar seis años de cárcel —siente que la vida de su amigo cuesta más que eso—. Allí inició una nueva vida, empezó a estudiar, y una institución educativa del Estado le está patrocinando un proyecto productivo.

Son las ocho y media de la mañana y, como cada sábado, Fernando recibe su anhelada visita. Su viejo padre puede sentir el abrazo y la contagiosa risa de su amigo, el cabezón Cardozo, quien dos años después de aquel cruento combate, se desmovilizó y entró a un programa de reinserción del gobierno. Hoy está estudiando en la universidad y cada sábado visita a ese verdadero amigo, que sin él saberlo, le dio la oportunidad de volver a vivir.

SINCELEJO



María Alejandra García Mogollón
Directora del Taller

AMIGA

Isaura Rivera



Amiga mía: ¿por qué nos encontramos en una situación similar?, ¿será que nuestro destino es sufrir? Yo me encuentro en un triste sueño, un sueño del que quisiera despertar, abrir los ojos y sentir que estoy feliz, pero al mirar alrededor, veo mi triste realidad, una realidad que tengo que vivir. Me siento en un profundo abismo y quisiera ignorar las cosas y no puedo. Estar aquí es como estar en él... Tan sola me siento y trato de controlarme, pero el desespero me lleva a sentirme frágil. Veo que llega el atardecer donde estoy y lo único que hago es resignarme.

Cuando cierran las rejas y llego al área donde duermo, me relajo. Miro a mis compañeras y veo una tristeza en cada una de ellas. Salgo al área del patio y también veo lo mismo. El consuelo es mirar esas lindas estrellas. Amiga, tú también debes estar así como lo estoy yo.

Éramos tan felices cuando estábamos en la calle. Amiga, tengamos fortaleza y fe. Seguro vamos a salir de esta situación en que estamos. Lo único que me da bienestar es estar con una buena abuela. Es la única que me da ánimo, nos entretenemos mucho jugando, aunque cuando hecho mente, siempre pienso en cómo están los míos allá afuera. Sé que están desconsolados por esta situación, pero a pesar de

todo lo que pasa se encuentran reunidos, y eso me da mucho ánimo para poder soportar todo esto. La verdad, amiga, es que quiero estar afuera y realizarme en un buen futuro, un futuro para mis hijas, estar con ellas sería la felicidad más grande que me pueda pasar en estos momentos. Yo sé que para ti también estar con ellos sería muy feliz, esos niños que tanto te necesitan.

Entonces, tengamos fe, ánimo y fortaleza que algún día vamos a estar nuevamente afuera, vamos a tener proyectos para ser alguien en esta vida, salir por esas lindas calles de Soacha, y mirar y mirar la sonrisa de cada persona.

A pesar de la distancia, amiga, te quiero.

ANTES DE AMARTE

Jorge Amaya



Antes de amarte, amor, nada era mío,
vacilé por las calles y las cosas;
nada contaba ni tenía nombre.
El mundo era del aire que esperaba.
Yo conocí salones cenicientos,
túneles habitados por la luna,
hangares crueles que se despedían,
preguntas que insistían en la arena.
Todo estaba vacío, muerto y mudo,
caído, abandonado y decaído,
todo era inalienablemente ajeno,
todo era de los otros y de nadie.

RECUERDOS DE MI NIÑEZ

María Ortiz Álvarez



Fui una niña que soñaba con ser profesora de idiomas pero en la vida no todo es fácil. Desde muy niña empecé a trabajar haciendo aseo en la casa de la profesora Nora y, a la vez, estudiaba en la tarde en el colegio Santa Rosa de Lima. Allí, el profesor Emiro siempre tenía unas palabras para animarme:

—Sigue adelante, eres una buena alumna.

Después de terminar una jornada de clases, llegaba a casa de la profe a buscar la comida que me había ganado para partirla con mi madre y mi hermano Rafael; a veces no teníamos para comer y me metía al patio de la vecina a coger limones, ajíes, y salsa a venderlos en las calles de mi pueblo y así obtenía un poco de dinero.

Somos tres hermanos. Uno de ellos se marchó de la casa y mi hermana, cansada de la situación, decidió irse con su novio y jamás volvió, porque no quería saber de su familia. Entonces quedamos dos luchando para seguir adelante. Mi hermano Rafael dejó de estudiar, solo llegó hasta tercer grado de primaria porque tuvo que irse a recolectar algodón para poder sobrevivir; mi madre trabajaba en casa de doña Yolanda como sirvienta y muchas veces lavaba y planchaba ajeno donde la señora Nidia y otras señoras adineradas. En cambio,

a mí me gustaba estudiar y seguir adelante y ser una persona importante, aunque era muy tímida. En mi niñez anhelaba tener una bicicleta o una muñeca de cabellos rizos, como las que le compraban a esos niños de papá y mamá.

Pero mi madre nunca pudo comprarme nada porque lastimosamente no le alcanzaba para esos juguetes. Solo me regaló una muñeca plástica llamada Caperucita. Me alegraba mucho al despertar y ver que tenía esa muñeca, y corría y le daba un beso a mamá. Por eso cada día me motivaba a terminar mis estudios con mucho sacrificio porque era muy disciplinada siempre.

Ocupaba el primer y el segundo lugar y con mucho esfuerzo seguía sin probar bocado, me iba con el estómago vacío, pero eso me llevaba más y más a estudiar. Muchas veces me metía al restaurante del colegio o colaboraba repartiendo la merienda o colocando las mesas para los demás alumnos, y así me ganaba el almuerzo de cada día. Las profesoras me motivaban, me tenían mucho cariño y muchas veces, me dejaban encargada de pasar las notas. Además, siempre me tenían en cuenta para las actividades del colegio: mi profesor de español y literatura nunca me dejaba por fuera de las presentaciones de dramas, poesías, bailes y cuentos. Representaba al plantel educativo en el pueblo, y estuve en el periódico del colegio. Aprendí producción agropecuaria, producción social y mi materia favorita siempre fue el inglés. Tenía unos amigos con los que éramos inseparables.

Yo era esa niña inteligente, sencilla y humilde. Mis compañeros me buscaban para hacer los trabajos en grupo y para compartir momentos de alegría y tristezas. Me gustaba compartir mis triunfos con mis amigos, y estar llena de entusiasmo para salir adelante, triunfante en la vida.

BARRANQUILLA



Luz Helena Arroyo
Directora del Taller

DÍA DE VISITA

Waldin Acendra



El día domingo empiezo dándole las gracias al Todopoderoso para que mi visita y la de todos no tenga ningún inconveniente. El paso siguiente es llegar a las duchas, tipo 6 de la mañana. Me preparo lo mejor posible para esperar a mi amada. Empiezo esperando con ansias en las sillas del comedor, hasta que por fin veo que se asoma en la reja y el corazón se me acelera por la emoción de saber que ha sorteado todos los controles de seguridad. Me acerco, la abrazo y le doy el más cálido beso, con ternura y amor. Luego, sin decir nada, subimos a mi celda, la cual he preparado y arreglado con mucho esmero para que ella, mi buen amor, se sienta lo mejor posible.

Llenándola de mimos y frases de un contenido profundo, del amor más puro y sincero, nos miramos fijamente cuando estamos solos en mi celda. Sin más preámbulo, nos damos el más dulce de los besos y esos dos seres que se demuestran cuán grande puede ser el amor sin condiciones, el amor verdadero, nos fundimos en uno solo.

Después compartimos las risas, las alegrías. Nos reímos hasta que se escucha la bulla afuera de las celdas.

—¿Qué si hay balache? —preguntan.

—¿Qué es eso? —pregunta ella.

Le digo que es un rato para que las parejas puedan estar en su intimidad por horas. Se ríe y me dice:

—¡Qué falta de glamour!

—Bueno, así le toca a más de uno por no tener su celda —le contesto.

Cuando se termina la visita, nos embarga la tristeza de dejarnos hasta la próxima semana, la cual esperamos con la doble esperanza de que en una de esas semanas, por fin, llegue esa libertad que aquí tantos anhelamos. Gracias, Dios, por todas las bendiciones que me has prodigado hasta hoy.

EL DIARIO

César Vélez



Pedro Manuel era un joven que había crecido en un vecindario que estaba ubicado en la zona de tolerancia de la ciudad. Un sector en el que estaban los bares, también otros sitios donde se podían comprar los artículos más baratos porque eran robados y, además, se vendía droga.

Los amaneceres de Pedro Manuel eran terribles. Desde muy temprano, lo despertaban los gritos de una mujer a la que no le querían pagar sus servicios o la pelea entre el vendedor y el comprador de un artículo robado que había salido dañado; el vendedor no respondía por estos casos. Así transcurrían sus días y por eso era tan conflictivo.

No había asistido a la escuela, porque no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Tampoco le gustaban las reglas y las normas, por eso peleaba y discutía con todo el mundo. Era un desastre como persona y él mismo se cerraba las puertas de cualquier lugar. Había aprendido a escribir por sí solo y trabajaba falsificando documentos. Un día, meditando sobre su vida, se dio cuenta de que necesitaba un cambio, porque él merecía algo mejor.

Pedro Manuel tenía por costumbre escribir todos los días en su diario y allí decía que había alguien que le hablaba y lograba que recapacitara sobre sus malas acciones. El diario lo hacía confrontarse

y estaba logrando ese cambio que anhelaba. El diario era su mejor amigo y cuando terminaba de escribir algo, aquella voz le decía. “Hijo, yo te amo. Si sigues así, vas a ser muy próspero”. Esa frase nunca se le borraba de su mente.

En una ocasión, llegó una encomienda a su nombre, pero la dirección no concordaba. Se la dieron a él, porque el que la llevaba lo conocía. En la encomienda venían unos libros antiguos y una carta que tenía unas piedras preciosas. Pedro Manuel pensó que esa era la prosperidad de la que le había hablado el diario.

Al día siguiente, cuando estaba escribiendo en el diario, la voz le dijo que tenía que ser honesto porque esa encomienda no le pertenecía y debía devolverla. Pedro Manuel se molestó mucho y discutió con el diario. No volvió a escribir más y perdió a su mejor amigo.

UNA EXTRAÑA VISITA

Ricardo Álvarez



Fue tan rápido el paso de mi vista, que no logré percibir en detalle lo que parecía una mancha oscura sobre el pantalón colgado de una cuerda en las paredes de mi habitación. Me devolví desde el patio a observar con detenimiento a través de una ventana cruzada por barrotes oxidados. Era una mariposa de un color negruzco, aferrada a la prenda de vestir, como esperando hacerse evidente ante la incauta presencia del morador de ese apretujado lugar. Por un instante, me paralicé y un leve asombro punzó mi cerebro.

Eran las cinco de la tarde, caminábamos en el patio, y hacíamos una que otra última diligencia por hacer, como un ritual tedioso de una escena diaria de la vida. En pocos minutos un estridente silbato nos anunciaría pasar al sitio de dormida. Aproveché para rescatar, en medio de una temperatura infernal, las últimas briznas libres de un aire fresco.

Al abrir la puerta de la pieza, una bocanada de aire caliente me abrazó, y cuando encendí la bombilla, allí estaba en el mismo sitio, el imponente insecto alado. Entonces, reconocí los primeros síntomas de la superstición por la extraña y terca presencia: “¡Esto es un mal augurio!”, pensé.

Ya sentado sobre el camarote, tomé la decisión de observar más en detalle la mariposa: su tamaño era como la palma extendida de mi mano. Tapizada de un color marrón oscuro, algunos puntos rojos y negros como pinceladas sobre las alas, adheridas a un gusano bien constituido. A los lados de la cabeza estaban los ojos, como dos pequeñas gotas de vidrio destellando brillantes; más arriba, los filamentos de antenas. Debía ser justo ante la evidencia: era un ejemplar reluciente. “¡Qué hermosa forma de anunciar un signo trágico!”, me dije.

Sin premeditarlo tuve una reacción impetuosa, apretando con el puño derecho una revista que estaba sobre la repisa. Giré el cuerpo y lancé una brazada hacia el insecto para espantarlo; justo así sucedió.

La observé revolotear en la habitación. De repente, volvió a posarse sobre mi brazo, aún con la revista.

Después de un instante, sacudí el brazo y esta vez salió por la puerta donde la oscuridad del pasillo se la tragó.

Algo de sosiego me retornó, ordené la revista y fue cuando advertí que contenía los mensajes de una iglesia cristiana.

A esas alturas del hecho, después de enlazar uno y otro detalle, concluí que la sugestión me perturbaba, y había motivos suficientes: todo se daba en la celda de una prisión. Pero a la vez, otra fuerza me alentaba a dar la lucha contra la incertidumbre y los temores. A punto de acostarme, estuve comentando la situación con el vecino contiguo a mi celda y noté que el gesto espantado de sus ojos me anticipó la respuesta: “¡Algo malo va a pasar!”, me dijo. Retorné y me acosté un tanto agotado sobre el camarote. Pronto el sueño reclamó su lugar.

Era el siguiente día y mientras caminaba hacia el lugar de labores, la ocasión de un encuentro prendió de nuevo la curiosidad cuando vi venir al párroco del penal. “Como caído del cielo”, pensé.

“Buenos días, Padre”, le dije; “por favor, me da la bendición”. De inmediato, impuso sus manos sobre mi cabeza y efectuó el ritual: “Señor Todopoderoso, guarda a tu hijo del peligro, cúbrelo con tu sangre bendita y toma en tus manos su situación, para que lo liberes de todas las cadenas”, suplicó con voz moderada.

Entonces, procedí a contarle, casi con precisión, lo que me pasó durante la noche. Evocando situaciones similares que le sucedieron, con tono de juez dictando el veredicto, me dijo: “¡hijo!, siempre que

veo una mariposa negra, la ahuyento... y si puedo la mato. Eso representa mala suerte... desgracias”.

Con un gesto amable, me despedí del guardián de la fe cristiana rumbo a mis quehaceres. Ya era suficiente, no buscaría más opiniones. Mientras tanto, sigo vivo desde una celda. Y espero sorpresivas visitas multicolores.

SE LANZÓ

Bladimir Estrada

Aquí estoy, en el punto más alto, oteando las posibilidades que me quedan para tomar la mejor decisión, pero hasta el momento no tengo claro cuál es.

Por un lado, se encuentran las innumerables deudas, producto de un juego enfermizo que heredé de mi padre. Del otro lado, la lapidación de mis empresas y el odio a mi progenitor por apostar su legado y perderlo. El fracaso de mi matrimonio y las mujeres falsas que me rodean. El temor infundido a mis retoños por el injustificado maltrato físico y verbal al que los sometía cuando estaba ebrio, y el poco valor cobarde que aún me sostiene en este lugar.

Dicen que “todo problema tiene solución, menos la muerte”, “que no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”; pero es claro y contundente que “muerto el perro se acaba la sarna”. Qué más da, si a nadie le voy a hacer falta y aún no encuentro ninguna razón para no hacerlo.

La duda me invade, no creo tener el coraje que se necesita para tomar esta decisión tan radical, pero anoche tuve la osadía de apostar la virginidad de mi propia hija sin pensarlo dos veces y lo peor fue que la perdí. Fui tan cobarde que ni siquiera intervine para impedir esa

atroz violación, mientras ella con sus ojos llenos de llanto me decía: “¡Papito, ayúdame! ¡Quítame a este hombre de encima!”.

¡Qué horror! ¡Quién soy! ¡En qué me he convertido! La verdad, no lo sé.

Ahora estoy aquí, parado en el teatro de mis desdichas. Soy el payaso mayor en este circo público lleno de espectadores que esperan el mejor desenlace. No soy capaz de terminar con lo que empecé. Qué más da. Adiós.

“¡Se lanzó!” , fue el grito uniforme de los espectadores.

Un hombre se lanzó desde el piso catorce de un edificio ubicado en el centro de esta ciudad.

CÚCUTA



Norwell Calderón Rojas
Director del Taller

ENTRE SANGRE Y FANGO

Carlos Andrés Peñaloza Cuéllar



He estado en muchos combates.
Olvidé cuántos,
da igual.
Botas llenas de lodo,
uniformes desgarrados,
caminar lento,
labios como hojarasca amarga,
sabor a pólvora.
He estado en muchos combates
pero este es el último.

Una medalla adorna el pecho
del que se mantiene en pie.
Una lápida cuenta la historia del que no lo logra.
Unas madres orgullosas con sus hijos militares,
y otras reciben un trozo de la bandera,
que remplazará el fruto de sus vientres.

Desde allí sienten ese vacío,
que ningún aliento llena.
Ya no se cumplirán sus sueños.
Y solo queda un rostro ausente,
entre el fango y la sangre.

DE LA DERROTA A LA CONQUISTA

Sara Judith Moreno Ramírez



Ahora aquí
un lugar frío, oscuro, olvidado, lleno de gemidos, lágrimas y barrotes
en medio de la muchedumbre, pero sola, tan sola como la luna
tan sola como el silencio.

Ahora aquí
esperando la voluntad de la Divina Providencia
aferrada a la esperanza
esa esperanza que veo con los ojos cerrados.
Los meses, los días, las horas pasan...
pasan...
Y es el tiempo el que me hace revivirte,
y pensé olvidarte, pero cada día te mantienes más fijo,
más presente.
Te imagino, siento tu mirada y me duele recordarte.
Me duele, me duele.
Espero pacientemente el momento.
Ese momento oportuno,
ese momento que el destino ya vio.

Pensarás que te odio, pensarás que quiero vengarme,
pensarás que deseo tu muerte.

Si supieras.

Cada día estás presente, tan dentro, tan real.

Cada noche derrama mi alma y elevo mi clamor

y en él pronuncio tu nombre,

liberándome y liberándote.

Y en cada oración, mi corazón sana.

¿Qué si te amo? Te amo aún más que la última vez.

¿Qué si te perdoné? Lo hice, aprendí que el perdón es esclavo del amor.

Ahora solo me preparo en este campo de barrotes,

donde el cielo es cómplice de mis sueños y la soledad cómplice de mis oraciones.

No me queda duda; debo prepararme fuerte.

La guerra será un descanso.

Sé que pronto te veré.

Sé que temerás.

También sé que lloraré.

Pero te haré saber que ya te perdoné,

y que el pago de tu traición

me hizo fuerte, más fuerte que tú,

me hizo libre, más libre que tú,

me hizo grande, más grande que tú.

Y aunque no comprendas mis palabras,

Tu traición fue mi bendición,

Tu traición fue mi renacer,

Tu traición me llevó al trono de mi padre.

LA LUZ DE LOS RELÁMPAGOS

Matilde León



Llovía. Los chorros caían de los tejados sobre nuestras cabezas y jugaba con mis hermanos en los charcos con una rueda de bicicleta. Imaginaba que era una modelo y con la luz de los relámpagos me tomaban fotos. Mi madre como siempre estaba allí cuidándonos, diciéndonos que la lluvia nos iba resfriar. Mientras tanto, papá siempre estaba trabajando en el campo. Él nos cuidaba y no dejaba que mamá nos castigara.

Pasaron los años, crecimos los tres, pero mi padre enfermó y nos dejó. Murió mirando fijamente a mamá.

Recuerdo el velorio, mi madre y mis hermanos reflejaban en sus caras su inmensa tristeza. Mi madre, solitaria, lamentaba la partida de su amor. Con él se iban cuarenta años de su vida. Amaneció y las campanas sonaron, se acercaba la hora. No lo volveríamos a ver.

Esa noche llegaron dos hombres, uno era igual a papá, alto también, y el otro no. Era bajito, muy pequeñito. Yo me pegaba al lado del señor alto que llegó, que era igual a papá, y le miraba las manos, la cara, las orejas. Era igual en todo y no creía que mi padre estuviera muerto. Le miraba los dedos y la forma en que hablaba, y pensaba

que mi padre estaba jugando, que era el que estaba a mi lado, ese al que yo le acariciaba los dedos y las orejas.

La tarde del entierro hacía calor. Los árboles se movían con el viento y todos íbamos a pie detrás del ataúd sobre el pavimento caliente. Entonces le dije al hombre alto que no se alejará de mí, porque él era mi papá. El hombre me sonrió, me abrazó, me sentó en sus piernas y me dijo: “tu papá es el muerto, yo soy su hermano, pero siempre estaré contigo”.

Pero mi papá no estaba muerto. Mamá me dijo que lo mirara y fui y lo vi. Con las palabras de mi tío dando vueltas, fui adelante y me subí en la espalda de mi mamá para ver la cara del que iba en el cajón, porque aún no estaba segura de que fuera él, de que su muerte fuera verdad. Solo yo lo vi, más joven y con una sonrisa, soñando. Estaba serio pero me sonreía.

Entonces bajé otra vez y me hice al lado del hombre alto, mi tío. Tomada de su mano, fui el resto del camino al cementerio. También esa noche llovió, pero nunca más imaginé que el cielo me tomaba fotos, no jugué a ser modelo, ya me había vuelto grande.

¿QUÉ MÁS PUEDO HACER?

Virginia María Quintero



A pesar del ruido, me siento bien.
Aquí no me preocupa nada.
¿Qué más puedo hacer?
Pagar,
esperar algo,
a Dios.
Para ver mi familia
que es como la naturaleza
porque también son naturales.
Son lo más lindo,
la familia.
Son como la fiesta
cuando yo repartía los platos fríos
y todos bailábamos
los vallenatos y la salsa.
Cuando salga volverá la alegría,
la comida,
compartir con ellos.

Falta poco:
un año y cinco meses
para mí es poco tiempo.
No pienso en eso,
me relajo y es poco tiempo.

EL RÍO, LA LLUVIA

Virginia María Quintero



Siempre recuerdo que cuando era niña me gustaba estar dentro del agua, en el río, en la lluvia, corriendo mucho, haciendo barquitos de papel, viendo cómo se iba el agua hacia abajo. Eso era mientras mi mamá no estaba, porque apenas llegaba ella, me hacía salir. Pero apenas se iba, volvía y me metía otra vez al agua. A veces, en el agua venía basura, toda la que sacaban de las casas de allá arriba.

Uno de esos días vi que venía una caja, era curiosa y la cogí y la abrí. Cuán grande fue la sorpresa: vi un bebé y comencé a gritar: “¡un bebé, un bebé!”. Salieron los señores, las señoras, a ver qué era lo que pasaba. Todos se quedaron con la boca abierta y enseguida llamaron a la policía para contar lo que sus ojos estaban viendo. Luego llegó la investigación.

A los pocos días, salió en los noticieros que habían encontrado un feto, pero no sabían quién era la dueña. Después de lo que pasó, cuando mi mamá me sacaba, me iba para otro lado con los demás niños, porque ya no quería pasar por ese lado del río. Y hasta allá iba y me sacaba mi mamá con una correa.

No se supo de quién era el bebé y cada vez que yo subía al barrio alto miraba a cada joven y pensaba en quién había sido la mamá que lo botó. Ella no fue a parar a la cárcel por el delito que había cometido. Y esta es la hora que todavía me acuerdo como si fuera la primera vez que pasó.

BUCARAMANGA



Álvaro José Claro Ríos
Director del Taller

EL CARRO FANTASMA

Víctor Hugo Correa



Una noche, al salir del cementerio, no pudimos evitar contarle al celador el extraño suceso que vimos sobre la tumba de mi hijo.

—Eran las sombras de otros niños que jugaban y desaparecían dentro de la tumba de mi hijo. Luego vimos a contra luz a un hombre alto y robusto con sombrero negro y capa negra, que parecía estar mirándonos.

Mi esposo no lo podía creer. El celador nos aseguró que él también había visto cosas parecidas, pero no se lo había contado a nadie, porque sospechaba que no le creerían y nos aconsejó que, en estos casos, según él, lo mejor era consultar con algún sacerdote. Antes de irnos, el celador preguntó por la muerte de nuestro hijo, y le contamos cómo, cerca de la casa, el pequeño estaba jugando fútbol, cuando fue atropellado por un carro que desapareció como un fantasma y del cual nunca se llegó a tener ninguna información.

Fuimos donde un sacerdote que se comprometió a hacer una misa especial por el descanso del alma de nuestro hijo. Pero mi esposo no estaba satisfecho. Le preguntó al cura si era posible hacer una sesión espiritista para consultar con el más allá acerca del culpable de la muerte de nuestro hijo. El sacerdote dudó un buen rato, pero luego

dijo que volviéramos esa misma noche, a las 12, al cementerio, donde él estaría en compañía de unos especialistas en el tema.

En efecto, al llegar, ya se encontraban sentados alrededor de la tumba, el sacerdote y otras dos mujeres que apenas nos saludaron. De inmediato, empezaron a invocar a los espíritus. Entonces volvimos a ver las sombras de los niños jugando, entre los cuales estaba nuestro hijo quien al ser indagado por el cura, señaló a la luz del hombre vestido de negro.

—¿Quién es él? —le preguntó el sacerdote.

Y mi hijo nos informó que ese hombre había muerto apenas un día después del accidente, y que era ese mismo hombre quien manejaba el carro que lo había atropellado. Por eso su alma iba todas las noches a la tumba, a pedirle disculpas, a decirle que nunca quiso atropellarlo.

—Pero yo ya lo perdoné —dijo nuestro hijo—, no sé por qué sigue viniendo, supongo que también quería pedirle disculpas a mis padres.

—Nosotros también lo perdonamos —dijimos mi esposo y yo al mismo tiempo—. Ahora todos se pueden ir y descansar tranquilos.

Y así fue cómo, luego de esa noche, en el cementerio no volvieron a experimentarse situaciones del otro mundo y nosotros dejamos de sentir tanto dolor por la ausencia de nuestro pequeño hijo.

LA APUESTA

Javier Rodríguez



Eran las cuatro y treinta de la mañana, cuando el sargento Rojas se levantó para alistar la tropa y llevar a cabo la Operación Tornillo, que consistía en capturar o dar de baja al teniente Dagoberto Patiño, alias Rejúmenes: hombre gordo, de bigote y con el escudo del América de Cali tatuado en su brazo derecho.

El sargento amarró sus botas número cuarenta y se atalajó el camuflado. Antes de salir del cuarto, echó un vistazo a la foto de su hijo pegada con ganchos en la pared. Luego cogió su fusil y unas botas que no eran suyas y solo entonces salió y cerró la puerta. Apenas encontró al cabo Rodríguez, dijo:

—Mándeme a embetunar estas botas que me las llevo para la selva, y dígame al soldado Gómez que me envíe el otro camuflado.

Llegó al comedor para desayunar huevos revueltos con jamón, pan y chocolate, que fueron servidos por el rancharo Flórez. Comiendo e hinchado de entusiasmo, el sargento le dijo al rancharo:

—Hoy, por Colombia, mi vida va a cambiar. Voy a traer la cabeza de ese guerrillo, así sea lo último que haga con mis treinta y tres años de experiencia. Ya verá, rancharo, que esta semana en los medios de comunicación solo se escuchará mi nombre.

El rancharo Flórez, que se consideraba un apostador del putas, respondió:

—Le apuesto un millón de pesos, sargento, que esa operación le queda grande y que no va a lograr lo que me dice.

—¡Maldito rancharo! Si quiere le apuesto hasta mi alma para que vea que sí lo logro, pero para que aprenda y mida las distancias, no le apuesto uno sino dos millones. Y eso sí, si no me paga, lo voy a buscar hasta el mismo infierno —respondió el sargento.

A lo que el rancharo replicó:

—Con todo respeto, mi sargento, yo soy hombre de palabra y de apuestas, pero eso también va para usted, si no me paga yo no lo buscaré en el infierno, porque me tocaría morir y eso todavía no quiero. Mejor lo busco vivo en el monte, o entre esta selva de cemento.

Y así, concluyó el sargento:

—Bueno, rancharo, apuesta es apuesta, y mar de aquí que me está salando el desayuno, mar de aquí antes de que lo ponga a *voltiar* con los *rasos* dentro de los potreros...

Acto seguido, se había esfumado el cocinero.

Apenas terminó el chocolate, llegó el Black Hawk. De él bajó el coronel Claro que, a manera de saludo, dijo:

—Tiene dos días para apretar este Tornillo, Sargento. Si en ese tiempo no da con Rejúmenes, saca rápido a la tropa y se comunica para recogerlos. Solo tiene dos opciones: ratón enjaulado o ratón fumigado. ¡Sí oye, sargento! Y mucho ojo con los civiles, no quiero que les pase nada en la operación —especificó el coronel antes de montarse en un jeep y desaparecer.

Partieron por aire hacia San Pablo, en el sur de Bolívar. De allí se desplazaron a pie hasta una vereda llamada Gotas de lágrimas, la cual el sargento solo conocía por mapas y fotos. La tropa, además del sargento Rojas, estaba conformada por quince soldados de las fuerzas especiales. Cuando el GPS mostró las coordenadas que buscaban, se detuvieron a descansar, pues estaban extenuados, excepto el cabo Rodríguez y el soldado Gómez, que no dejaron de fumar marihuana durante todo el camino.

Desde la loma en que se detuvieron, se observaba una casa blanca donde vivían cuatro campesinos: don Mario Arzúa, su esposa Celina y sus hijos, Álvaro y Florentino. Como acostumbraban, en ese

momento los dos hijos de don Mario salían a arar el cultivo que tenían de yuca. Álvaro, el mayor de los hermanos, era quien enseñaba a Florentino los secretos para extraer completa la raíz de la yuca. Álvaro era servicial y humilde, como la mayoría de campesinos. Vestía una vieja camisa verde, un pantalón de dril negro, botas de caucho y un sombrero de paja. Todo en su vestimenta demostraba el paso de los años y el trabajo en silencio. Complementaba su perfil la escopeta de balines, con las que espantaba el tinajo, y la peñilla que asomaba por el bolsillo de la camisa, y con la cual mantenía a tono su bigote.

El sargento Rojas formó la tropa y se dio cuenta de que faltaba Celio, pero no se alteró, pues Celio era el más perezoso y siempre llegaba de último.

—Esta noche pernoctamos aquí, así que les aconsejo dejar de mariquiar y a dormir de inmediato, que de mañana no puede pasar el Rejúmenes —dijo.

Sin embargo, de todos, el sargento fue el único que no podía conciliar el sueño. Entonces decidió fumarse la marihuana que le había incautado al cabo Rodríguez. Y le dio resultado. Sin darse cuenta, al otro día, el despertador sonó y el sargento no se daba por entendido. Menos mal también había puesto la alarma del celular, y fue la canción *Todo tiene su final*, con la que se despertó, en el preciso momento en que el cantante decía “nada dura para siempre”.

Eran las tres de la mañana. El cielo era de un negro profundo y apenas por oriente se veía una línea morada entre las nubes. Se alistaron y se encaminaron con el objetivo de apretar de una vez por todas el Tornillo. Lo primero que encontraron entre la oscuridad del camino fue la casa de don Mario, donde su esposa, doña Celina, se asomó por la ventana para ver pasar a la tropa. Luego la campesina se arrebujó bajo el brazo de su esposo, susurrándole a la Virgen que ojalá no mataran a ninguno de los soldados. La verdad es que esa noche doña Celina había padecido un retumbar en el pecho que no le permitió cerrar los ojos ni un minuto. Justo cuando Celio, que iba de último en la tropa, pasó por la casa, se escuchó la primera ráfaga, proveniente del cultivo de yuca. Tras unos segundos de silencio y pánico, la segunda ráfaga llegó como confirmando que algo iba a desaparecer para siempre.

—¡Alto al fuego! —gritó el sargento Rojas, que iba adelante y no había visto nada sospechoso—. ¿Qué hijueputas es lo que está pasando?

—Pues que el cabo Rodríguez, todo trabado, se puso a disparar como loco, entonces yo disparé contra un guerrillero que se asomó sobre las yucas —dijo el soldado Gómez—. Yo pensé que era el tal Rejúmenes.

—Hagan un barrido y miren si hay algún herido —ordenó el sargento.

Extrañamente, a los pocos minutos, el soldado Celio llegó de primero:

—¡Sargento, sargento, aquí hay un muerto!

—¿Qué características tiene? —indagó su superior.

—Pues tiene escopeta y una camisa militar, es un hombre de bigote y además tiene un brazo manchado, como si fuera un tatuaje —aclaró Celio.

Ante la descripción, el sargento corrió y lo observó con una linterna.

—Va la madre, no me quiero adelantar, pero este man es nuestro objetivo. Recójalo rápido, en la maleta tengo un camuflado y una botas, pónganselas, vamos a decir que por suerte dímos con Rejúmenes solo, cuando venía a chuzar por plata a los campesinos ahí abajo. Tome, llame usted mismo al coronel Claro y dígame que el ratón fue fumigado —terminó el sargento Rojas pasándole el radioteléfono al soldado Gómez.

Llegaron a la Quinta Brigada esa misma tarde. Los medios de comunicación no se hicieron esperar. En todos los canales se anunciaba la muerte del temible Rejúmenes, gracias a la tropa que estaba al mando del sargento Rojas, que ya se erigía como un héroe nacional. Entre tanta algarabía, solo el rancharo Flórez descreía de la hazaña y en un descuido de los soldados, se acercó y se dio cuenta de que las botas del cadáver estaban embetunadas y, lo peor, el camuflado estaba completamente limpio, lo cual era imposible, ya que dadas las condiciones del monte, al menos al ser dado de baja y caer en la tierra, el pantalón y las botas debieron ensuciarse un poquito.

Espantado y con su sospecha confirmada, el rancharo buscó al coronel Claro y hablándole como desapercibido, le insinuó que ese muerto estaba raro y lo mejor era que él mismo fuera y sacara sus conclusiones. Y así, con unos expertos forenses como acompañantes, el coronel fue a inspeccionar al occiso. El diagnóstico, en efecto,

concluyó, que a diferencia de la anatomía de Rejúmenes, este cadáver calzaba cuarenta y no treinta y seis, tal como se sabía que calzaba el guerrillero. Se demostró que el camuflado era talla 28 y aun así le quedaba grande, lo cual era una incongruencia, pues según la inteligencia militar, Rejúmenes era obeso y de poco cuidado personal, lo que también hacía extraño que el camuflado estuviera completamente limpio. Así mismo, los forenses aceptaron que el cadáver tenía un tatuaje, pero no en el derecho, sino en el brazo izquierdo, y que no era el escudo de un equipo de fútbol sino una estrella de David sin puntos. Por último, en la sangre se encontraron restos de alcohol, lo cual, tras unas semanas de investigación, sirvió para confirmar que el cadáver no correspondía a Dagoberto Patiño, sino a Álvaro Arzúa, un campesino que, luego de irse de farra por el pueblo, no alcanzó a volver a su casa y se quedó dormido entre su cultivo de yucas.

Por lo anterior, tras otro par de semanas de papeleo, al sargento Rojas y al soldado Gómez los capturaron y los enviaron a la Cárcel Modelo de Bucaramanga. Allí, un sábado de visita, cuando ya nadie lo esperaba, apareció el rancharo Flórez quien, con una leve sonrisa, le dijo al sargento:

—Yo, por ser campesino, no tengo que ser deshonrado, pero usted, por ser militar, tampoco va a estar libre de culpa. Así que vengo por mis dos milloncitos, sargento. Acuérdesese que yo también le dije que a donde fuera lo iba a buscar para demostrarle que, al final, yo he ganado la apuesta.

LA GUARNICIÓN MILITAR

Carlos Alberto López



En el salón principal, donde hay gran concurrencia de gente, se ve, sentado a un costado del lugar, al sargento Moreno. Es un hombre que resalta entre todos, no solo por su avanzada edad, sino más bien por su pulcritud: zapatos perfectamente embolados y relucientes, pantalón de pliegues con cinturón ajustado a la altura del ombligo, la camisa por dentro del pantalón, impecable, al igual que la franela interna que no le puede faltar y su corte de cabello y sus uñas al día. No hay queja alguna de su higiene. La disciplina que posee es única. Se refleja desde la manera de sentarse hasta su caminar erguido y varonil. Pero lo que realmente resalta del sargento Moreno es su mirada especial, por lo difícil de descifrar, inicialmente tierna ante la calidez de su vejez, pasando a ser fuerte y marcada por el ceño de sus cejas. Algunos piensan que está distraído, en otro lugar; pero él permanece atento a cualquier imprevisto que se pueda presentar.

Los compañeros lo saludan:

—Sargento, cómo le va.

Él, sin titubear, contesta:

—Bien, gracias.

Su fuerte voz es acompañada de una sonrisa, que siempre emana amablemente. Muchos lo respetan y lo cuidan en el patio, no solo por su condición de adulto mayor, sino por la admiración que influye al haber pertenecido durante veinticinco años a las Fuerzas Militares, en una época en la que el conflicto armado interno del país era tan difícil. Realmente es un milagro que hubiese sobrevivido tanto tiempo. No cualquiera lo hubiera logrado. De por sí, algunos señalaban que de esa vida dura provenía su estricta disciplina.

Como era de esperarse, el sargento Moreno es muy educado. Pero odia la palabra “tombo”, usada en la jerga popular para referirse despectivamente a los miembros de la fuerza pública; ello lo transforma, lo pone iracundo, lo ofende y él se sale de sus cabales; por eso no falta el desadaptado que, solo para molestarlo, le grita en medio del salón:

—¡Dónde están los tombos!

Reaccionando, el sargento grita firmemente:

—¡Será su madre, hijueputa bandido! ¡Ladrón, desocupado!

La gente sonríe, pero saben que él ha gritado con energía, dejando un precedente para exigir respeto y a la vez mostrando que el Alzheimer que padece no está tan avanzado como se piensa, al ser consciente de que se encuentra en medio de ladrones.

La cárcel no es el lugar apropiado para el sargento Moreno. No solo por sus 83 años, sino por ser vulnerable en medio de su enfermedad, ya que ha perdido mucha memoria y consciencia de la realidad. Él confunde, por ejemplo, el penal con una guarnición militar. Cree que cuando formamos a diario, para que la guardia nos cuente y verifique que estamos completos, es porque se ha convocado a una reunión con toda la tropa. Algunas veces, cuando llega retardado, le dice al guardia en voz alta:

—¡Permiso, sigo a la fila, comandante!

Y toma la posición militar, ¡firme! Todos reímos, pero él sigue, como dicen muchos, metido en su película. También cree que los internos son soldados, por eso con frecuencia se desplaza por el patio imponiendo el orden. Se escucha su voz recia, diciendo:

—¡Póngase la camisa! ¡Baje las patas de ahí! ¡Siéntese bien, desordenado!

El viejo sargento es querido en el patio. Es una persona singular con la que todos han aprendido a convivir. Pero ese aprecio se convierte en un problema que genera la tensión en los reclusos, cuando él debe asistir al médico por su enfermedad, ya sea para ser medicado o para sus controles de rigor.

El área de “sanidad” está ubicada al final del callejón principal de la cárcel, que se comunica con el resto de los patios. Por allí se presentan alegatos permanentemente; robos, peleas que van desde golpes hasta puñaladas, por las que muchos han perdido la vida. El hacinamiento permite que estas cosas pasen, sin que la poca guardia con la que se cuenta en este penal pueda controlarlas. Por eso el sargento Moreno no puede ir solo al médico y los presos organizan y planean todo un operativo para él; se arman y salen en su compañía. Nada le puede pasar a su integridad ni a sus pertenencias. Para él es una batalla más con sus soldados. Pero salir a enfrentar a la jauría de leones malencarados que viven en la cárcel, no es nada fácil.

El guardia notifica al sargento que en quince minutos, en sanidad lo espera el médico para su cita de control. Seis internos lo acompañan en esta ocasión, quienes salen prevenidos del patio con su protegido en medio. A los pocos segundos el viejo, en su demencia, les empieza a dar órdenes a grito entero:

—¡Atentos a la retaguardia! ¡Cuidado con el flanco izquierdo!
¡El que puntea la fila me informa las buenas nuevas!

Sus protectores no tienen tiempo para burlarse y hasta consideran las instrucciones que él imparte. Por cada patio que se pasa se ven presos más peligrosos, parecen estratificados por su maldad. Miran al sargento Moreno con ganas de robarlo, le miran los zapatos, la correa, el reloj y hasta la pluma. Todo tiene un gran valor en la cárcel. Los protectores tienen que levantarse un poco la camisa para que vean los cuchillos que cargan y así los mirones piensan dos veces antes de tomar cualquier decisión. Al llegar a los últimos patios, cerca del área de sanidad, no pueden pasar sin empuñar sus armas. Ahí sí están los peores de lo peor y, como dicen ellos mismos, “no comen de camisa levantada”. Finalmente, por fin, llegan al médico y mientras el viejo asiste a la cita de control, ellos empiezan a pensar en el retorno al patio, porque los bandidos los han visto subir y

es muy probable que los estén esperando a que vuelvan a pasar para robar al sargento Moreno.

Esta vez, la estrategia a seguir fue diferente. Escogieron al mejor luchador de los seis para que se adelantara y provocara una pelea que generara la distracción. Sin mediar palabra, el hombre armó un *zafarrancho* frente a los patios de más peligrosidad; se vieron golpes ir y venir, de parte y parte. Todas las miradas se concentraron en la pelea y gracias a eso, el sargento Moreno y sus protectores pasaron a paso redoblado, sin ser vistos. Llegaron al patio sin mayores contratiempos y el compañero que generó la pelea llegó al rato, algo amoratado y con leves cortadas; pero satisfecho por la “misión cumplida”. Saluda al sargento como avisándole que había llegado vivo. El viejo con su cara le hace gestos de agradecimiento y le dice:

—¡Buen trabajo, soldado! ¡Vaya a que le hagan curación! ¡Lo pondré para la medalla del valor!

En los ratos de ocio el sargento Moreno dice que espera pronto que lo llamen a disfrutar unas vacaciones y así poder tomarse unas cervezas, porque se siente cansado. El ríe y todos le siguen la cuerda. En medio de la inconsciencia del momento su mirada refleja una angustia poco común, como si supiera, en el fondo, que posiblemente esas vacaciones nunca llegarán.

El sargento Moreno lleva cinco años preso. No muchos conocen con certeza los hechos que lo trajeron a la cárcel; pero sí se sabe, por los expedientes que manejan los guardias, que está condenado a veinte años de prisión. Los que llevan más tiempo y lo conocen bien dicen que el viejo fue mal juzgado. Lo cierto es que es posible que el sargento Moreno pase sus últimos días de vida en lo que él mismo llama “la guarnición militar”.

LA BOLETA

Carlos Alberto López



Aunque era temprano, me sentí privilegiado por levantarme a las seis de la mañana, pues los reclusos que no tienen celda se deben levantar todos los días a las cinco, una hora más temprano.

Ese parecía ser un día nada especial, apenas para sobrevivir sin contratiempos. La guardia nos contó uno a uno cerciorándose de que estábamos vivos, pero encerrados. La gente desayunó y se asearon las instalaciones, especialmente los baños del patio que, por el hacinamiento, son los que reflejan más la dejadez de la cárcel.

Todos tienen su grupo o “parche” de charla, con quienes comparten alegrías, tristezas, vivencias. Con los que se comentan las cosas que se realizarán cuando se vuelva a la libertad. Yo no era la excepción. Pertenecía a un “parche” pequeño, pero selecto, integrado por un exsoldado del ejército al que apodábamos Changua: era un peladito que a su corta edad creía saberlo todo. Al escucharlo parecían oírse las reminiscencias de un anciano, aunque realmente le faltaba mucho por experimentar todavía. Changua era un buen conversador y esa cualidad es muy valiosa en la cárcel. Su único delito fue darle patadas a un cadáver. Por eso lo capturaron y está con nosotros culpado por la muerte de ese que ya habían matado.

Otro integrante del parche es El Capo, un exagente que en resumidas cuentas era un ladrón colado en la Policía, donde nunca dejó de pensar y realizar hurtos, aunque eso sí, siempre le apuntó a insignificancias. El tercer integrante era el Chapas, un hacker que cayó a la cárcel por pendejo: le gustaba desnudar por *webcam* a abuelitas y niñas de 15 años, y lo pillaron, a lo que el tonto respondió que solo era un *hobby*. Y por último, en el parche estoy yo, que también pertencí a la Policía, donde me vincularon con delitos en la administración pública. Por culpa de eso me encuentro más encochinado que los hermanos Nule, quienes despilfarraron el presupuesto entero de la capital y, aun así, van a salir libres en un par de años. En el parche soy conocido como Tornillo, ya que tengo uno incrustado en el pie derecho por una lesión que padecí.

Sentado con todo el parche en una banca del patio, desde donde tenemos una vista total de nuestro entorno, vimos llegar al Chigüiro, un interno que no contaba el porqué de su reclusión, pero que desempeñaba la función de parlante; es decir, siempre permanecía en la puerta del patio, atento a lo que necesitaban los dragoneantes y luego nos lo informaba. Cuando alguien era requerido por los abogados, cuando llegaban las encomiendas, en fin, él era nuestro vínculo con los guardias. Aunque no era de muchas palabras, los que llevaban más tiempo en la cárcel decían que él tenía la condena más larga, al parecer unos setenta años. Por esto, el Chigüiro se había resignado a morir encerrado.

De repente, Chigüiro apareció con un runrún: había llegado una boleta de libertad, pero el documento no especificaba a quién iba dirigido. La noticia, nos alteró y nos puso ansiosos, pues era el tan anhelado pasaje hacia la vida fuera de las rejas. A continuación, surgieron cientos de comentarios que iban y venían por todos lados. Y es que en la cárcel, cada hombre se vuelve más chismoso que quince mujeres menopáusicas. Los abuelos que estaban próximos a cumplir su condena se extrañaron, ya que no les cuadraban los números. Inicialmente pensé que era para alguno de ellos que, luego de tantos años, ya había perdido la cuenta. Luego me invadió la esperanza, imaginé mi nombre en esa boleta y sonreí en mi interior. A su vez, en el parche cada uno planteó su versión. Chapas dijo que había apelado la condena y por fin le habrían resuelto el asunto. Changua no esperó para exclamar en voz alta: “eso fue que revisaron mi proceso y

se dieron cuenta de que ese muerto no era mío, yo sé lo que les digo”. El Capo, sin dejarlo terminar, dijo que la boleta era para él porque había pedido que le acumularan los tres robos que había cometido en uno solo y así podría salir libre de inmediato. Ante sus comentarios, yo, con menos argumentos pero con la misma esperanza, dije que era el colmo si soltaban a Changua y a mí no me dejaran ir a casa. Todo era posible, tanto para nosotros como para cualquiera del patio. En situaciones como estas, los corazones perdidos e insensibles de los presos se vuelven dóciles y se llenan de ilusiones.

A eso de las nueve y media de la mañana, la cárcel era un avispero. Faltaba una hora para que se supiera para quién era la boleta. Todos esperábamos que el guardia de turno abriera la puerta y le dijera al Chigüiro el nombre del que saldría libre. Desde la banca donde estábamos, no quitábamos la mirada de esa puerta de hierro que, durante el tiempo de presidio, se convierte para los reclusos en un símbolo de nostalgia por la libertad, ya que por ella ingresamos el día que la perdimos y no dejamos de esperar el día en que por ella saldremos para recuperarla. Por ella también ingresaban nuestras familias a alegrarnos los días e igualmente, por esa puerta llegaban las malas noticias, como el aplazamiento de nuestros juicios o la muerte de algún compañero en otro patio.

Esa hora de espera se nos hizo eterna. Ese día común y corriente se convirtió en uno particular porque la liberación de uno de nosotros le daba un tinte especial que no podía pasar desapercibido dentro de la monotonía carcelaria. Y para el dichoso liberado ni hablar, ese día marcaría el inicio de una nueva oportunidad en el mundo exterior.

Aunque en la cárcel todo se sabe, a veces primero que en la calle, a esa hora no se pudo averiguar el nombre del interno que traía la boleta. Entonces aprovechamos para conversar al respecto. Chapas dijo que nos iba a regalar todo lo que tenía en la celda: el televisor, el radio, etcétera. El Capo dijo que lo sentía, pero se iba para el mar y no volvería al interior del país ni por el putas. Changua nos apuntó sus datos de contacto, pues tenía planeado irse para Cúcuta y desde allá nos mandaría algunos regalos. Yo, sin que los otros se dieran cuenta, le dije a Chapas que me apuntara en sus visitas de los sábados para traerles algo de comida especial, como cajas de arroz chino o unos pollos asados.

En medio de estos comentarios, sonó el riel de la puerta de hierro. Todos volteamos a mirar y en el patio se hizo un agudo silencio. Tras la puerta apareció el guardia de turno, no recuerdo cuál era. Lo claro es que observé la boleta, de un blanco reluciente cual paloma mensajera, que se agitaba en sus manos, y contrastaba con el azul oscuro y triste del uniforme. Chigüiro se acercó hasta él para notificar luego al afortunado. En medio del silencio, todos observamos cómo Chigüiro abría el papel y lo estiraba ante sus ojos. Todos seguimos el movimiento de sus ojos, de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo. Todos anhelábamos que terminara de leer rápido y nos diera la libertad o nos confirmara que seguiríamos encerrados. Finalmente terminó de leer pero Chigüiro se quedó paralizado, sin decir una palabra. Eso nos llenó de impaciencia y con el parche nos acercamos. Nunca antes se había demorado tanto, entonces le arrebatamos la boleta y la leímos nosotros. No lo podíamos creer, el nombre escrito en el tiquete era el del mismísimo Chigüiro, por lo que comprendimos por qué había quedado tan impactado.

En principio, a todos nos recorrió la desilusión y la rabia, porque nada de lo que habíamos planeado iba a ser realizado. Sin embargo, a continuación, con el Chigüiro entre nosotros y todavía en estado de *shock*, nos fuimos alegrando. Le dimos unas suaves cachetadas, lo abrazamos, lo felicitamos y finalmente alguien lo cargó sobre los hombros. Todos celebramos que fuera Chigüiro el afortunado. Desde entonces, nunca olvidamos ese día en que llegó la boleta. Ese suceso se convirtió para los del patio en un motivo de fuerza y confianza en el futuro. Con el tiempo, nos enteramos de que, en efecto, revisaron el caso del pobre Chigüiro y se dieron cuenta de demasiadas irregularidades, por lo cual no había motivos para mantenerlo encarcelado. En consecuencia, todos los del parche estamos en la misma situación, pero seguimos esperando, pues creemos que esa boleta de libertad tendrá grabado nuestro nombre y volveremos a estar libres algún día.

EL BIBLIOTECARIO

Álvaro Corzo



Ese miércoles 23 de mayo de 2012, no pude salir a caminar como era mi costumbre, ya que a las ocho de la mañana tenía una entrevista con un abogado amigo para tratar sobre un proyecto de internet rural para unas escuelitas rurales de un municipio. A las 6:30 a.m., nuestro comedor estaba engalanado con la presencia de mi madre, que junto con mi señora y mi hija degustábamos un sabroso desayuno santandereano; estábamos felices con la presencia de mi “vieja” que había llegado a la capital, proveniente de nuestro pueblo natal a visitarnos y a realizarse unos exámenes médicos.

La tranquilidad de mi hogar fue interrumpida por fuertes golpes y gritos en la puerta de mi apartamento. Abrí y un grupo de policías, con pistola en mano y camarógrafos, entraron como una tromba tomándose nuestro pequeño apartamento, sin importarles la presencia de tres mujeres, entre ellas mi vieja de 82 años, que temblaba del susto. Constataron mi nombre y luego de inspeccionar mi residencia, me notificaron una orden de captura sin saber qué delitos me imputaban. Me permitieron hacer una llamada a un abogado amigo y lo puse al tanto de mi detención. Los policías procedieron a esposarme en medio del llanto de mi madre, mi señora y mi hija. Fui conducido

a la Sijín. Allí me reseñaron junto a otras personas que implicaban. Luego nos condujeron al Comando de la Policía Metropolitana, donde un general, con la prensa, radio y televisión, daba declaraciones de una gran hazaña, actitud propia de los mediocres con afán de protagonismo sin importarles la dignidad humana.

Durante ocho días permanecemos en los calabozos del puesto de Policía. El 30 de mayo, después de exhaustas audiencias y ante la solicitud de la Fiscalía, el Juez de Garantías legalizó nuestra captura y dictó medida de aseguramiento en el Centro Carcelario la Modelo. A las ocho de la noche, nos condujeron al centro penitenciario. El descontrol, la angustia, la tristeza me embargaba de ver el futuro incierto que la vida me deparaba. Esa noche nos guardaron inicialmente en una jaula que llaman “La Perrera” y luego pasamos la noche interminable en un sitio que llaman El Rastrillo, para que al siguiente día nos reseñaran y nos dieran patio.

Efectivamente, al siguiente día transcurrieron todos los trámites carcelarios y sobre las cinco de la tarde, ingresé al patio siete con una colchoneta, una bolsa, con una cobija y útiles de aseo. Recuerdo que en el kiosco que está en la entrada del patio, un grupo de internos del patio celebraban con devoción el Rosario, pidiendo tal vez fortaleza para sus familias que, al fin y al cabo, son las que sufren o tal vez, le pedían a la Virgen para que se les concediera la libertad con sus ruegos. Seguí al interior del patio y fui recibido por dos hermanos amigos que me dieron un poco de tranquilidad. Luego, un interno me recorrió el patio y me indicó el reglamento. Esa noche dormí en “carretera”, como dicen en la cárcel, es decir en el piso, junto a unas neveras con ochenta y tres compañeros. Eso parecía un campamento nazi.

Confundido y agotado por los nueve días de cansancio quedé profundo en un sueño pesado con sobresaltos y pesadillas de las almas en pena que balsean por el penal. Muy temprano, como es costumbre en la cárcel, me levanté sin tener un norte, como una barca a la deriva en medio de una gran tempestad, como un naufrago arrojado a una pequeña isla con un gran hacinamiento de prisioneros que fueron lanzados allí para purgar sus condenas. Poco a poco, empecé a analizar los compañeros de prisión: en la mayoría de los rostros se notaba la desesperanza, la tristeza, las noches de desvelo y como en

toda comunidad carcelaria hay grupos: unos exfuncionarios públicos y políticos, otros que pertenecieron a la Fuerza Pública, los sociales y la tercera edad.

Al interior del penal, los internos realizan actividades en artesanías, talleres, otros como profesores y estudiantes. En nuestra comunidad, me llamó particularmente la atención un hombre de tez morena, taciturno, con el cuerpo encorvado, no sé si por el peso de los años o por el sufrimiento de su larga condena, ahogado en su amargura, con la mirada de aire melancólico, siempre apoyado en su inseparable bastón. Con el paso del tiempo, logré entablar diálogo con este hombre introvertido. Me dijo que se llamaba Fabio Pajón Lizcano, de profesión arquitecto, poco creyente en religión alguna. Al momento de caer prisionero, se desempeñaba como Secretario de Infraestructura de la capital petrolera. En sus casi seis años de su larga condena, se desempeñaba como bibliotecario del Instituto San Juan Bosco de la Cárcel Modelo y todos los días, muy temprano, con paso lerdito apoyado en su bastón, con su bata impecable que lo distinguía como bibliotecario, bajaba mañana y tarde hacia el colegio y se prestaba a atender a los internos que a diario acudían a la Biblioteca. Se notaba su pasión y amor por la lectura y sus mejores amigos y confidentes eran los libros, que le restablecían las fuerzas para soportar el yugo de la cárcel. Era exigente y cuando exponía un tema lo hacía con lujo de detalles y conocimiento pleno del sentido cultural. Como buen arquitecto amaba la naturaleza y en las noches contemplaba el cielo buscando en una estrella el recuerdo de una amante furtiva que lo acompañó en una de las tantas aventuras donde se embriagó en el elixir del amor.

El bibliotecario era un hombre emblemático, idóneo para el colegio. Así transcurrían sus días de cautiverio y esperaba ansioso la llegada del domingo, donde puntualmente su hermana, su esposa y su hija lo visitaban trayéndole de Barranca su plato preferido, el viudo de bocachico, que lo degustaba con una avidez voraz. Departía con su familia en forma callada. A pesar de dialogar con el bibliotecario, nunca fui su confidente de tristezas y sueños.

Transcurría el mes de octubre de 2012, y me comentaba que aspiraba en corto tiempo obtener su anhelada y justa libertad, ya que esperaba el resultado positivo de la revisión de su proceso y la tutela

que estaba por presentar. Ese domingo 28 de octubre, muy temprano, se preparó para recibir la visita. Sobre las 8:30 de la mañana, como era su costumbre, uno de sus pocos amigos le preparó la mesa con sus sillas en el sitio de siempre, como si se le estuviera arreglando un santuario para su muerte. Cuando su hermana le sirvió el exquisito bocachico, lo disfrutó como si fuera la última vez que fuera a comer. Luego llegó su señora y todos disfrutaron del banquete, terminando el succulento y temprano almuerzo. De allí pasaron a su celda y, sobre la una de la tarde, lo vi pasar por el costado del salón principal con paso pesado, apoyado en su bastón, dirigiéndose a la puerta del patio para ir a la enfermería. Nadie sospechó lo que estaba pasando, la mayoría de los compañeros disfrutaron sus visitas, sin imaginarse que la muerte lo estaba llamando. Caminó solo a la enfermería y nadie pudo acompañarlo a su patíbulo, ya que un paro cardíaco le arrebató la vida. La muerte le ganó la carrera a la libertad que tanto añoraba.

Nos dolió la partida del bibliotecario, dejó en nosotros la desesperanza de una justicia sucia que suele ser una forma de venganza y no de reconciliación. Nosotros, sus compañeros de prisión, seguiremos hablando y llorando con los fríos y tétricos muros de la cárcel, como si estuviéramos en un cementerio de vivos, acompañados del alma en pena del bibliotecario que en las oscuras noches de la cárcel grita: “¿dónde estás, maldita libertad, que no te encuentro!”.

ARAUCA



Nelson Pérez
Director del Taller

DOLOR EN MI ALMA

Milciades Piñeros Zubieta



No culpo a la vida ni al destino. Solo sé que tengo que cumplir una tarea en este mundo, porque así Dios lo quiso y él tiene un ángel que me acompaña en mis peores momentos. A veces, toca ponerme con corazón de guerrero y enfrentar las cosas con las únicas armas que tengo a mi alrededor y meterme en la cabeza que la vida es una lucha donde solo importa la vida.

Mi problema es sencillo para los demás, pero muy complicado para mí. Nací muy bien, fuerte y le agradaba mucho a mi mamá y a mi papá, pero un día la vida me cambió totalmente: me llegó una terrible enfermedad llamada parálisis infantil, y desde entonces vivía triste, aburrido, con ganas de morirme. Pero gracias a Dios conocí a Alex, un amigo incondicional que compartía conmigo los pocos momentos que le quedaban libres cuando terminaba sus estudios. A mis 16 años, todo era complicado. Lo más duro era cuando las personas me miraban y se burlaban de mí con palabras crueles; la gente solo se fija en el físico y no se detienen a descubrir que tengo un gran corazón.

Compartir con los demás chicos del colegio me llenaba de alegría, sentir que estaba en medio de un salón me daba energía, pero todo se derrumbaba cuando me acordaba de que yo estaba en una

silla de ruedas. Por eso lloré en muchas ocasiones, ser diferente no era nada alentador. Pero mi amigo estaba ahí para apoyarme y llenarme de optimismo.

En las actividades normales de las clases, llegué a enamorarme de la niña nueva que llegó al salón. Era hermosa, jamás se me olvidarán sus ojos verdes y su piel morena, yo la amaba en silencio. Alex hizo un papel lindo y me enseñó una serie de poemas para declararle mi amor. Cuando repasaba los versos, sentía que se me explotaba el corazón de alegría.

Por fin llegó el día en el que yo iba a hablar con ella. Me vestí lo mejor que pude y me fui para el sitio clave, donde le diría todo lo que tenía en mi corazón. Ya los veía cruzar la calle, el corazón se me agitó. Alex me había dicho que de seguro ella me aceptaría, que él me había ayudado y que sentía que ella me diría que sí.

Mientras en mi mente repetía la manera cómo la saludaría, escuché un par de disparos. Vi cuando Alex y Angélica cayeron al suelo. Yo impulsé mi silla de ruedas con todas mis fuerzas y me acerqué a ellos, pero era tarde. Tal vez por eso me dediqué a matar a cuanto hijueputa se burla de mí. Si la vida me quitó los únicos seres que llenaban mi corazón, pues no hay nada que valga la pena, nada, mi misión es matarlos a todos, hasta a usted.

NO TENERLE MIEDO A LA MUERTE

Elías Suárez



Esta historia fue hace aproximadamente diecisiete años. Me encontraba en el pueblo Sabana de Torres, Santander. Fui criado por mi abuela, quien era estricta y cariñosa. Cuando de repente uno de sus hijos menores decidió dar un paseo familiar y cristiano con unos hermanos de la Iglesia Cuadrangular. Convencieron a mi abuela para que me diera permiso y casi no lo logramos, ella era recta y sabía lo desobediente que era yo.

Al fin llegamos con los jóvenes de la iglesia, con mi tío y su familia, al río La Gómez. La esposa de mi tío y otras hermanas en la fe se pusieron a hacer el sancocho y los demás nos fuimos a bañarnos, pero antes de meterme al río, mi tío me dijo que tuviera cuidado: yo no sabía nadar. Yo le grité que sí, que tendría cuidado.

—Relájese —le dije y me metí al agua.

Desde una orilla miraba que los otros cruzaban el río, lo hacían como profesionales. Me distraje y de repente me vi casi en medio del río. Me entró una desesperación muy grande y empecé a chapalear a ver si me podía salvar, pero era incapaz de lograrlo. Empecé a hundirme y a salir. Las aguas me tenían atrapado y en mi agonía miraba muchas llamas de fuego, el río parecía fuego. Ya había tomado mucha

agua, cuando un ángel guardián me miró y gritó; luego se tiró desde una de las columnas de cemento que hay en el puente del río, me tomó por un brazo y me haló hasta la playa. Yo empecé a vomitar toda el agua que me había tragado. Pasado el susto, se burlaron de mí. Después comimos sancocho y les hice jurar que nunca le contaríamos eso a mi abuela.

Esa fue una pequeña historia de la vez que me le escapé a la muerte, pero sé que más adelante volverá y aunque le tengo mucho respeto, he aprendido a prepararme para ese día espantoso.

Y ya no le temo, sé que después vendrá la vida eterna.

EL HERMANO MALO

Henry Yesid Trujillo



Un amigo evangélico, que era fanático, juraba que nunca volvería a las cosas del mundo que, como ellos dicen, jamás se dejaría envolver por los “deleites de la carne”. Pero ese día yo tenía ganas de tomarme una cerveza y no encontraba con quién. Quería ir donde las niñas buenas, como le decimos a las niñas malas —es que yo fui criado en medio de ellas y por eso me acostumbré a visitarlas. Como dice el adagio, vaca vieja nunca olvida el portillo—, y como hacía días que no llevaba a mi “caballito” a comer a otro potrero, pasé esa tarde cerca de una iglesia evangélica y me acordé de mi amigo.

Supuse que debía estar en culto, pero como la muerte no tiene hora ni aviso, lo vi que venía saliendo. Yo pensaba que me iba a hablar del evangelio y del arrepentimiento. Por eso lo esperé y antes de que me hablara, le dije que como amigos que éramos, que nos tomáramos algo y lo invité a que me siguiera y él aceptó sin decir nada. Cuando nos detuvimos, le dije que guardara la biblia porque no la íbamos a necesitar, y entramos.

Apenas vio un mar de nenas semidesnudas exclamó como si hubiera visto al diablo. Yo le dije que se tranquilizara y él me vio a los ojos, quiso decir algo, pero inmediatamente llegó una morena y

lo abrazó. Entonces mi amigo sonrió, dijo que segundos antes, iba a decir que la verdadera gloria estaba en ese lugar, y tocando a la morena se olvidó de los afeiyas.

LOS DESEOS DE CUMPLEAÑOS

Yeison Orley Carrillo Jaimes



En un país muy lejano, había un reino en el que todo era paz y tranquilidad. El rey Julián Segundo tenía una linda hija que estaba próxima a cumplir quince años. Se estaba preparando un festín donde había invitados de otros reinos, asistirían príncipes de todas partes del mundo. Todo estaba listo, la reina, su majestad Marbel, recibió a todos los invitados. Las trompetas empezaron a sonar. La princesa estaba algo triste, ella no quería que la fiesta se hiciera. Lo que quería era un paseo por los campos de su reino, con su familia, tomada de la mano de su padre.

Cuando dos de las mejores diseñadoras del reino entraron en su cuarto para que la princesa se midiera su vestido, se encontraron con la sorpresa de que ella no estaba. Rápidamente corrieron a dar aviso al Rey, quien dio la orden de buscarla en todo el reino, y ofreció recompensas a quien la encontrara. Todas las tropas empezaron a recorrer el país. Su majestad Marbel se acercó al Rey y le recordó que la hija no quería una fiesta, pero él le dijo que solo importaba lo que él dijera porque era quien mandaba. Recordó que la ley decía que todo el que lo contradijera o no lo obedeciera sería castigado, así hiciera parte de la familia real.

—Terco eres, mi Rey —dijo la Reina—, mi opinión también debe importar, no olvides que soy tu esposa.

El Rey cayó en la cuenta de que estaba equivocado al ser tan estricto.

—Tienes razón, Marbel, perdóname por ser tan ignorante, celebremos la fiesta. Cuando encontremos a nuestra hija vamos a celebrarle los cumpleaños de la manera que ella quiera.

En ese momento, llegó una cocinera y le dijo que había visto a la princesa que se dirigía al lago Arcoíris. El rey se fue en busca de ella y cuando llegó, la vio sentada debajo de un árbol. Estaba observando el paisaje, la princesa salió corriendo y lo abrazó. Le pidió perdón por haber huido.

—Todo lo que quería era pasar mi cumpleaños en familia, rodeados de la naturaleza, me aburren las fiestas, todos van por un formalismo hipócrita, traen miles de regalos solo porque soy la princesa, pero ninguno siente verdadero afecto.

El Rey le pidió perdón por no haberla oído antes, le prometió que siempre la iba a escuchar. Se quedaron todo el día en el lago Arcoíris, hablando como padre e hija. En la noche, llegaron al castillo y el Rey se disculpó con todos los invitados y prometió escoltarlos hasta los países de cada uno. Su majestad Marbel abrazó al rey y a su hija. Luego se sentaron en un balcón a observar el hermoso cielo estrellado.

TULUÁ



Walter Mondragón
Director del Taller

¡ALLANADOS!

Ángela Velázquez y Ana Lucía Vanegas



En mi casa se arreglaba marihuana. Esto fue el 3 de noviembre de 2003. Mi compañero era el encargado de todo. Eso fue como al medio día. Él y yo hicimos como diez mil pacos de baretta en la media jornada de la mañana. Cuando terminamos, yo me fui para donde mi madre a tomar café, puesto que en ese acelere no había quedado ni tiempo para desayunar, y cuando iba a empezar a tomarme el cafecito, llegó una concuñada gritando que corriera que en mi casa había caído el ejército y los federales, y estaban haciendo un allanamiento.

Yo dejé lo que estaba haciendo y como era cerca de donde estaba, corrí y corrí; hasta las chanclas las dejé tiradas. Por ahí me llamaron y me dijeron que mi compañero estaba escondido y herido en cierta casa, pues los federales le habían dado una golpiza, habiéndole dejado muy mal. Cuando llegué a la casa todo estaba minado de ejército.

Yo me tiré por encima de todo el mundo hasta que llegué: al entrar, vi que tenían a mi hija esposada; ella tenía dieciséis años. Entonces, al ver aquel cuadro, me llené de pánico y les dije:

—Pero ¿qué están haciendo? A ella suéltenla, que es la que menos tiene que ver en este problema.

Y les dije que yo era la dueña de lo que allí hubieran cogido. Y les cuento que yo estaba sana de lo que habían cogido, porque no sabía si eran las arrobas que allí había, o era toda esa cantidad de pacos que habíamos hecho esa mañana.

Eso fue de película; el allanamiento no era para mi casa sino para unos vecinos. Pero como mi compañero sentimental, que hoy en día lleva veintidós meses de muerto, era muy loco, había salido con una bolsa de pacos para entregarla. Y al salir, no tuvo la precaución de mirar para ningún lado, y ahí fue cuando esos federales le vieron aquel bulto en la cintura y le dijeron que una requisa. Ese hombre trató de irse inmediatamente, pero fue imposible: se agarró con los federales a los traquetazos y le quitó el fierro a uno de ellos y empezaron aquella guerra campal, y se les voló. Una federal le hizo ocho tiros y él corría y corría, y se coronó la fuga.

Mientras tanto, yo en mi casa... ¡más encartada con toda aquella gente! Y sin saber qué hacer.

A mi hija la soltaron, y siguieron conmigo, cuando ya me habían “patasarribiado” todas las cosas (¡Hasta las camas quedaron al revés! ¡Eso fue un desorden el macho!). Y viendo yo cómo esos federales se montaban uno encima del otro para subir tapias, hacía una fuerza porque debajo de donde estaban ellos, se guardaban las grandes caletas.

Mi compañero, Careloco, tenía tres motos. Y han montado esas motos a esos carros, toda esa mariguana de pacos, porque eso incautaron.

A mí me llevaron y me condenaron, con condicional a 32 meses.

Los vecinos le decían a él cuando ya todo había pasado, que yo era una gran mujer, auténtica, dinámica, puesto que había tenido las agallas de echarme todos los cargos, a sabiendas de que él era el único responsable.

Pero... ¿saben? Yo no lo hice tanto por él, sino por mi hija: porque, uno, por los hijos, si es necesario, se convierte en una fiera.

POR SEGUIR EN LO MISMO

Lina María Asprilla



Voy a contarles lo que me pasó una vez. No. Para mejor decir, lo que me pasó muchas veces en el sitio donde trabajaba. Pues, ¿para qué echo mentiras? La verdad es que yo delinquía. O sea, vendía estupefacientes. Y una vez cogieron a una amiga. Se la llevaron para la Permanencia, y yo estaba muy asustada por eso, puesto que no quería que se la trajeran para acá. Mi amiga salió en libertad en 36 horas, porque lo que le habían cogido era muy poquito: la dosis de consumo personal. Al día siguiente, me tocaba trabajar a mí. Y yo estaba muy asustada porque la cogieron a ella y no quise ir a ese trabajo y... además, quién querría ir a trabajar a allá, sabiendo que a esa puerta de la “olla” la tumbaron. Esa señora me dijo:

—¿No va a trabajar?

Y yo le dije que no con la cabeza. Le reiteré que sin puerta no trabajaba.

Y ella me dijo:

—Bueno. Por eso no hay problema. Tranquila... Yo consigo otra. Y, verdad, así fue. No se consiguió otra, sino otro: un pelao.

Cuando el pelao se puso a trabajar callejero, yo tenía que entrar a la olla y sacar la merca cuando la venían a comprar. Yo permanecía

sentada en el andén de enfrente, cuando en eso voltea la “Parca” y grita: ¡Mosca, la policía! Y al pelao que la vendía lo estaban cogiendo... y al requisarlo, como no es corto, sino vivo, se les voló. Y yo que no más miraba, haciéndome la vendejabón, veo que un tombo se me enfila y me dice:

—¿Esto es suyo?

O sea, lo que le habían cogido al pelao que se voló. Y yo le digo:

—¿Mío? Eso no es mío.

Y enseguida me estoy es levantando del andén... ¡y las que salen a correr! Y ese carro, o sea, la Caspa de la policía, era detrás de mí. Y yo era corra que corra, asustada, pensando que me iban a “cargar”, o sea, a achacarme la merca. Y después me acordaba de lo que decían otros de que a uno lo podían “cargar” con algo que no era de uno, y así caer.

A pesar de esa escapada y de otras más locas, muchas veces realizadas por las puras ganas de experimentar el flujo de la adrenalina en el cuerpo, o porque a una le gusta la pendejada, aquí estoy: por seguir en lo mismo.

LA RECOGIDA

Rosalba Ortiz y Gladis Ramírez



Estando muy joven todavía, tendría unos dieciséis años si mucho, nos hallábamos en un bailadero y llegó una “recogida” de menores por parte de la policía, y me llevaron a la Permanencia con un poco de amigas, todas voladas de la casa.

Yo no podía llamar a mi mamá porque, antes, ya me había volado para irme a bailar con mi novio, y si volvía a hacerlo me cascaba. Entonces lo único era escapar de aquel lugar sórdido: la estación de policía.

Como estábamos detenidas bastantes y esa edificación era de bareque, observamos que el tipo que estaba en la guardia se puso a vacilar con unas peladas de esas. Aprovechamos que estaba entretenido y empezamos a darle al cielorraso con una cañabrava, que milagrosamente estaba recostada en un rincón. Romperlo fue muy fácil. Además, no era muy alto. Y haciendo escaleras de a tres, apoyándonos mutuamente sobre los hombros, mis amigas se subieron, sirviendo yo de base.

Ya en el cielorraso comenzaron a quitar tejas y partieron unas cañabravas que sostenían parte del techo para abrir hueco, de modo que nos cupiera el cuerpo, lo que fue muy fácil también porque, no por nada, pero en esa época éramos todas muy delgaditas y ágiles.

Para ese momento, a mí me habían subido jalando la cañabrava con la que habíamos roto el cielo raso, hasta recibirme tomándome las tres con las manos, por los brazos. Ya en el techo, nos fuimos pisando pasito por el caballete, hasta alcanzar un muro de la casa de enseguida de la Permanencia, que era algo como un taller o un garaje de carros. El muro era altico, pero uno con el miedo y todo, y además joven, no teme a nada. Así que caminamos por el muro hasta ver la calle y de allí saltamos.

Yo me tiré a la calle y enseguida empecé a correr. Hasta ahí supe de las otras, cada una cogió su rumbo.

Cuando llegué al rancho, me tocó decirle a mi mamá que estaba en casa de la amiga que ella sabía, visitándola, y que después llegaron otras tres amigas y nos pusimos a conversar, como hacemos todas las mujeres, y se nos pasó el tiempo.

Pero, como todavía traía el susto en el cuerpo y mi mamá podía notarlo, pasé rapidito a acostarme. Sin embargo, no me podía dormir de pensar en tantas aventuras juntas. Había estado bailando, nos habían recogido, nos habían apresado y nos habíamos fugado nada menos que de la Permanencia. ¡No! Y de pensar que mi mamá estaba sana, que mi mamá no sabía dónde había estado ni con quien me había encontrado ese día, porque no era que no supiera, sino que yo le había mentido temprano, cuando iba a salir: le había dicho que me iba para donde mi amiga.

Entonces pensaba en que qué tal supiera lo que me había pasado. De la cueriza que me salvé. Y por eso esa noche, no hice sino dar vueltas en la cama.

UNA ANIMALADA

Luz Marina Delgadillo



Voy a narrar un hecho cruel que sucedió en Bogotá. El nombre de mi amiga será Yarisa, una chica muy bonita de un metro setenta y cinco de estatura, cabello largo, piel tersa, sonrisa encantadora, madre de tres hermosos niños: dos varones, una niña.

Tenía en su hogar un animal, si es que los animales no se ofenden, pues es el calificativo que yo le daré a su esposo. Dicho personaje hacía parte de un grupo de bárbaros de los que desangran nuestro lindo país.

Mi amiga no quiso vivir más con él por sus malos tratos. En esas condiciones, ella se vinculó a una religión cristiana y allí le ayudaron a conseguir trabajo. La familia le colaboraba con el cuidado de los niños.

Ese animal de marido, por no llamarlo otra cosa, no aceptó que ella lo dejara. Y decidió hacer una monstruosidad... una canallada... una bajeza, mejor dicho, algo para lo cual no hay un nombre que pueda abarcar esa brutalidad: le quemó el rostro con ácido. No le importó que ella fuera la madre de sus hijos, por cierto todavía muy pequeños.

Esta bestia inmundada la atacó en pleno día, muy a las diez de la mañana, a la vista de todo el mundo, de las personas que en esos momentos pasaban por allí.

Ella estaba acompañada del niño mayorcito, el de cuatro años, cuando le lanzó el ácido. Entonces, él cogió el niño, pero la policía se hizo presente.

Mientras ella fue conducida al hospital, él fue llevado al CAI cercano. Pero del CAI lo soltaron porque tenía el niño y no había quién lo acusara del delito que acababa de cometer. Esto lo supe porque Hernando, como se hace llamar esa cosa, cínicamente contó los pormenores de dicha bestialidad. Dizque se acercó a Yarisa y le dijo: “Si no es para mí, tampoco para nadie”. Y ahí fue que le lanzó el ácido en pleno rostro.

—Vamos a ver quién la quiere ahora —comentó a gente conocida de la cuadra.

Ese día convidó a Calos (Loca) a sacar la maleta para huir. Tenía miedo de que la policía lo recapturara. Mientras ella perdía su ojo izquierdo y la cara le queda deformada casi totalmente.

A mí me impacta mucho recordar esto.

Yarisa salió por televisión un poco repuesta de esa crueldad indecible. A futuro le toca, ya está programada para ello, una cirugía plástica.

Hasta el día de hoy, no la he vuelto a ver, pero espero que se halle un poco mejor.

LA CORRIDA

Yolanda Ríos y Yuri Rengifo



Bueno, a mí me pasó lo siguiente. Primero debo aclarar que mi compañera Melisa y yo somos conocidas de la calle. Cierta día estábamos, como quien dice, en la inopia y llegó un conocido de ambas, a quien por cierto le decimos “Ponche”, y nos preguntó:

—¿Qué hay para hacer?

Nosotras que no estábamos lo que se dice mal... sino súper mal, le contestamos que nada. Entonces nos preguntó:

—¿Necesitan plata?

—¡Claro! —respondimos en coro.

—Hoy miércoles vengo por ustedes a las diez de la noche.

—¡Listo! ¡Pa’las que sean! —contestamos. Y nos comprometimos, sin saber lo que nos esperaba.

Eran las diez y diez cuando llegó Ponche. Atravesamos dos potreros grandísimos de ganado, en medio de una oscuridad casi total y caminamos dos horas por entre todo ese mundo de vacas, antes de llegar al lugar. Bueno, ahí nos estaba esperando un fulano a quien Ponche lo llamaba Correíta.

Pregunté que qué íbamos a hacer.

—Envuelvan todo el alambre que puedan del que rodea los potreros.

—Pero eso pringa —le respondimos.

—Sí, es que así se usa para que el ganado no se salga. Pero no se preocupen que ya Correíta se encargó de eso, ya no tiene electricidad.

Lo cierto es que estábamos desmantelando dos potreros grandes. Y, de pronto, ¿qué pasó? Pues el que cuidaba los potreros perdió su psicología. Ya lo tenían hablado, según nos dijo después Ponche, pero no, como que al pizco ese le dio cargo de conciencia y ¡nos delató! Ese vigilante, al que no llegamos a conocer, ayudó a tendernos una celada y cuando menos pensámos, se encendieron las lámparas del ható, y adivinen ¿qué...? Pues que si en la entrada de ida nos demoramos dos horas, en la vuelta lo hicimos en un santiamén. Aquello era corra que corra y nos tropezábamos con el ganado, y ni qué ganado ni que nada, volvíamos a correr como campeonas olímpicas. Al primer disparo, solo pensábamos en salir de allí.

Llegamos jadeantes a la carretera. Eso sí, no mirábamos para atrás, puesto que ya creíamos que venían y nos iban a coger.

Cuando llegamos de regreso a la casa, los otros dos muchachos ya habían llegado. Y nosotros como no los vimos pasar adelante, ya que al salir corriendo tomamos la delantera, ya estábamos pensando que tal vez los habían agarrado. ¿Cómo hicieron? No sé. Pero lo que sí sé es que estábamos untados de mierda de vaca hasta las pestañas. Y fueron tan tenaces esos manes que hasta una ruedísima de alambre se alcanzaron a terciar... ¡siempre se arrastraron con algo los verracos!

Nosotras que estábamos hambreadas, peladas y todavía con el susto adentro, les pedimos que nos la regalaran. Ellos se miraron y aprobaron el pedido.

—Está bien. Les regalamos eso para recompensarlas por la corrida pero, ¡ojo!, que estamos “boletizados”.

Nosotras quedamos convidadas, pero jamás a ir a otra corrida.

UNA MENTIRA PIADOSA

María del Pilar Moncada y Sandra Julieth Cifuentes



Hace mucho tiempo me fui con un grupo de amigas para la feria de Tuluá. Ya que no conocía esas fiestas, tenía mucho interés y emoción. Mis amigas sí conocían la ciudad y habían visitado los puestos, pero me acompañaron a ver las cosas exhibidas, hasta que fue hora del espectáculo nocturno.

Cuando íbamos entrando al concierto, nos encontramos con unos muchachos y estos nos convidaron a entrar a una de las casetas. Todo era alegría. Estábamos en plena rumba bailando y tomando, tomando y bailando. Y sin pensar, se nos fueron las horas. Todo iba muy bien; la estábamos pasando muy chévere. Yo ya estaba un poco tomada y mis amigas se burlaban de mí, por lo tragueada que estaba y la lora que daba. Cuando menos pensé, dentro de un grupo de personas, vi algo que me desconcertó: estaban los familiares de mi novio y mis suegros. Lo peor es que yo le había dicho que estaba en Zarzal visitando a mis padres. Francamente, en esos momentos, no supe ni qué hacer. Ellos, lógico, con la lora que di, ya debían haberme visto, y lógico que estarían furiosos conmigo.

Desde mi mesa, vi que estaban llamando por celular a Julián.

Me puse muy nerviosa, pero no sabía qué hacer. Y entonces, no tuve más que contarles a mis compañeras y mis nuevos amigos lo que estaba pasando, pidiéndoles que me ayudaran a volarme, y ellos me dijeron que no le parara bolas a eso, que fresca.

De pronto, veo entrar a mi novio y ya se pueden imaginar lo enojado que estaba! Tanto que sacó una pistola y delante de todos me hizo salir corriendo, pero tuve suerte porque al salir de la caseta, en esos precisos momentos, se apareció una radio patrulla de la policía. Suerte para mí, porque él si no corrió la misma suerte. Lógico que al verlos, él guardó el arma y salió a correr, pero la policía lo persiguió.

Otros policías, muy buenos ellos, me llevaron a casita. No sé qué pasaría con mi ex novio, y de sus familiares no me dejo ver desde entonces. Tampoco he sabido más de aquellos muchachos con los que bailé y tomé aquel sábado de feria. Mis amigas se los rumbearon esa noche, y ni más. Yo he salido a bailar otras veces, pero voy a eso y digo que voy a eso.

Después de ese susto, lo único que sé, es que uno no debe mentir y hay que hablar siempre con la verdad.

EL CUMPLEAÑOS MALDITO DE HANZ

Faber Nazarith Sandoval



Como de costumbre, el día amaneció frío, hoy el viento sopla y Hanz, mi perro, continúa echado al lado de la chimenea. El alboroto de las calles, generado por los transeúntes y las señoras que venden verduras, hace que mi mente divague y me haga recordar aquel 23 de enero cuando Hanz cumplió sus malditos dieciocho años.

Recuerdo que ese día especial tuve el deseo de obsequiarle aquello que lo hacía feliz: un reloj fino. Eché en la billetera los pocos fondos que poseía, tomé mi abrigo y salí de la casa con mi fiel compañero; recuerdo el frío que, como el de hoy, era recio. Oh, sí, me viene el olor a vegetales frescos que guarda mi memoria de aquel día, el vívido recuerdo tras el paso de los años. Evoco el paso junto a la señora María que vendía los chiles y, enseguida, me topé de frente con el ser más hermoso que mis ojos han visto: Betty, la hermosa Betty, mi eterno amor y la novia de Hanz. Sentí calor en las mejillas y entumecimiento en los pies. Su cálida y suave voz, me dijo: “Hola”. No hice más que saludarla con la cabeza. Ella con un tímido movimiento se acercó a mi oído y me recordó que ese día Hanz cumplía años, era el día de su santo. Le dije que no podía olvidarlo, claro, y le conté lo que planeaba hacer.

Emocionada quiso acompañarme por el obsequio de Hanz y juntos partimos por la acera. Al pasar por el callejón donde atacaba el loco Stick, sentí los pasos pesados de alguien que se apresuraba tras nosotros. De inmediato, enmascarado (nadie sabía su real identidad) sacó un agudo cuchillo que erizó mis sentidos y Betty se asió de mí, tan fuerte que sentía el latir de su corazón. En el acto, Stick palpó con su mano izquierda mi chaqueta, por el bolsillo derecho, cual si supiera que el botín estaba allí. Por el momento sentí la sensación del heroísmo, pero temí por Betty: además, era hermoso sentirla tan cerca. Stick huyó por el callejón, y Betty entró en llanto.

—¡Qué haremos! —gritó.

Solo pude consolarla. Nos regresamos. La dejé en su casa y partí a la mía. Toda la familia preparaba la fiesta para Hanz, mientras Tatiana, mi vecina, observaba por el balcón y yo me sentía triste por no poder lograr mi cometido: darle el obsequio a aquel gran hermano. Subí al balcón y desde allí vi a Tatiana como alegando con Hanz, que estaba abajo en la calle, pero concluí que lo estaba era felicitando, pues ella creció con nosotros y sabía nuestras fechas.

Mi tía salió a su encuentro y le pidió que la acompañara al mercado, todo con el fin de hacer tiempo para la sorpresa. Salieron y tras eso llegó Betty, tan hermosa como siempre, en su moto, con una cajita de bellos colores. Entonces vine a recordar mi niñez, cuando nos peleábamos por el amor de Betty, y por darle rosas y chocolates. Recuerdo hasta algunos arañoses por alcanzar un gorrión, para llevárselo, que con mucho esfuerzo logramos atrapar. Cómo fueron de tiernos aquellos tiempos... y después, ella se había decidido por él. Desde entonces, Hanz ha sido muy celoso con Betty, pues sabe que la quiero. Aunque nunca pude ni podría tener nada con ella, porque la respeté y la respeto.

Se dio la hora para la llegada de Hanz y mi tía, así que me apresuré. Tomé el reloj mío, obsequio de mi padre, y quise dárselo a Hanz. De repente, escuché que afuera de la casa, Hanz llamaba a gritos a Betty, su tono de voz era fuerte y áspero. Ella salió y yo corrí tras ella con un mal presagio. Al llegar a la calle, Betty le suplicaba a Hanz que entrara a la casa. Y él replicaba que no: que cómo pudo haberlo cambiado por mí. Mis sentidos no entendieron al escuchar tal cosa, y quise explicar o pedir una explicación, pero Hanz estaba cegado por

la ira, y los celos. Betty, la hermosa Betty, quiso abrazarlo, pero Hanz en un brusco movimiento la golpeó, arrojándola hacia la avenida: y cómo recuerdo aquel maldito instante en que su hermosa cabeza dio contra la acera, opacó su risa, y la vida de su alma. Corrí hacia ella, y sus cabellos negros, enrojecidos por la sangre. Entonces me abrazaron el dolor y la rabia; tomé mi navaja, fiel compañera, quise detenerme, pero pudieron más la envidia y el resentimiento.

Moribundo, Hanz me dijo que llegó a saber de nuestro romance porque en esa misma hora en que ocurrió el atraco, había visto cómo nos besamos al encontrarnos Betty y yo, y en lo oscuro del callejón nos abrazamos fuertemente. El dolor invadió mi cuerpo y tan solo atiné a decirle:

—Hanz, loco desgraciado, nadie, ni siquiera yo pude quererla y tenerla, como tú la tuviste. ¡Maldito sea tu cumpleaños! ¡Y yo que te iba a regalar el reloj de mi padre!

En su memoria, a pesar de todo, bauticé mi perro con su nombre. Así lo recuerdo a él y con él a Betty, la hermosa Betty.

LOS EMBELLECEDORES

William Eliécer Coronado



Una vez fuimos a jugar un partido de fútbol a una vereda cercana a la nuestra, pero el carro en el que viajábamos se varó. Entonces, mientras arreglaban el camioncito, seguimos el camino a pie. Resulta que cuando llegábamos al lugar donde íbamos a jugar el partido de fútbol, ya estábamos prendidos de jartar trago.

Yo no quise jugar porque me sentía muy mareado y, por el contrario, me fui a una tienda del lugar a seguir bebiendo. Ya unas horas más adelante, me encontraba bastante borracho y se me acercó una linda chiquilla o no sé si era tan joven, lo único es que yo en medio de la rasca la vi tan preciosa que me fui a dormir con ella.

Me quedé dormido y desperté cuando estaba soñando una pesadilla en la que me ahogaba y que tenía la cabeza atrapada entre dos rocas.

Resulta que yo tenía era una teta enorme en mi cara y de un salto me levanté de esa cama.

La muchacha linda que yo había conquistado en mi borrachera, se había convertido en una sonriente y satisfecha gordita con ciento treinta kilos de peso. Esa es una tonelada que nunca olvidaré. Digo, es una anécdota que jamás olvido.

JAMUNDÍ



Miguel Antonio Ramírez
Director del taller

MARÍA APRENDE A TEJER HISTORIAS

María Claudia Borda



Entre hilos de colores que se enlazan torpemente por sus dedos... uno, dos, tres y anuda. En una acción que se repite, pasan los minutos y las horas de aquellos días techados por el cielo gris de abril. La luz asoma levemente desde el inhóspito patio de piso rojo, tan frío como los ánimos que lo encierran. Solo se siente el olor húmedo de la ropa tendida que no logra secarse por la incesante llovizna y las lágrimas que ruedan por las mejillas de noventa y nueve mujeres confinadas en las celdas del patio Años Dorados.

Ella intenta pensar en algo diferente a lo que sus ojos ven. Cree que sueña, que es una pesadilla. Da vueltas al nudo de su vida... uno, dos, tres, y anuda. Aprende a hacer nudos y a desanudar aquellos que la atragantan y que no logra entender, pero que se enredan en su mente como los hilos de la primera manilla de *macramé* que una de aquellas mujeres intenta enseñarle a tejer. Torpemente lo hace muchas veces y en ese aprendizaje busca disipar su dolor.

Su mente se centra en este nuevo arte: aprender a tejer no solo los hilos, sino las historias de mujeres, de muchas mujeres que sin saber por qué, han llegado a un frío patio, tras las rejas y tras el abandono repentino del calor de su entorno, de sus hogares, hijos, maridos,

madres, padres; y ella, María, también es obligada a hacer un corte abrupto y absurdo con todo lo que hasta ese día, había sido su vida.

Ante una realidad que no tenía reversa, su decisión fue la más acertada: comenzar por aprender, desaprender y reaprender para teñir de colores el desconcierto y unirse a tres mujeres que comparten ahora con ella un espacio de 33 metros cuadrados.

Muros grises, camarotes grises, piso gris, color helado y húmedo como el aire mismo que se respira, un sanitario, un lavamanos, “útiles de aseo” —como los llamaban ellas—, uniformes color caqui con naranja, de tela tosca al contacto con el cuerpo, como un “cuero tieso” y zapatos “tipo grulla” más pesados que la historia de cada una. También, una escoba, traperero, bolsa de FAB, Patojito, toldillos pegados con cinta pegante, tres rollos de papel higiénico, bandejas, tazas y vasos plásticos color rojo, de esos que conservan adherido el olor de la comida del día, personalizados con marcador indeleble. Todo lo anterior, además de cuanta cosa tenía cada una que no estaba a la vista de la guardia: hilos de colores, agujas de coser y de tejer, alfileres, tijeras, candelas, “puchos”, cuadernos y bolígrafos, una verdadera miscelánea de “objetos prohibidos”, muy bien escondidos debajo y dentro de las colchonetas.

Después de llorar, partirse las uñas con rabia, bajar su colchoneta y tirarse en el cemento frío por miedo al segundo piso del camarote, conservando aún la ropa que traía puesta y ante la mirada silenciosa de las otras, María se secó las lágrimas con el trozo de papel higiénico que Marta le había alcanzado amablemente.

Marta, como buena paisa, fue la primera que se atrevió a interrumpir el silencio de María. Uno con cincuenta de estatura, 57 años, menuda, con caminado de hombrecito trabajador, pero con el cabello más largo que el de las evangélicas de culto. Nacida en Sevilla-Valle, recolectora de café desde los nueve años —desde entonces fumadora obsesiva e incansable— se crió entre hombres y como un “hombrecito”.

“Mi papá y mis hermanos me decían ‘mijo’ por mi caminado de varón, porque yo era toda ‘garetica’ y mantenía el pelo cortico como un muchachito pa’ que me dieran trabajo donde fuera. Hasta mis maridos me decían ‘mijo’, como si yo fuera el macho de la casa y así me quedé, como un macho. Por eso, desde que estoy aquí nunca me he motilado” comentaba Marta, mientras cepilla su larga y bella cabellera castaña, sin una cana, que le llega hasta las corvas.

Según cuenta, pasó por todos los trabajos del campo. Inició por la recolección de café, luego de tabaco, arroz y otros granos, hasta llegar a la marihuana, la que ya adulta y ante la debacle generada por la roya del café; sembró, recogió, secó, empacó y expendió con su familia en pequeñas dosis, y de pueblo en pueblo, para sostener a sus hermanos menores y después a su marido vago y vicioso, más joven que ella, del cual se enamoró perdidamente hasta perder la voluntad. Mantuvo también a sus ocho hijos, producto de relaciones sentimentales con otros y con este último.

Después de años de estar involucrada en este negocio, es capturada y condenada a cincuenta y seis meses de encierro. Cumplió, quedó libre, reincidió para no morirse de hambre y hoy paga cinco años más, en la penitenciaría de mujeres de Jamundí Valle.

“Mis hijos andan regados por todos lados, ni yo sé dónde están. Les perdí el rastro y ellos a mí, me olvidaron a lo mejor. Solo una hija me visitaba cuando estaba en Cali en el Buen Pastor, pero ahora no viene hasta aquí, pues dice que esto es muy lejos”.

Marta derrochaba habilidad con sus manos para tejer, bordar, coser, mientras con mucho orgullo mostraba a las demás todas las manualidades que tenía guardadas e iba sacando de una bolsa negra de basura, como un mago que saca y saca cosas y nunca termina.

“Este cojín rojo de la ‘mechita’ es pa’ mi nieto cuando lo vea, estos conejitos y estas muñecas que solo me falta rellenarlos y ponerles los ojitos pa’ mis nietas, mire, todas estas manillas son pa’ sacar de aquí y vender. Se las lleva la hija de la compañera Nancy y allá afuera las vende y me consigna de a mil o dos mil hasta juntar diez mil y con eso tengo pal’ tinto, el ‘pucho’ y el papel higiénico”.

Nancy, menor que las otras dos, no llegaba a los cincuenta. Gordita, desdentada, en bata de dormir roída por el uso, con cara triste y muy ojerosa. La gastritis no la dejaba, se quejaba mucho. En su nariz, sostenía unas gafas torcidas y pedía la palabra para hablar. Sin perder la concentración, hablaba mientras con una aguja ensartaba chaquiras diminutas de diferentes colores en un nylon. Se dedicaba a hacer las tiras o tirantas que reemplazan las comunes del *brasier* y también las vendía dentro o fuera de la cárcel con la ayuda de su hija.

“Toda mi vida me tocó *mantequiar*, ser empleada de servicio en casas de familia muy pinchadas de Cali. Empecé joven de muchacha

en un colegio y en la casa de los dueños que vivían ahí mismo, el Liceo Ciudad de Cali, en la avenida sexta con 23, propiedad de Don Salvador y doña Cilia de Do Carmo, él gordo muy gordo y ella flaca muy flaca, casi seca. Él con una *chucha* la berraca y ella pintarrajeada como un payaso, recuerda Nancy sonriendo. Ellos me ayudaron a criar a mi niña y le dieron estudio, pues el *triplehijueputa* que me preñó estando yo muy peladita se largó. Después me conseguí otro al que le enseñé a cocinar y mientras yo criaba tres hijos más, él se empleó como ‘che’ en el Cenadero La 20, donde consiguió moza y desde ahí nunca más volvimos a ver un peso. Seguí trabajando de casa en casa y con los hijos rodando, y como la plata no alcanzaba, ¿pues qué? ¡el diablo es puerco!, tuve que ayudarme vendiendo papeletas de vicio los fines de semana. Mientras vendía arepas, también vendía papeletas de vicio en la puerta de mi rancho, pues había un *man* que nos surtía a varias señoras del Distrito, para que le vendiéramos y nos ganáramos un billetico. Así saqué bachiller a la mayor, hasta que caí y me clavarón cuatro años de cárcel. Eso siempre es *soplao*, la gente es envidiosa y se pilla la vuelta y de una lo van soplando a uno”.

Contó también que pasaron los cuatro años de condena y salió sin un peso. Por esa razón, reincidió. Sus hijos varones adolescentes se habían quedado sin techo. Su madre vivía en la calle del “calvario”. El vicio la envolvió al igual que a uno de sus pelados, el de la mitad. Por simple sentido de supervivencia, cuenta Nancy, tuvo que continuar en el negocio del expendio, pero esta vez a un nivel más arriesgado: entrar papeletas de vicio a la cárcel de Villanueva, atascando su vagina con el producto y rezando para que los perros anti-narcóticos no la detectaran. Así pasó un año hasta que fue arrestada de nuevo por seis años más que aún no terminan.

“La única que viene a verme es mi hija cada mes que tiene salida. José, el mayor, se enloqueció con tanto vicio y le dan unos ataques en la cabeza que lo ponen a temblar, blanquea los ojos y cae tirado al piso. Por eso mi niña trabaja toda la semana y lo poquito que gana es pa’ hacerle tratamiento. Pero eso no le vale. Los doctores dicen que está loco, seguro heredó lo de mi mamá. Al menor me lo cuidaba una cuñada, pues nos quedamos sin rancho, nos cayeron las galladas y lo cogieron de *cambuche*. Eso por allá lo van sacando a uno y si no se va, le dan piso. En una pelea de esas, cayó mi muchachito

de quince añitos apenas —se atacó a llorar— me le dieron bala en un tropel de esos y yo aquí metida sin poder hacer nada, ni despedirlo siquiera. Me lo trajeron hasta la puerta de la cárcel, en su *ataul*, de paso pal' cementerio pa' yo poder echarle la bendición”, comenta Nancy, mientras llora con amargura.

“Ya no llores más que te vas a quedar sin lágrimas, la vida lo endurece a uno mija”, le dice Leiton, Ana Rosa Leiton, tomando la palabra. Contaba que a ella cuando jovencita, le decían la India Catalina. Narraba con picardía que fue bella y desde los 18 *putió* en Cartagena, luego de viajar con su primer marido, algo ‘cucho’, ya que se la llevó de paseo y la puso a trabajar en la calle para tener con qué vivir. Con ese tuvo un hijo que mandó para Cali a que se lo cuidara su mamá. Su familia —acomodada— vivía en Terrón Colorado y era reconocida en todo el barrio. Su padre, especialista en techos era trabajador de una reconocida empresa y se construyó la mejor casa del barrio con apartamentos para cada uno de sus hijos. Pero Ana Rosa, según contaba —entre risas— resultó ser ‘la oveja negra’ de la familia.

“Yo era la chacha de Terrón y luego la India Catalina en Cartagena. Aunque no lo crean, era bien bonita, morochita y de pelo largo y un cuerpo con buenas curvas que le daba vuelta seca a los manes pa' que me pagaran bien. A los más *pelaos* les daba culo y mamada *ventiada* y con los viejitos, eso era breve, cinco minutos y *chaolín pingüín*. Me ponía unas pintas bien bacanas y *mostronas*, pues tenía lo mío —mientras señalaba las tetas y la cola— y míreme ahora, estoy como un rejo”.

Suspirando continuó, “ganaba muy buen billete y por eso me abrí del *hijueputa* de mi marido y seguí sola *putiando*, recorriendo Colombia: toda la costa, Bogotá, Medellín, Pereira y hasta Pasto. Lo único que hacía era joder y mandar pal' hijo”.

Decía que dejó a su primer marido, “el explotador”, pero que no dejó el oficio. Cayó en manos de otro aún más vividor, que además la metió en el vicio. “Ese *man* era muy pinta, ojizarco ese *guevón*, pero muy malcriado por la mamá que le daba todo y nunca lo dejó trabajar. Nosotros solo fumábamos, *metíamos* y *pichábamos* y ella, hasta la comida nos llevaba. Por eso mis dos hijos menores salieron bien bonitos y claritos como el papá. A ese *man* lo mató el vicio o como que fue una bala perdida en un tropel de viciosos. Yo, de buenas, me

salvé. Después de ese, llegó Jaime, un tipo *sollado* que me enseñó lo que se llama la vagancia de verdad, a vivir de la calle, del recycle y a soplar bazuco a la lata”.

Leiton quedó en los huesos y mueca, pero viva para contar una historia de vida loca, de bazuco desenfrenado. Se volvió famosa en el oeste de Cali por ser la reina del recycle, por vivir paseándose en una carreta por la orilla del río en las inmediaciones del zoológico, con Jaime, su último marido, y por recoger hasta \$400.000 pesos diarios, producto del recycle.

“Los ricos botan todo y no se dan cuenta: ropa nueva, bolsos, billeteras llenas de billete y hasta dólares, perfumes nuevos, cadenas y anillos de oro, juguetes. Yo cogía todo eso y pa’ los hijos que creían que la mamá estaba hecha. Me bañaba en el río, me colocaba un trapo nuevo y subía hasta Terrón pa’ llevarles los regalos, pero mi mamá y mis hermanas no me dejaban ni ver los pelaos. Bajaba bien aburrida a soplarle la plata en puro bazuco y a chupar guaro con el Jaime a la orilla del río. Así me la pasé como diez años más, hasta que lo pillé *culeando* con una *hijueputa* que lavaba carros y entonces, me abrí del *man*. Volví a la casa y me recibieron. Me pusieron en tratamiento para dejar la droga, pero no aguanté y me volaba a meter y a vender, o sea que vendía vicio y con la ganancia soplabá, eso era paseo de todos los días. Mi hermana se pilló en las que yo andaba y con mi mamá fueron a la policía y me acusaron porque ya no me aguantaban en la casa por loca. Me agarraron con un resto de merca entre un canguro que cargaba siempre y que mantenía escondido debajo de mi colchón, entre chuspas plásticas. Ahora aquí estoy, me dieron siete años, pero los he aprovechado... mire, saqué mi bachillerato —mientras muestra su cartón de bachiller— y estoy en la Palabra del Señor”

María pensó: “Qué noche fantástica”, escuchando en murmullo estas historias de vida de tres mujeres que no tenían nada en común con ella y que repentinamente tenían algo en común: el encierro. Después de escucharlas por horas, entendió que no había diferencias. Muchas mujeres, las más peligrosas, ladronas, asesinas, viciosas, traficantes, culpables o no, jóvenes, adultas, mayores, mujeres, lesbianas, maternas con sus bebés; las del medio, las de al lado, las del frente, todas eran iguales y estaban en las mismas condiciones: entre bloques de muros grises, con el silbido de los grillos, la rutina

del día, el cansancio en la noche, rejas y pasadores que traqueaban a toda hora con golpes fuertes. Tras ellas o delante de ellas, las guardias, en su mayoría mujeres jóvenes, pero con cara de frustración y hasta feas, metidas en esos uniformes oscuros y esas botas altas, allí, en un punto x, en la mitad de no sé dónde, y en una cárcel de alta seguridad, allí estaba ella también.

Amanecía a las 4:00 am, se levantaban con un baño de chorro helado en las duchas múltiples del patio, formaban con el uniforme tieso y los zapatos pesados, desayunaban a las 5:00 am, almorzaban a las 10:30 am, comían a las 4:00 pm de la tarde y luego, encierro a las 4:30 pm... era algo insólito... se levantaban de noche y se acostaban de día.

Sonaban las bandejas, los platos, las cucharas. Llamaban a gritos por los apellidos. La comida era sin sabor, sin color, sin olor, sin sal, sin azúcar, sin hogo, sin sazón alguna, sin amor y fría. “Te regalo el arroz y me das tu banano”, decía Leiton. Dame tu pollo y te tomás mi sopa que eso es pura agua y a vos te gustan esas aguas sucias”, exclamaba Marta, “yo el caldo y el arroz sí, lo demás al tarro”, murmuraba Nancy.

En el patio, desfilaban una por una para echar en una caneca gigante todos los desperdicios, casi toda la comida que dejaban, pues eran incapaces de comérsela. Según se rumoraba, era tanto el desperdicio que la vendían para alimentar pollos en los galpones de la zona.

Entre historias susurradas al escondido, llega la noche. En total oscuridad, respirando el humo de los “puchos” que se prendían desesperadamente uno tras otro, sin dejarse pillar por la guardia, a María no le había llegado el turno de contar su historia.

Aprendía a tejer manillas en *macramé* con una habilidad sorprendente, mezclando con acierto colores brillantes y aprendía a tejer historias de vida, historias de mujeres mayores que en su lucha por la supervivencia cayeron en delitos menores de micro-tráfico de droga. Cada mujer allí era un mundo, cada mujer allí guardaba su vida, y ella, María, se convertía en escucha de esa mezcla de realidad y fantasía que noche tras noche y durante varios días, ellas le contaron, como queriendo desahogarse con alguien por primera vez, los pormenores de sus vidas. En esos momentos se sentían muy importantes, sus historias valían, alguien las escuchaba.

“Qué estás haciendo ve? Aquí, escuchando Olímpica... la temperatura sube, sube,... sube la temperatura”.

En el transistor, el ritmo de Los Lebrón al son del eco tenue de las voces que se iba apagando con el sueño.

Pensé que dormía, que vivía una pesadilla, pero no era así. Me pellizqué varias veces y supe que era verdad lo que estaba viviendo. Comencé a recordar con los ojos abiertos y la mente despierta. Me sentía en una película policiaca, con la diferencia que en este caso “el bandido” era yo. Fotos de frente y perfil, huellas dactilares, entrega de documentos y cualquier otro objeto personal. Me quitaron la cédula y pasé a ser un NN en cuestión de minutos. Nadie me escuchaba, nadie me miraba a los ojos, las personas allí eran como robots, sin alma y sin voz. Solo se escuchaban pisadas de mujeres uniformadas que iban y venían obedeciendo órdenes. El día de mi captura, creí perder el sentido, dejé de ser, mi mente se nubló mientras dejaba mi vida tras una, dos, tres, cuatro puertas de seguridad hasta la última – que correspondía a la celda compartida– que al cerrarse de un golpe seco, estremeció hasta la última célula de mi ser.

Como toda persona privada de la libertad o como cualquier “presa” que se respete, logré que al día siguiente de mi captura, mi familia me enviara al menos una muda, una sudadera, zapatos tenis, camisetas blancas de cuello V, cobija de hilo, toalla, artículos básicos de aseo, un libro –solo era permitido entrar un libro cada cierto tiempo– y un toldillo. La humedad y el zancudero eran insoportables.

Desde el comienzo, Marta tomó la iniciativa del abrazo “Venga miija, yo guardé tinto de la tarde... ¿quiere? Frío, pero aguanta y un pancito del desayuno, pues mínimo usted no ha comido nada en todo el día y por eso no ha podido pegar el ojo. Esos hijueputas lo tratan a uno como si una fuera lo peor ¡ay! mi Diosito ten piedad de ellos”, murmuraba con tono de rabia, mientras se echaba la bendición dos veces. Me pasó tinto en un vaso plástico con un pan que sacó de su escondite. Por su parte, Ana Rosa me invitó al olvido, me motivó a tejer *macramé*, me hizo sentir que yo podía entrelazar los hilos y hacer los nudos, me retó al aprendizaje. “Si no tenés sueño, pues tejé. Dale... vos podés, parecés inteligente, agarrá los hilos así, templá... templá”, explicaba Ana Rosa. A mi lado, Nancy como una sombra, algo así como el ángel de la guarda que no se ve, pero que sí se siente su presencia: “Venga miija, tranquila, yo le ayudo con su dormida y vea, aquí yo tengo sábanas limpias y una cobija, pues yo

no soy friolenta”, me decía Nancy, mientras yo como un ente, obedecía y agradecía con una sonrisa adobada por la sal del llanto y de la *moqueadera*. Esas noches fueron inolvidables para mí. Escuché, reí, aprendí y luego dormí.

Los días comenzaron a ser diferentes.

El día iniciaba con golpes fuertes en las rejas metálicas a las 4 a.m., y un chorro de agua helada que me despertaba desde la cabeza a los pies y me ponía a vibrar cada uno de los músculos, mientras se me congelaba hasta el alma. Era una sensación extraña de placer y dolor. Como por inercia —acto seguido— era inevitable que empezara a brincar para que el calor volviera a mí, mientras daba vueltas y vueltas caminando rápido, lo más rápido que mi cuerpo me permitiera, en círculos en un sentido y en otro, alrededor del patio interior, limitado por dos pisos de celdas. Ese patio era todo: colgadero de ropa, comedor, espacio para formarse, pelearse el único teléfono que había, compartir un viejo televisor que solo prendían para ver las tristes y cotidianas noticias de siempre.

Este era el único espacio que nos permitía recibir el rayito de sol mañanero. Todo se mezclaba allí: el desamor, la soledad, la tristeza, la desazón suprema, el desgano y la apatía de querer no hacer nada. Era el patio Años Dorados y en él noventa mujeres adultas, desde los cuarenta hasta los setenta y tantos años. Estáticas, la mayoría, con la mirada perdida a través de los barrotes que solo nos dejaban ver muros y más muros, gris y más gris, más y más de lo mismo.

En muchos transistores, sonaba Olímpica: “Esto no es balada, esto no es rock... esto es Salsa, Son y Rumba. Esto no es ensaladita *light*... Arroz con habichuela y vianda es lo que hay... esto no es lo que tú piensas, no te vayas a tirar, si no aprendiste a conciencia, la clave te va a tumbar”, mientras yo con audífonos puestos, hacía calentamiento con caminata rápida y luego bailaba los diferentes ritmos que escuchaba en el transistor como si estuviera en una fiesta *crossover* de aquellas que tanto detestaba. Con movimientos casi endemoniados, recuperaba el calor del cuerpo y me sentía viva. Mis lágrimas eran ahora sudor. Mis mejillas pálidas se fueron tornando rosadas. La sangre parecía hervir dentro de mí.

Bailaba y tarareaba una salsa, dos y tres... “baila con la punta del pie, goza con la punta del pie, tatata ta ta, tatata ta ta, la clave mi

gente... la clave llama la salsa... salsero si llaman yo vengo..." y luego el reggaetón de turno... "La vi venir con malas intenciones, ella se apoderó de mí, me hizo sufrir. La soledad que vive en mí, son culpas de unas malas decisiones... todo en la vida es un tropiezo y cada día es un comienzo, no te puedes dejar caer".

El movimiento trajo la palabra, la palabra generó la comunicación, se rompió el silencio. En un patio mudo, hubo diálogo... esta supo de aquella y aquella de la otra... y la otra de sí misma y moverse permitió hablar... sentir... soltar... liberar. "Esta señora sí se mueve... yo estoy que me pego al baile", comentó Carmen, una morena del puerto. "Yo también le hago, aunque me suenen todas las bisagras... después de cinco años aquí quieta es duro... dale... dale... aceítico y a engrasar este cuerpecito", decía la abuelita del grupo.

Me perdí en mi propio mundo y las invité a perderse a través de la música y de los movimientos, hice de ese espacio mínimo un campo abierto para dejar correr nuestros cuerpos y volar los pensamientos. Sentí que ya no moría, sino que estaba viva y que a mi lado tenía cadáveres vivientes que fueron resucitando y que al comienzo me observaban atónitas, pero luego se contagiaron un poco de mi locura. Y así de ritmo en ritmo tirando paso, de la salsa a la electrónica, del bolero son a la bachata e incluso al reggaetón que no me gusta, largos ratos y varias veces del día, mejor dicho, del baile al chorro frío y del chorro al baile de nuevo... ¡Qué terapia!, como buscando que con el sudor expulsara todo lo que no podía expresar... purificando... sanando.

"Si por la quinta vas pasando, es mi Cali bella que vas atravesando... si por la tarde las palmeras se mueven alegres, la noche está esperando, no hay cañaduzal que se esté quieto, y quiere que lo pique pa' que se vuelva aguardiente...".

Para aquellas mujeres, me convertí en un motor y les transmití una fuerza que yo no tenía, fue algo mágico. Desde allí, se afianzó mi creencia espiritual en el *poder del yo*. Mi semblante cambió, me sentía como una maga poderosa, mi reclusión más que opresión se volvió libertad de no pensar, no trabajar, no tener responsabilidades, ni preocupaciones cotidianas, poder tener la mente en blanco, aislarme. Era algo así como una meditación larga y provocada, como cuando te inducen un coma. Si... así fue, yo me ausenté de mi misma,

¡huy! Comencé con varios rituales además del movimiento, me transformé en una promotora típica de belleza y salud, de cuerpo y mente, baile va y baile viene... puro cardio, estiramientos y luego cremita por aquí y por allá, champú y tratamiento para el cabello, comer sin sal y sin azúcar.

“Si las mujeres son lindas y hermosas... aquí no hay fea, para que vea”

Sin darme cuenta, generé movimiento en la mente de muchas de ellas. Fui escucha y apoyo, líder de solicitudes que las guardianas con su mala cara antes nunca atendían. Escribí cartas por aquellas que no sabían hacerlo, leí en voz alta, incluso la Biblia y lo mejor de todo, reuní a muchas mujeres en torno al movimiento. Llegamos a ser treinta y cinco caminantes, bailadoras y *brinconas*, en un espacio de 100 metros cuadrados. Pedimos a Bienestar varias colchonetas, nos estirábamos cada mañana para salir de aquel encogimiento obligado de la celda en las noches. Sudábamos, reíamos y perdíamos la noción del tiempo. Cada vez más, los largos días se acortaban, los minutos corrían al ritmo del baile, el ejercicio abría nuestros poros para respirar y el agua helada de la ducha, los cerraba. Podíamos sentir cómo al oxigenarse nuestro cuerpo, el dolor se atenuaba. También para ellas, moverse se volvió una rutina, un bálsamo, otra forma de matar el tiempo, lo que a su vez, generó otra forma de aceptar la realidad.

Tuve la oportunidad de conocer un gran amigo, un transistor, mi acompañante predilecto, sintonizado siempre en Olímpica Estéreo. “¿Qué estás haciendo vé?” “¿Yo?, aquí escuchando Olímpica”.

Rompí los barrotes del encierro y fui libre, ¡volé! Hice del encierro un Spa, aunque suene absurdo e inverosímil, eso fue lo que me sostuvo e impidió que me deshidratara con el llanto de las primeras noches e incluso, las lágrimas fueron el lubricante perfecto para mis lentes de contacto.

Poco a poco, hasta las guardianas fueron modificando su semblante y sin querer queriendo, se unieron “al parche”. Me entregaron una grabadora grande, de esas que sonaban en las “aguaelulos caseras” de años atrás, para que compartiera mi baile con el resto de compañeras y para que el patio silencioso y frío se tornara en un espacio de vida, de sentir, de compartir, de solidaridad... “quiero decirle cosas que me fascinan de usted señora... si me permite y me perdona... me

encanta como camina con esa gracia, con ese orgullo y esas miradas que hacen promesas...”, y nosotras allí tirando paso. Ya no hay silencio, hay música, voces y carcajadas. Aprendí y aprendieron.

¿Cárcel o Spa? ¿Ser o no ser? Fue una decisión en un momento crucial de mi vida.

“When the begin the begin... quiero saber que fue de tu vida... quiero saber si todo se olvida... para volver a empezar... mmmmm... y hoy al ver que ya todo acabó... qué no daría para volver a empezar... para volver a empezar... para volver a empezaaaaaar!”.

RUTINA I

Doris Suárez Guzmán



Como siempre que había requisita rutinaria en la mañana, nos llevaron a la cancha de básquetbol y allí nos dejaron, rodeadas de un piquete de guardianas armadas con escudos de pasta, pipetas de gas pimienta y un rostro adusto y severo como una muralla.

Habían iniciado el operativo más tarde de lo acostumbrado y ya sentíamos toda la energía del sol sobre nuestras cabezas. Algunas compañeras intentaban protegerse poniendo brazos y manos a modo de visera. De repente, empezó a oler a guiso de almuerzo y recordé que no había desayunado.

Se habían extraviado unas llaves y los rumores tintineaban para mí como algo lejano y ajeno. El pandemónium que ocasionaba normalmente la guardia tirando nuestras escasas pertenencias al piso suscitaba diversas reacciones: temor y rabia por las pocas que habían conseguido algún pequeño objeto prohibido; desazón para otras por los eventuales daños y el desorden que era aprovechado por algunas para apoderarse de lo ajeno, otras se quejaban por costumbre y a las demás nos era indiferente y lo asumíamos como una molestia más, propia del encierro.

Pronto empezaron a formarse pequeños corrillos, otras se mantuvieron yendo y viniendo alrededor de la cancha sin hacer caso del sol.

De pronto, del grupo de guardianes surgió la cabo Mirta. De manera pausada, ordenó hacer silencio con el respaldo de su cachucha oficial y el escudo que la hacía parecer más fuerte. Su voz se fue anchando a medida que iba endureciendo su discurso, pero no subió el tono ni siquiera cuando amenazó con confinarnos en las celdas durante 72 horas, si en diez minutos una de nosotros no se hacía responsable del robo. De inmediato hice cuentas, era jueves, mi flaquito vendría a visitarme el sábado después de más de un año de ausencia. Me invadió una tristeza profunda por donde cabía mi mano desvalida. Los rayos del sol continuaban cayendo y empecé a ver chispitas naranja, verdes, rojas... Cerré y abrí los ojos como cortinas y allí estaba mi flaquito con cara festiva, probándose las manillas que había tejido para él, maravillándose por cosas tan simples como el estallido de color de una sandía o la pericia de una enredadera.

No pude evitar sonreír al imaginarlo. Su recuerdo ejerce en mí un influjo benévolo, como de un ensalmo. Me quedé anclada en esa bonhomía, sonriendo para él, mientras la cabo continuaba con su discurso sin modificar la expresión de ese rostro que parecía refrigerado. Absorta y plácida como estaba, no me percaté que la oficial miraba en derredor, deteniéndose como al azar en algunas mujeres, pero fijaba con mayor insistencia sus ojos en mi rostro transformado, apacible como un repollo, que contrastaba con la adustez y fastidio del resto de mis compañeras. En medio de la perorata, una de ellas bostezó muy fuerte, pero ni siquiera ante esa provocación, la cabo Mirta alertó su tono.

A partir de ese momento, todo sucedió con ritmo de vértigo. Dos guardianes me sujetaron por los brazos, me esposaron y fui sacada del grupo. A medida que avanzaba, los murmullos se acallaban. Una compañera de celda me hizo un ademán vago que bien podría significar un “lo siento” o un “menos mal que no soy yo”. Alguna vez, leí que la cárcel es una soledad amontonada, y creo que es una definición muy atinada. No he encontrado a alguien que pueda llamar “amiga”. Tengo un carácter distante y callado. Muchas veces no encuentro nada que decir, entonces guardo silencio o asiento no muy convencida, incluso ante expresiones que no me parecen muy lógicas.

Me entraron a una oficina amoblada con sobriedad, me quitaron las esposas, y quedé sola por unos minutos ante el óleo de un

caballo brioso levantado sobre sus patas traseras. Nunca me ha gustado el tono de los interrogatorios, sobre todo cuando las respuestas son obvias, conocidas de antemano por el interrogador: Nombre, identificación, tiempo que lleva en esta prisión...

—En mi ficha están todos esos datos —dije en voz baja y me sentí molesta por haber respondido de esa manera.

Son formalismos burocráticos a los que aún no me he acostumbrado. La cabo no se inmutó, me preguntó si estaba nerviosa, si no sabía por qué estaba ahí. Dije que no, con la cabeza. Continué hablando del robo de las llaves, que las habían encontrado en un escondite muy ingenuo, de lo grave del hecho por la intencionalidad... Hablaba sin reproche, como si se refiriera a algo ineluctable, incluso cuando me dijo que yo era la única sospechosa y que si contaba cómo lo había hecho, no tendría que soportar las 72 horas de calabozo.

La interrumpí para decir que yo no había robado nada, pero creo que lo dije sin mucha convicción ante sus ojos pequeños y negros que me atravesaban.

—¿Te crees muy lista? ¿Por qué sonreías?

—Por el sol —respondí y quise agregar algo más, pero su rostro me inhibió tanto que hasta yo misma sentí que había dicho algo ridículo.

La cabo Mirta esta vez no pudo ocultar cierto destello de impaciencia.

—Debería darte vergüenza tu cinismo —añadió con una voz un tanto reflexiva y desdeñosa—. Llevo muchos años de servicio, no se necesita ser sicólogo para saber quién es culpable. Ustedes mienten con estudiada sinceridad, pero estamos acostumbrados a escuchar sus negativas a pesar de las evidencias, ustedes actúan y niegan, y cuando no lo hacen, su silencio es otra forma de complicidad.

Noté que tenía una forma particular de decir “ustedes” y comprendí que las cosas no iban bien para mí, pues para “ellos” nosotras somos siempre unas eternas culpables. La cabo continuó hablando y los rayos del sol volvieron a encontrarme chispeantes y eternos a través del tragaluz, con sus verdes, rojos y naranjas, y entonces las palabras se difuminaron y ya no fueron acusación sino fosforescencia, y volvía sentir en el límite de la mañana. La imagen de mi flaquito, con los olores del verde en sus ojos que me ayudaban a contemplar

a las danzarinas alverjas, el abrazo del repollo al sol y la generosidad y exuberancia del maíz y volví a ser sonrisa, bonhomía y fiesta. Atrás quedaron los demás sonidos, incluso el de la cabo Mirta que me decía con voz de calmoso triunfo que 72 horas pasarían pronto.

RUTINA 2

Doris Suárez Guzmán



Aquella tarde no hubo ningún indicio, ningún asomo de provocación que presagara el hecho. Juliana había adoptado la táctica de la tolerancia extrema: no quejarse, no discutir, no hacer nada de lo que sabe o intuye que los irrita. Pero justamente empieza a notar que a Rubén esa amabilidad le resulta sospechosa y hasta desagradable. Entonces Juliana se siente desamparada y decide portarse como otras veces, pero de repente también ella se percibe extraña, confundida y ya no sabe cómo actuar.

Rubén mastica despacio y la mira solo con los ojos, su rostro se queda en la comida, escarbándola, como si buscara en ella alguna explicación o un pretexto. Juliana lo mira por un segundo, no soporta sus ojos negros, como sin pupila; le parece que puede sumergirse en los suyos y ver que empieza a tener miedo. Entonces, aparta rápidamente los suyos de ese rostro que muta fácilmente y los fija en el vaso semivacío que Rubén ha dejado. Piensa que lo mejor es anticiparse y volver a llenarlo o traerle un café, pero en lugar de eso realiza un movimiento torpe y el líquido cae sobre el mantel, y entonces, es como si fueran uno solo el fluido que escurre y el envés de la mano que impacta su rostro. Luego, como una secuencia lógica siguieron

los golpes enroscándosele en todo el cuerpo como alimañas, el dulce y familiar sabor de la saliva, la mano hambrienta que devoró sus cabellos y le estrelló el rostro contra algo duro y frío... y, luego, esa punzada en el ojo que le horadó el sentido del equilibrio, mientras que la sombra de Rubén desaparecía por la puerta y ella quedaba sin siquiera un aliento para arrojarle algún objeto al aire, como tantas otras veces, y escupirle un madrazo de despedida.

Cuando Juliana reaccionó, deseó ser fruta, para poder quitarse la piel y arrancarse el dolor, y para ser otra, distinta a esa figura menegada y contradictoria que ahora era ella. Se encogió un poco más. Estiró el suéter rojo hasta cubrirse totalmente las piernas. ¡Tenía tanta sed! Pero moverse era un esfuerzo quejoso. Pasó la lengua por sus labios hinchados y secos pero se reactivó el dolor. “Es la última vez”, se dijo, “la última, la última”, y lo repitió varias veces como tratando de memorizarlo. Continuó con los ojos cerrados, pero no durmió, tampoco podría decirse qué “pensó”, en el sentido estricto del término, como una formación rigurosa y ordenada de conceptos e ideas. Solo tenía imágenes que se habían configurado como un álbum, asociadas a sentimientos que no obedecen a una lógica racional sino a un complicado entramado de sensibilidades que ella no sabía controlar.

Escuchó la voz de Lucía, su hermana menor, e intentó abrir los ojos, pero el esfuerzo le resultó lacerante. El ojo izquierdo se negaba a abrirse y el derecho parecía querer solidarizarse con él. Finalmente logró dejarlo como una persiana semiabierta. Después pretendió incorporarse, pero el quejido fue más rápido que el movimiento.

—¡Oh, no, Juliana, otra vez lo mismo! —le reprochó su hermana con un grito ahogado de rabia y desconsuelo.

—Se me estalla la cabeza —se quejó Juliana a modo de respuesta.

Lo cual no era tan cierto. En realidad le dolía todo el cuerpo, pero era el mejor pretexto para poder beber agua y aplazar la monserga de Lucía. Más que molestia, le causaba una sensación extraña, una mezcla de resignación y de vergüenza.

—¡Hasta cuándo vas a seguir con ese tipo! —le recriminó su hermana, mientras le ponía dos analgésicos en la mano.

Al acercarle el vaso de agua le retiró el cabello lacio del rostro, que parecía mayor de lo que en realidad era, y se quedó observándola, frunciendo la boca en actitud de desagrado.

—¡Uuuy, ese ojo está horroroso!

—No sé con qué me pegué...

—¿Me pegué? ¡No! Te golpearon, que es distinto —dijo Lucía—. Por lo menos ten la decencia de llamar las cosas por su nombre. Ese bruto sigue ensañándose contigo y vos como una bobita que no ve más allá de sus narices...

—¡Te juro que esta es la última vez!

Lucía la miró con descreimiento, hizo un gesto de desconsuelo y salió a buscar unas compresas y agua fría. Esta escena era usual. Un juego de resistencias de duración imprecisa. Rubén regresaría en uno o varios días cargado de paquetes y arrepentimientos, mientras que Juliana le daba la espalda tratando de parecer indiferente. No siempre alcanzaba a expresar su desazón y su rabia. Las palabras se le humedecían fácilmente, a pesar de que se enterraba las uñas en las palmas para no llorar o, quizás, como autocastigo por ceder tan fácilmente. ¡Imposible pelear contra la caricia deseada! Rubén lo sabía. Sabía cómo acercarse, levantarle los cabellos, besarle lentamente el cuello, pidiéndole perdón y susurrándole cuánto la amaba, logrando doblegar su cuerpo con el viento de las palabras. A veces acariciaba su piel amoratada e hinchada con la misma mano ruda que golpeaba y que se hacía ingrátida en la caricia, mientras le reprochaba suavemente, “si ves, lo que me obligas a hacer”. Y lo decía en un tono tan pesaroso que lograba hacerla sentir culpable. Siempre terminaba cediendo y la calma retornaba por un tiempo hasta que se reiniciaba el ciclo. ¡Pero esta vez sería la última!

La asaltaban sentimientos contradictorios. Con el tiempo, las palabras ofensivas que acompañaban a los golpes se hacían livianas. Se reprochaba no saber portarse adecuadamente, darle importancia a insignificancias y provocar a Rubén. En otras ocasiones, tenía la conciencia de que no solo se golpeaba su cuerpo sino también su dignidad y sentía rabia hacia él y contra ella misma; luego recordaba la sensación de bienestar amoroso que quedaba después de cada reconciliación... El costo era muy alto, lo sabía. Y se sentía cansada. El verse a sí misma era de por sí deplorable, pero el que su hermana la viera, lo era aún más. Como si lo importante no fuera el hecho sino que su familia se enterara.

El ojo izquierdo no respondió ante las compresas y bálsamos caseros. Juliana rogaba para que se desvanecieran los hematomas externos, pero no los de adentro, para poder resistir a ese hombre que regresaba siempre, arrepentido y querendón como un niño que ha hecho una travesura.

—Parece que vas a quedar como un pirata, hermanita.

—No seas trágica —respondió Juliana como para salir del paso, tratando de parecer calmada—. Ya mejorará.

Pero el ojo no mejoró.

—El médico dice que tengo un nervio inflamado —dijo Juliana al salir del consultorio. Lo dijo en tono desolado, pero sin rencor y sin mencionar a Rubén como causante, sino como si fuera una enfermedad sin responsable conocido—. Y que quizás con el tiempo recuperaré la visión —añadió intentando contener las lágrimas.

—¡Visión es la que te falta, para cambiar tu vida! Ya te dejó tuerta y si sigues con él, un día de estos vas a amanecer difunta —respondió Lucía.

Cada vez que se repetían estas escenas, Lucía volvía a insistirle en que dejara a Rubén y terminara con esa relación sadomasoquista que la hería y le daba placer. Hasta ahora Juliana no se había sentido capaz de abandonarlo.

—No es tan sencillo —decía. Juliana escuchaba pacientemente los argumentos de su hermana y, finalmente, terminó cediendo, más por su insistencia que por razonamiento—. Esta es la última vez, la última —repetía mecánicamente.

—Cuántas veces lo he escuchado...

—Esta vez es diferente, Lucía, perdí un ojo.

—Ya deja de llorar que se te va a hinchar más, te creo... Mañana vendré a recogerte.

Al día siguiente, cuando Lucía llegó, encontró a una Juliana sonriente, con el cabello recogido en una moña y maquillada discretamente. Se veía atractiva e incluso coqueta con el parche en el ojo surcado de arco iris. Lucía estaba sorprendida, nunca pensó que, a su hermana, liberarse de esa enfermiza relación le resultara tan fácil. La imaginaba llorosa y trágica... Se acercó a abrazar a Juliana para celebrarle y de repente sintió el fuerte aroma a lavanda, abrió más sus ojos desconcertados y no necesitó preguntar nada. No pudo

evitar un sentimiento de indignación y de rabia. Frunció los labios, como dándose tiempo para pensar lo que iba a decir y evitar que se le saliera una expresión inapropiada. Juliana intentó abrir la boca para explicar algo, pero Lucía no la dejó, salvándola de una justificación necia. Lucía movió la cabeza como si le hiciera gracia verse allí en la puerta, ante una escena que alguien, menos visceral que ella, hubiera previsto. Disimuló su enojo, alargó los labios en su típico gesto de desencanto, encogió los hombros y finalmente dijo:

—No te preocupes... al fin y al cabo, pa'lo que vos ves, ¡con un ojo no más te basta!

PERSEGUIDOR

Adriana Segovia



Aun bajo la ironía de las duras noches,
Yo deseo beber el agua de tus labios
Para mitigar la sed de mi alma.
Te has convertido en espuma
Pero yo te quiero mar.
El sabor de lo eterno siempre deja un rastro hueco
Y yo te quiero instante.
Pero ahora tú inventas y huyes
Como una fiera acosada por cazadores,
Yo he rastreado tu huella
Y me aterra tu territorio,
Un miedo grande me está entrando en los ojos.

AUSENCIA

Adriana Segovia



¿Por qué no estás?

¿Por qué ahora no sé ni cuándo despierto? Y en verdad valdría la pena no despertar si no te encuentro.

Tus recuerdos vagan por todos lados, tropiezan conmigo y yo los dejo pasar, les doy un beso y luego los sueño tristemente.

¿Por qué siempre acabo triste con el corazón brotando de mis dedos, que escriben estas letras...?

Y sé que recorres los mismos sitios que compartimos,
y sé que mueres cada instante al recordar nuestros momentos,
y sé que en las noches tus manos conspiran en contra tuya y tu almohada se convierte en tu enemiga.

La oscuridad es un cómplice con demasiados rostros,
y sé que me amas,
y sé que regresarás porque no voy a enloquecer respirando el aire de tu ausencia.

TU LIBERTAD, MI CONDENA

Adriana Segovia



*Porque la poesía es otra forma de libertad.
Miguel, gracias por compartir el amor y las palabras.*

Un rugido de dolor y rabia se alzaba sobre la cárcel, incesante, obsesivo, no tenía nada de humano, criaturas con dos brazos y dos piernas, pero sin pensamiento propio, como una bestia monstruosa, ¿para qué? Si te dejaron solo, como a un perro incómodo, ignorándote. Ahora que estás muerto te escuchan; el eterno poder que nunca muere. La libertad, decías, es el único concepto inapelable e indiscutible, la palabra libertad no tiene sinónimos, tan solo extensiones.

Tú ahora eres mi único interlocutor posible, allí bajo la tierra, tu cuerpo con los ojos finos y tu sonrisa cínica de hombre que no se resigna a perder, del hombre que rechaza postrarse a temores, leyes y esquemas ideológicos, que no se adapta, no se resigna, que piensa por su cuenta y por eso lo matan entre todos. Tú, ahora, señala el camino de mi memoria...

Me enamoré de tus poemas, traducías en ellos el dolor, la rabia y los pensamientos. No tenía la menor idea de cómo sería tu aspecto,

jamás pregunté si eras joven, hermoso o feo, alto o bajo, acepté ir a verte buscando la leyenda: el poeta rebelde, libre de cualquier esquema, freno o tabú, el héroe solitario. Sin embargo, cuando te vi, te reconocí, nuestras pupilas se encontraron y me abrazaste sin darme tiempo de decir mi nombre.

—Hola, llegaste.

Fue en ese momento que me di cuenta que perdería la paz para siempre. Traté de huir de ese día y del amor más peligroso que existe, el amor que mezcla los ideales, con la atracción y los sentimientos; por eso al final me rendí.

La primera vez que me dijiste “te amo”, estuve a punto de echar a correr y no reconocer que también yo, aun no queriendo, te amaba; pero luego me encontré tus ojos y el terror me detuvo, porque en ellos estaba la muerte y el anuncio de lo que iba a suceder, las agonías, las incertidumbres a las que me someterías, por seguirte, por amarte, y comprendí que en lo sucesivo, amarte sería un esfuerzo agónico.

Sabes, el odio es intransferible y sus llamas solo queman a los elegidos, observo cómo ellos besan tu féretro, con besos de judas, con sus símbolos insensatos. Cuando estuviste en el fondo del pozo, no te ayudaron, pues todos los juegos del poder están manchados por la corrupción, sangre y desechos. Aprieto los dientes, mientras las horas pasan, roedoras, diseminadas en minutos y segundos. El amor no consiste en encadenar a la persona que se ama, que quiere batirse y está dispuesta a morir de la manera que ha elegido. Últimamente tu alma estaba tan cansada que aceptabas las cadenas y no reaccionabas.

—¿No te he dicho cuan libre es un hombre en la cárcel?

El ocio le permite pensar todo lo que quiere, la soledad le permite llorar, soñar, eructar; en el mundo llorar es una debilidad, soñar un imposible y eructar una ordinariez. Además, a donde quiera que vaya, seré la planta que nace para crear el desorden al bosque y por eso debe ser arrancada de raíz, extirpada, y no por lo que quiero hacer. No. Por lo que yo represento.

Ellos te miran con curiosidad, como si fueras una de esas reliquias de antaño, sé que tú sientes sus miradas. Me decías que ellos tienen algo que se les concentra en el rostro, ambiguo pero astuto, y en las pupilas vacías pero atentas. Las sentías cuando les dabas la espalda, como si fueran manos que te oprimieran la nuca, y si te volvías y los

buscabas huían desliziándose falsamente distraídas, y luego regresaban pasándote por encima con indiferencia, como si fueras un objeto desechable, o un obstáculo en su mirada. Pero cuando renuncian a su farsa, te miran con la arrogancia estúpida y maligna del que tiene el arma en la mano, de quien se cree poderoso porque sirve al poder. Títeres, payasos del poderío, autómatas del presidio.

No hay nada más egoísta que el amor, y yo te había compartido mucho tiempo con los demás, pero sin estos nos aburríamos, nuestra fantasía no podía llenar cada vacío, cada silencio, ya no te importaba nada porque sabías que el fin estaba cerca, y en ningún caso hubieras podido oponerte a tu destino.

Hay una misteriosa expresión en el rostro de quien sabe que va a morir, una sombra en sus ojos, una nostalgia del futuro que no llegará. La tenías tú en el rostro, el último día que te vi. El recuerdo de esa tarde me agredirá con fuerza toda la vida, no me cabe duda de que lo sabías.

—No me olvides, no me olvides nunca —decía tu voz ronca y triste, mientras tu cuerpo envolvía el mío.

La última imagen que tengo de ti son tus ojos brillantes, fijos, que me miran a través de los barrotes, penetrando los míos. Fue la última vez que te vi vivo.

La muerte es una ladrona, fuiste a su encuentro con los brazos abiertos. El cansancio de vivir nace del cansancio de perder, tu única victoria había sido no rendirte ante nada y nadie,

Pero todo te salió mal. Llega un día en que alguien, por más poeta que sea, no aguanta viajar solo por el desierto, se cansa de vivir, porque se cansa de perder, y piensa en la muerte como un premio. Yo no lo sabía, ni siquiera sospechaba que tu alma estuviera quebrándose en pedazos; se me olvidaba que un héroe es un hombre, su atracción, una idea, y su locura, simple desaparición. Y todo esto nace de una idea, de tener un ideal inalcanzable e imposible.

Tú lo sabías desde ese día...

—Si no entras en razón, te arrepentirás, la pagarás, vigilarémos todos tus pasos, no te escaparás.

Ellos no te dejaban dormir, te espían. Tú estabas agotado por el sueño, y revoloteabas en tu celda como un pájaro sin alas.

Si no hubieras estado tan solo, si tan solo te hubieran ayudado, no hubo testigos, y los que hubo, el poder los ignoró o silenció.

Te encontraste entre ellos, como una rata en su trampa y es posible que hubieras podido escapar, pero decidiste enfrentarte, verles las caras, descubrir quiénes eran; y hubieras podido vencer, pero reapareció tu cansancio de vivir y, mientras tanto alzabas los brazos en señal de rendición, de victoria. Fue cuando las palmas de tus manos tocaban la entrada a la nada, moviste por última vez tus labios y exhalaste un suspiro profundo y tu corazón se apagó.

El poder había vencido una vez más.

El eterno poder que no muere nunca, que solo cae para resurgir igual a sí mismo, distinto solo en color, pero no importa, tú sabías que irías al pozo donde son arrojados los que quieren cambiar el mundo, los desobedientes, los solitarios, sobre todo los poetas, sin los cuales la vida carece de sentido, que luchan aun sabiendo que se va a perder, que siembran una semilla destinada a florecer para los otros que no tienen su valor, el valor de matar con la palabra escrita y dignificar la libertad en toda su expresión... muerto un hombre se halla otro, muerto un poeta, en cambio, se forma un vacío imposible de llenar, y es preciso pedir que lo hagan resucitar; por eso ahora, después de tu muerte, comprendí que sin libertad un hombre no es un hombre y el pensamiento no es pensamiento.

BATALLA CAMPAL

Narlesy Mosa



Todo parece una batalla campal... los observo desde el ventanal del patio, por encima de la montonera. ¡Uy! Ahí comprendo que nosotras las mujeres no somos el sexo débil... ¡de eso nada! levantarse a diario, reñir con la crudeza de vivir en este infierno, soportando las humillaciones, burlas, diferencias de pensar y de vivir, además del exceso de autoridad mezclado con la falta de sanidad, falta de amor y comprensión... esto me hace recapacitar... la mujer no es un sexo débil... no, no lo es... simplemente es una guerrera que saca de sus cicatrices el valor de luchar y no dejarse hundir por la fatalidad.

Al principio me sentía débil y poco a poco del miedo diario he pasado al terror, al temor, a la desconfianza de los demás y, lo peor, de mí misma... Este lugar es solo el reflejo del infierno que realmente existe, y no necesitas morir para llegar allí... estamos aquí... estoy aquí...

Todo parece una batalla campal... patadas, puños, gritos, insultos de aquí y de allá. Todas las azules en gavilla en contra de unas "pobres" que van exigiendo sus "derechos", reclamando el ser escuchadas a gritos, dientes y mordiscos de la supuesta "autoridad"... todo parece una batalla campal por dentro y por fuera en la cárcel de Jamundí, en mi cabeza, en mi alma, todo es una batalla campal... no es suficiente

llorar, expresar lo que duele por dentro y por fuera. No parece servir de nada... de nada sirve. Nada cambia, tú sigues igual, yo sigo igual, no basta leer, hay que comprender, no basta oír, hay que escuchar, de nada sirve llorar y tratar de describir lo que se siente por dentro y por fuera... de nada me sirve escribir y escribir... todo sigue igual... tú sigues igual, sin leer comprendiendo, oír escuchando y yo seguir llorando... y aquí dentro y fuera de mí es una batalla campal, las de azul ejerciendo su exceso de "autoridad", y todas estas mujeres luchando, exigiendo respeto a su identidad, aunque gritan, insultan, golpean y reciben golpes, ellas son ejemplo, aunque hayamos cometido errores tenemos valor y sentido, aunque hoy parece una batalla campal, ellas luchan, yo lucho aunque se sienta el cansancio... aunque no parece cercano el triunfo y se termine en el cadalso... aunque este error nos haya lastimado, aunque nos hayan traicionado, aunque no haya ilusión, y solo el dolor queme por dentro y por fuera confundiendo aún más el alma, ellas, yo, nosotras, las mujeres, las del "sexo débil", seguimos luchando aún en la cárcel, unas con puños, pata, gritos e insultos por tener dignidad y trato digno... todo es una batalla cabal por dentro y por fuera en la cárcel de Jamundí, en mi cuerpo y en mi alma...

Unas luchan por salir de aquí, con dignidad, pagando la "deuda" con la sociedad y aportando un gran sacrificio personal al dejar hijos, familia y amigos... todo se derrumba... lo entiendo, mas no lo justifico... pero es una cuota personal muy alta, es muy alta por tan poca recompensa. Si somos "delincuentes" para los demás, era y es muy duro luchar por salir delante de la miseria... calmar el hambre... cumplir con las obligaciones y necesidades que en muchas ocasiones fue por el fruto de amor, de aquel que nos traicionó... abandonó el nido, dejando el nido, dejando el peso total de la responsabilidad en nuestras manos... si somos el "sexo débil", demostramos lo contrario, con sudor y lucha... equivocaciones o no... no moriremos en el intento, con el sudor y lágrimas se llevó un bocado de comida, pero en la angustia se equivocó, nos equivocamos de ruta y terminamos como lobas enjauladas... sí, todo parece una batalla campal, para no perder la poca dignidad que aún nos queda... de "sexo débil". No, no, es un error, la mujer presa no lo es... es simplemente una guerrera que saca de sus cicatrices el valor de luchar aun aquí por su dignidad. Sí, todo es una batalla campal por dentro y por fuera de mí.

MI INVITACIÓN

Diana Abella



¿Te cuento? Tengo todo el día disponible, pero resulta que tengo mucha perecita y me gustaría que me acompañaras a mi habitación a dormir un ratico. ¿Quieres...? Ojo, solo vamos a dormir.

Como sé que tu respuesta es un “sí”, entonces te estaré esperando, en batica; la ropa interior, la dejo a tu imaginación.

Ah, bueno, para que veas que no soy tan mala, te voy a decir el color, es blanca como una nubecita tierna, suave y acolchadita... y no me la pondré.

EL PRINCIPITO

Diana Abella



Había una vez un grandioso príncipe, de ojos color miel y cuerpo escultural. ¡Bah! Qué basura, cuál príncipe. Un hombre común y corriente. La verdad lo único lindo que tenía eran los ojos. ¡Eso sí, pa' qué, lindos como pa' sacárselos y chuparle esas cuencas! Pero de príncipe, nadita, nadita. Todo lo contrario, presumido todo, grande acaba chiros, pero se creía un niño.

Lo conocí un día que salí de permiso de 72 horas. Resulta que el lugar donde dejé el dinero para poder viajar se lo robaron. Fue horrible para mí, sin un peso, sin conocer a nadie, con un solo número a quien llamar. “Pues ni modo, tocó llamarlo”. ¡Ah claro!, el principito gustosamente me recogió, pero me puso a caminar como una loca desahogada por todo Cali. Cómo sería que mis zapatos caducaron. Fue horrible, mi primera salida a Cali, sin zapatos, con un tipo algo extraño y con una abstinencia de muchos años que me carcomía la piel.

Pues bien, según el principito, le gusté y no le importaba mi edad. ¡Ay, que tonta!, me dejé llevar a la cama. “Fue duro, muy duro”. El principito resultó ser un partidazo, para qué, muy juicioso, a decir verdad, demasiado para mi gusto. Pero bueno, como dice mi santa

madrecita, “Dios sabe cómo hace sus cosas”. Les puedo decir que pueda que no me enamore, pero sí que la paso bien. Como dicen por ahí, “no todo lo que se ve feo tiene mal sabor”.

EL VIAJE

Diana Abella



Todo comenzó el día 3 de abril de 2012. Tenía la reserva del vuelo 298 de Avianca, con destino Bogotá-Cali a las 8:30 de la noche. Una noche corta, muy fría. Había pasado un día muy agradable con mis hijas y toda mi familia, pero el destino es uno solo. Tenía que regresar al lugar que se podría decir es un cementerio de vivos: “la cárcel de Jamundí”. Un complejo grandísimo y, según el gobierno, el más seguro en Latinoamérica. Simplemente, tenía tres días para disfrutar de mi amorosa familia. Pero bueno, volviendo al tema, había llegado al aeropuerto una hora antes como lo recomienda el vendedor al comprar los tiquetes, pero se habían retrasado los vuelos por el mal estado del clima. ¡Qué arrepentida de haber salido de mi casa tan temprano! Hubiese podido disfrutar unas cuantas horas más al lado de mis hijas. Pero, ¡ah, que vaina! No podía irme porque en cualquier momento podían restablecer los vuelos y mi situación económica no me permitía darme el lujo de perder el mío; además, si no llegaba a tiempo a la cárcel corría el riesgo de perder la única oportunidad de ver a mi familia. Llegaron las 11 de la noche y por fin las tan anheladas palabras: “las personas con destino a la ciudad de Cali, por favor abordar por la puerta ocho”. Podría decir que fui una de las primeras

personas en abordar. Busqué con ansias el F22, mi puesto. Al lado de la ventana. De compañeros de viaje tenía a una pareja con una hermosa bebé. Al principio todo estaba tranquilo, cuando como por espanto habló el capitán a la flamante tripulación: “les informamos que el avión alzaré su vuelo a las 12 de la noche por cuestión del clima.”

Se tornó desesperante el hecho de estar otra hora más sentada, esperando. El bebé comenzó a llorar. Al igual que todos los viajeros estaba cansada de esperar. Yo que ya no soportaba más el llanto y la angustia de la mamá por calmarla, tenía una chocolatina, edición limitada Jumbo. Miré a la mamá y le ofrecí un pedazo para que se la diera a la bebé. Podría tener hambre y, a pesar de no ser propiamente comida, esta la ayudaría a calmarse. ¡Funcionó! Todo volvió a la calma. Me relajé y encendí mi reproductor de música en el celular, le conecté los audífonos, cerré mis ojos, me dejé llevar por el agradable sonido de la música cuando comenzó a moverse el avión. Fue un movimiento brusco, era difícil no sentirlo. Sentí miedo, me agarré con fuerza del brazo de mi puesto. Era algo impresionante, cuando más subía el avión, más fuerte era la turbulencia. Me asomé a la ventana y lo único que logré ver fueron unas nubes negras adornadas con unas rayas color plata. Comencé a sudar. ¡Era terrible! Mis ojos no podían creerlo, en las nubes vi un ejército de hombres todos con caballos enormes, vestían armaduras de la época de don Quijote. Como arma llevaban unas guitarras eléctricas, todas ellas dirigidas por una bebé que con su voz fuerte les ordenaba lo que debían hacer. Su misión: apoderarse del avión y tomarnos como esclavos para una banda de música con destino a una competencia que se llevaría a cabo en el cielo.

Estábamos en peligro, nos obligarían a cantar una música que al sonar movería la tierra, el planeta entero. Formaríamos una catástrofe ya que la música desde el cielo crearía grandes terremotos. “Mis hijas, mis pobrecitas hijas”, pensé. Yo misma sería partícipe de su destrucción, tenía que hacer algo, tenía que evitar la tragedia. Pero qué podía hacer yo, era la única que los veía. Por más que traté de advertirles no me escuchaban, era agonizante ese momento, ni siquiera me miraban. Les reproché con todas mis fuerzas: “Escuchen, ¿acaso no oyen?”. Es lluvia de noviembre, alguien tiene que escucharla, pero todo fue en vano. Me ignoraron. Ya lo había intentado todo y qué

podía hacer si ellos lograban alcanzar el avión. Estaríamos perdidos. Pero bueno, ya había hecho todo por advertirlos.

Por un momento no supe qué hacer. Pero como por arte de magia, una mano tocó mi hombro. Qué alivio, era mi compañera de viaje que me sacudía para despertarme, escuché su voz diciéndome: “mujer, despierta, hemos llegado a Cali”. Abrí los ojos asustada, miré a mi alrededor. Después de verificar que todo estaba en orden, comprendí que lo que había pasado era culpa de haberme dormido con mi reproductor de música encendido.

Siempre mi madre, en su intento desesperado por lograr que yo apagara el equipo de música, me decía que el rock era música del diablo, pero yo nunca le hacía caso, para mí era celestial. En realidad me complacía, pero ahora lo entiendo, no es que la música rock sea del diablo solo que es mejor oírla estando despierta.

Lo que jamás podré entender es la mirada cómplice de aquella bebé.

SOLO UN FINAL

Karen Martínez



Sentí un vacío que me sobresaltó y desperté. La casa que se encontraba en la parte alta de la ciudad se estaba inundando. La lluvia actuó con prudencia porque nadie se alarmó. Estaba tan aturdida que no me atreví a salir. Además, al verme sola, no me preocupé por si algo malo me sucedía.

Entretanto, un hombre asomado por la ventana me advirtió que él era mi única oportunidad de salir de ahí.

Mientras el agua subía, el tiempo no contabilizado parecía acabarse, sin embargo, no me apresuré, hasta ver a una chiquilla con una expresión impactante que se movía de un lado para otro. Utilizaba un Ipod, así que supe que estábamos en pleno siglo XXI.

Ya en el bote, me dejé llevar por la corriente con la zozobra de volcarnos y a la vez deseando encontrarnos con algún conocido, algo que no sucedió. La corriente se llevaba todo cuanto había a su paso y al no controlar el bote, opté por abrazarnos aunque no todo estaba perdido. Nos dirigíamos hacia dos caminos totalmente distintos: el uno embravecido sin límite aparente y muy oscuro, mientras que al otro, la cantidad de flora lo hacía ver difícil de cruzar. Además era demasiado luminoso y tranquilo, algo muy extraño.

Después de descender por varios minutos, llegamos a una calle donde ya no llegaba el agua. El cruce había desaparecido. No supe en qué momento bajé del bote pero más me sorprendía ver la tranquilidad de las personas. Todo parecía un sueño y yo, por donde caminaba, dejaba el rastro de agua sin que nadie lo advirtiera.

Grité desesperada que saliéramos de ahí, que se acercaba una inundación y todos moriríamos, que tomaran botes o lo que sea que pudiese flotar, pero fueron inmunes a mi voz.

El hombre que me condujo había desaparecido junto con quienes me acompañan, así que me metí en un timbo que alguien me señaló, era un anciano meditabundo. Al cerrar el timbo, llena de terror, una luz atrajo mi atención. Una montaña ardía en llamas, el cielo directamente sobre ella parecía ser uno solo con ella por el color, idea que desaparecía al ver el alrededor cubierto por nubes negras.

Entramos en pánico y un calor insoportable se apoderó de nosotros. Era lava que se acercaba lentamente. Corrimos para todos lados sin saber exactamente qué hacer. Algo que pudo servirnos fue un lugar subterráneo de unos mil metros, algo fuera de la norma.

Todo estaba perdido. Imperaba la soledad y el silencio. Solo quedaba en nosotros el recuerdo que pronto se destruiría lo que construimos. Las fábricas y su polución, la competencia y las guerras de ambición que nos dejaron como herencia, el odio por todo y por todos acabó con todo. El afán del tiempo, la lucha por la civilización, la depredación, los amores perdidos, el dolor por los muertos y lo único bueno: los momentos en familia.

Dejé de correr, la tierra se empezó a estremecer. Mamá preocupada me decía que subiera a una nave extraña, como un Ovní. Por un momento lo dudé, pero cuando quise avanzar, la tierra perdió su forma y no me lo permitía.

Era como si algo debiera, entonces insistí para que ella subiera, pero por más que lo intenté, no quiso. Me llené de dolor y rompí en llanto. Cuando estaba en ese estado, un hombre se acercó a mí tratando de convencerme de que soltara las piernas de mi mamá. Ahí supe que ese lugar no era para mí. En el Ovní iban otras dos personas que extendían sus brazos ante mí. No me despedí. Sabía que debía intentarlo y me dispuse a escribir estas líneas. La tierra se estremecía como apresurándome a terminar, pero la destrucción a la que nos veíamos

expuestas turba mis recuerdos. Escuché gritos y llantos provenientes de distintos lugares, aunque cercanos que me oprimían el pecho.

La nave encendió sus motores y yo aún lo dudaba. El agua volvió a aparecer, parecía surgir de las grietas que la tierra había dejado. Estábamos paralizados esperando el final trágico que se nos mostró. Los gritos aumentaron, pero ahora se escuchaban en el cielo, hasta que poco a poco todo quedó en silencio.

De repente, la tierra se abrió bruscamente y el calor nos ahogaba hasta que fuimos arrebatados sin saber la manera, era como caer en un abismo y cuando por fin pude ver con claridad, un rostro angelical me sonreía. Le dije que me llamara para despertarme a lo que me contestó:

—Ven, quiero mostrarte algo.

Y me elevó junto a él. Sentí que esa paz acabaría pronto y así fue.

Una persona con apariencia demoníaca andaba al anochecer, quizás sin rumbo fijo. Mientras giraba su cabeza para mirar su espalda, sus caderas se desviaban al lado contrario.

La gravedad cumplió con su efecto y caí muy cerca, tanto que la alerté y sentí miedo, así que escalé un edificio y me escondí en el techo. Cerré los ojos rogando a Dios que no me encontrara, estaba casi segura que lo haría, cuando el temor desapareció. Me asomé y un chico me invitó a seguirlo con una seña. De inmediato le seguí, pero lo perdí de vista. Caminé mucho hasta llegar a la orilla del mar, en ese instante escuché pronunciar mi nombre, quise devolverme, pero era más fuerte mi curiosidad. Así que me sumergí en esa mar tranquila, guiada quizás por un sexto sentido que me indicaba la ubicación del joven. Dejé de lado mi temor por la profundidad y la experiencia de haberme hundido varias veces por lo mismo.

Gritaban mi nombre con desespero, pero ya no quise ver hacia atrás. Necesitaba paz y una explicación.

De manera que caí en un profundo sueño y me negué a despertar. Estaba cansada y sentí que el mundo comenzó a mecerse. Por un momento creí que salía completamente de su órbita. Imaginé que todo caería sobre mí. Me quedé quieta, mientras alguien decía algo sobre reaccionar rápido. Yo ya no tenía fuerza. Luego se meció mucho más fuerte que antes, el vértigo era insoportable y en mi quietud solo esperaba el fin.

Cuando empecé a elevarme, una mano se alzó contra mí, escuché cómo sus uñas pasaron sobre una tela a la vez que me preguntaba: “¿a dónde vas?”. Al buscar su voz dejé de flotar acongojada porque no logré dejar atrás lo que me detuvo y apenada porque se me mostraba el camino una y otra vez.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Mariluz Poveda



En el transcurso de la mañana, mi madre, tan inocente como siempre, creyendo en mí, trataba de tenerme todo listo para comenzar un nuevo año escolar. Yo sin ganas de terminar la secundaria, pero... ¡bueno! Con tal de complacer a mi madre, era suficiente para tener un buen comienzo.

Horas más tarde, me dirigí al aula de clases y me sentí extraña. Hay mucho ruido, caras nuevas, estoy confusa, pero sin darme cuenta, conozco a mi maestro, de cara fina, mejillas sonrosadas, mirada agradable. ¡Uy! Me siento motivada por dicho personaje, creo que no descansaré hasta que aquel hombre tan apuesto caiga en mis redes. Por muy difícil que parezca, para mí no hay nada imposible. En el transcurso de la clase traté de llamar un poco su atención.

—Querido profesor, ¿te puedo llamar José, simplemente?

—Claro, Ana, no hay ningún inconveniente.

—Mira, más tarde tengo algo para preguntarte...

—No, dime de una vez, no me dejes con la intriga.

—No, es un poco complicado, de todos modos, deseo hablar contigo con más calma.

—Listo, hasta más tarde, pues tengo cosas por hacer.

¡Ay, mi pajarito picó el anzuelo! No veo la hora de que se termine esta clase tan estresante para continuar con lo que había empezado en la mañana. Voy de camino por el corredor. Me tiemblan las manos, me suda todo el cuerpo. ¡Uf! Ya viene bajando por las escaleras el hombre que con solo mirarme robó mi atención. Tengo que arreglarme. Me subo la falda, desabrocho un botón.

—Hola, José, hay que terminar lo que teníamos empezado.

—Por supuesto, Ana, en la mañana me dejaste muy intrigado, ¿que podrías tú querer de mí?

—Si realmente supieras que deseo de ti.

—Dime de una vez.

—Bueno, bueno, ¿por qué no en otro lugar más confortable?

—Sabes, eres una niña muy traviesa...

—Déjate de tantas bobadas, estoy dispuesta a todo. En pocas palabras, ya sabes qué es lo que quiero de ti. Tú decides cómo y dónde, lo demás ya te lo podrás imaginar.

—Bueno, si eso es lo que quieres, vamos para un lugar donde podamos estar más a gusto.

De camino por el corredor, nos instalamos en un cuarto con unos muebles extraños. Creo que es Subdirección. ¿Por qué aquí?

—Tengo todo fríamente calculado. Nadie nos podrá molestar. Cierra la puerta, pero no olvides ponerle el seguro.

—Bueno, ya estamos solos tú y yo, ¿por dónde quieres comenzar? ¿Una caricia, un beso bien apasionado?

—¿Y cómo son esa clase de besos?

—Ay, no me vengas con rodeos...

Después de unos segundos, el panorama estaba tranquilo. Pero como siempre, no todo es color de rosa: el hombre tan apuesto perdió todos los impulsos, no pudo lograr que su miembro se parara y jugara como un niño de quince. Todo fue tan aburrido... con solo imaginármelo...

MEDELLÍN



David Macías
Director del Taller

FALSA ILUSIÓN

Diana Patricia Arcila



El día estaba radiante, era agradable sentir los rayos del sol calentando mi cuerpo.

—Hermoso día, ¿verdad? —me preguntó Luisa Fernanda, quien también se encontraba conmigo en prisión.

—Sí, hace demasiado calor. El día es hermoso como para estar en piscina con una buena compañía.

Así comenzó el diálogo con mi compañera. Conversamos durante más de una hora. Nos contamos historias de nuestras vidas pasadas. De pronto, me habló de un amigo suyo quien se encontraba recluido en uno de los patios de hombres, aquí en la cárcel El Pedregal, la misma cárcel donde yo me encuentro privada de la libertad.

—Gladía, él está muy joven, pero es un hombre maduro a pesar de tener apenas veinticuatro años. Además, es muy buen mozo.

—Luisa, cuéntame un poco más de él. ¿Cómo se llama?

—Su nombre es Sebastián.

—Y ¿cómo es su físico? —le pregunté muy entusiasmada a mi compañera.

Ya comenzaba a ilusionarme, llevaba más de veinte meses en esta terrible soledad. Sería hermoso volver a enamorarme, amar y sentirme amada.

—Gladia, estoy segura de que si algún día lo conoces te va a encantar. Tiene unos ojos verdes acompañados de pestañas onduladas, cejas pobladas, contextura delgada sin ser flacuchento y, como si fuera poco, es muy especial.

—Luisa, ¿y usted cree que yo le pueda gustar? —Le pregunté porque como el espejo no miente sabrá que no era hermosa. Además, ya estaba muy vieja para él.

—Seguro que le puede gustar, usted no es fea, lo único que no la deja ver bien son esas gafas. Por lo demás, nada tiene de raro.

Luisa con sus palabras me subió el ego. Por lo menos no era tan fea como pensaba.

—Está bien, y ¿cuándo la llama? —Le pregunté.

—Acostumbra hacerlo todos los días entre las 7 y 7:15 de la mañana. Cuando llame, la comunicaré con él.

En ese mismo instante llegó la comida. Luisa y yo nos paramos de nuestras sillas para hacer la fila y así poder reclamar el bongo. Después de comer llegó la hora de la encerrada.

—Chao, Gladia.

—Hasta mañana, Luisa, feliz noche.

Entré a la celda. Lo primero que hice fue cepillar mi caja de dientes, luego me coloqué la pijama para acostarme, pero esa noche fue diferente a las tantas noches que había pasado en la cárcel. No pensé en mis hijos como de costumbre, mi mente la ocupaba aquel hombre que ni siquiera conocía. Pensaba en lo bueno que sería tener un amigo con quien conversar, aunque solo fuera por teléfono o por correo. Estaba segura de que todas esas estrategias me harían sentir mejor y más joven. Pasaron muchas ideas por mi mente, mientras me esforzaba por conciliar el sueño.

Al día siguiente, después de haber desayunado, Luisa se me acercó.

—Hola, Gladia, no se olvide que hoy llama Sebas.

—Por supuesto que no lo he olvidado, Luisa, pero quiero pedirle un favor: no le cuente a su amigo como soy yo físicamente, tampoco le cuente que soy un poco vieja, esa parte me la dejo a mí.

Sentía temor que Luisa le contara como era yo. Sabía que yo no era bonita, ni mujer para un hombre tan joven que podría ser mi hijo: yo ya tenía cuarenta y siete años, si él se enteraba de mi edad, eso lo podría espantar.

—No se preocupe, lo único que le diré es que una amiga desea conversar con él.

“Luisa Fernanda López, Luisa...”, gritaba la señora encargada de contestar el teléfono.

—¡Corra, miya, corra, la llamada es para usted!

Luisa me tomó de la mano y salimos corriendo hacia las escaleras que nos conducían al segundo tramo. Allí había cinco teléfonos instalados, en alguno de ellos podríamos contestar.

Luisa tomó el teléfono y después de marcar su clave saludó a la persona que se encontraba al otro lado de la línea. Luego de conversar por un corto espacio de dos o tres minutos, dijo:

—Sebas, te voy a comunicar con una compañera que desea hablar contigo.

En ese mismo instante, Luisa me entregó el auricular.

—Hola, Sebastián, ¿cómo estás? —le pregunté con voz temblorosa.

—Muy bien, princesa. ¿Y tú qué tal?

Después de un corto saludo, iniciamos un diálogo. Nos contamos el motivo por el cual nos encontrábamos privados de la libertad.

—Yo estoy por extorsión —dijo él—, ¿y tú?

—Estoy condenada por Ley 30.

—¿A cuánto estás condenada?

—A sesenta meses, llevo veinte reclusa en este lugar y descuento estudiando.

—Eso está muy bien. Yo en cambio me encuentro sindicado y me darían diecisiete años por extorsión. En estos momentos estoy en juicio, ya llevo trece meses en la cárcel.

Tuvimos una corta y amena conversación. Antes de despedirnos, Sebas me dijo:

—Princesa, prométeme que esperarás mi llamada mañana.

—Claro que sí, ¿a qué horas me puedes llamar?

—Llamaré después del medio día porque yo también estudio en las horas de la mañana.

—Entonces anota mi TD.

Después de darle mis datos para llamarme, nos despedimos.

—Que tengas un buen día. Cuídate.

—Hasta pronto, princesa hermosa.

Cuando colgué el teléfono, Luisa se encontraba parada a unos cuantos metros de donde yo estaba. Se me acercó y me preguntó:

—¿Cómo le fue?

—Súper bien. Ese hombre tiene una voz hermosa, si así como habla es en persona debe ser un primor.

—Espera que lo conozcas, te va a deslumbrar.

Los días pasaban y Sebas me llamaba a diario, sin falta. También nos enviábamos cartas y así fue como, poco a poco, me fui ilusionando con aquel hombre.

—Gladía, quiero que me cuentes como eres físicamente —me dijo un día cualquiera que nos encontrábamos conversando por teléfono.

—Soy de ojos color miel, piel blanca, tengo el cabello color castaño claro y largo hasta la cintura.

—¿Tu cabello es lacio? —preguntó, como si deseara que así fuera.

—No, no es lacio, más bien ondulado.

—¿Y cuántos años tienes? Luisa me contó que no eres una sardina, pero si una mujer agradable.

Con esa pregunta, las rodillas me comenzaron a temblar, las manos me sudaban.

—Tengo treinta y cuatro años, soy un poco mayor que tú.

Le mentí, estaba quitándome trece años.

—Eso no interesa mucho, princesa, el amor no tiene edad, conozco mujeres de cuarenta mejores que cualquiera de veinte.

—De todos modos espero que sea de tu agrado —le dije.

—Estoy seguro de que me encantarás. Por las cosas que me ha comentado Luisa, eres genial.

No entendía por qué motivo mi compañera le mentía a su amigo. Ella sabía que yo no era bonita ni atractiva, no entendía cuál era su interés en que yo tuviera una buena relación con Sebas. De todos modos, en ese momento no le dí mayor importancia al asunto.

Pasaron dos meses. Mi príncipe y yo estábamos mejor que nunca. Ambos tomamos la decisión de hacer el debido proceso para que nos aprobaran la conyugal. Estaba tan feliz, me sentía enamorada, tenía

un hombre que ocupaba mi mente y, ahora, ¡sexo! Eso era genial, era lo mejor que me podía suceder en estos veinte meses que llevaba privada de la libertad. Sentía mi corazón brincar sobre mi pecho.

A los pocos días fue aprobada nuestra conyugal. Ese día que me la notificaron saltaba de alegría, brincaba como si fuera una niña pequeña, no podía creer en tanta dicha. Todo parecía un sueño. La noticia fue confirmada dos días antes del encuentro. El insomnio me acompañó durante aquellas dos noches, mi mente solo la ocupaba Sebastián. Pensaba cómo sería aquel día, qué ropa me colocaría, cómo me maquillaría, qué peinado me haría. Hasta llegué a pensar en no colocarme los lentes; los necesitaba para ver mejor, pero sabía que no me quedaban bien. No me importaba lo que tuviera que hacer, haría un esfuerzo sobrehumano con tal de no dañar mi apariencia con esas horribles gafas.

Llegó el día de mis sueños. Era miércoles, aun lo recuerdo. Comencé a organizarme desde las ocho de la mañana, claro que había tomado el baño a las cinco y treinta cuando nos abrieron las celdas. Sabía que después de las nueve nos llamarían en cualquier momento. Luisa y otras compañeras me colaboraron con el vestuario, el maquillaje y hasta el peinado.

—¡Ay, Gládia!, se ve muy bien —decían algunas de ellas.

Otras murmuraban a mis espaldas. Los comentarios iban y venían, pero a mí nada me importaba más que estar con Sebastián.

—¡Esas que van a pegarle al peluche, las que salen a conyugal con los papis! —gritaba una de las internas.

Yo estaba lista y fui una de las primeras en salir. Sentía que el corazón se me iba a salir. Estaba tan asustada y a la vez muy feliz. No conocía a aquel hombre ni él a mí. Aunque nunca nos enviamos fotos, hicimos una buena amistad por teléfono y cartas.

Comenzamos a bajar y, a medida que me acercaba al salón del encuentro, más susto sentía. Al fin llegué. Por la descripción que él me había dado del vestuario que llevaría puesto, lo ubiqué de inmediato. Allí estaba esperándome. En cuanto lo vi, el corazón se me subió hasta la garganta. Estaba vestido con un jean azul claro, una sencilla camiseta a rayas y tenis Nike. En torno a su cuello llevaba un escapulario. Me le acerqué.

—Sebas, hola. Qué alegría me da verte —dije esas palabras sintiéndolas de verdad.

Él sonrió, se notaba un poco preocupado, no pronunciaba ninguna palabra, como si un ratón se le hubiera tragado la lengua. Besé una de sus mejillas.

—¿Te encuentras bien?

Él esbozó una sonrisa.

—Claro que sí, Gladia, cómo no habría de estarlo.

Nos sonreímos, Sebas me tomó de la mano para dirigirnos a una de las mesas del salón. Allí conversamos durante unos cuarenta minutos esperando el momento en que la dragoneante nos ordenara seguir a las celdas, donde cada pareja tendría su visita íntima. Una buena parte de la conversación que mantuvimos fueron anécdotas en las que cada uno contaba experiencias del pasado. También experiencias vividas en este lugar; nos alcanzó tiempo hasta para hablar un poco sobre nuestras familias. Yo disfrutaba cada minuto al lado de aquel hombre.

Al poco rato, la dragoneante Cuberos dio la orden de seguir a las celdas. Caminamos el pasillo tomados de la mano. Ninguno de los dos pronunciaba palabra alguna y, de pronto, para romper el silencio, Sebas dijo:

—Quizá es muy atrevido de mi parte, pero ¡eres fantástica!

—Gracias —dije recatadamente.

Entramos a aquella bóveda. Nunca antes había estado en aquel lugar. Se sentía demasiado frío, apenas como para estar entre los brazos de Sebas. Nos sentamos sobre el muro de cemento que se encontraba cubierto por una colchoneta de espuma forrada por una tela de gabardina azul oscura. Extraje una sábana que llevaba en mi bolso y le pedí que se parara un momento para tender nuestro nido de amor. No había tiempo que perder. Los escasos minutos que nos daban, para compartir juntos, eran muy breves.

Estando la cama ya tendida, Sebastián se sentó. Luego me tomó de la mano indicando que me sentara a su lado. En medio del silencio, juntó sus labios con los míos y poco a poco comenzó a desabrochar los botones de mi blusa. Estuvimos allí por un espacio de hora y media, que me parecieron cinco minutos.

—Creo que eres la mujer más hermosa que he conocido —dijo él muy seriamente, como si quisiera seguirme el juego, y digo juego porque fui yo quien comenzó con todo esto. Desde un principio debí haber hablado con la verdad.

Me sonrojé. En el fondo yo sabía que no era una mujer bonita, pero por un momento le creí su mentira.

“Tal vez me veo bonita por lo bien peinada y maquillada que estoy”, pensé para mis adentros.

En todo caso sus palabras me hicieron sentir bien. Le sonreí con delicadeza. Debía evitar a toda costa que se enterara que mi dentadura era postiza. Todo lo que Sebas me decía era un buen bálsamo para mi maltratado espíritu.

—¿Bonita? No lo soy tanto, más bien creo que soy normal.

Él se rio y me abrazó.

—Eres extraordinaria, llenas mi corazón, mis sentimientos y todos mis sueños.

—Te ríes de mí —le dije.

—Me río de la alegría que me causa tu presencia, no te imaginas las ansias con las que esperaba este momento.

Me besó los dedos y la parte interior de mis muñecas. Sonrió porque se dio cuenta de que yo temblaba, luego me besó los labios muy suavemente.

Aquel hombre era muy buen mozo, aunque me hacían falta mis lentes para ver mejor. Al tenerlo tan de cerca noté que era muy atractivo, su cabeza parecía tallada por el cincel de un escultor; sus pómulos altos, la nariz recta, cejas pobladas, oscuras y muy finas, que le hacían un hermoso contraste con sus ojos verdes; sus pestañas eran onduladas y su cabello corto y delicado.

Tocaron la puerta, era el aviso de que la conyugal había terminado. Corrimos a vestirnos y salimos de aquel lugar nuevamente al salón donde horas antes nos habíamos encontrado.

—Listo, señores, nos vamos —dijo uno de los dragoneantes que acompañaba a los hombres.

Sebastián me besó ligeramente los labios y corrió a alcanzar a sus compañeros que ya estaban saliendo. No miró hacia atrás.

Llegué al patio y Luisa salió a mi encuentro.

—Hola, Gladia, ¿cómo le fue?

—Estupendo, Sebas es un príncipe.

—Venga, cuéntemelo todo —decía mientras tomaba dos sillas para sentarnos. Le conté a mi compañera todo lo sucedido, sin perder detalle alguno.

—Entonces, ¿continuarán con la relación? —preguntó.

—Yo lo noté bastante entusiasmado —dije, sin mirar lo que me esperaba.

Pasaron los días. Sebastián ya casi no me llamaba. Lo sentía raro y distante.

—Sebastián, ¿por qué ya casi no me llamas? —le pregunté cierto día que me llamó.

—Lo que pasa es que no tengo dinero, mi familia hace días no me consigna.

—¡Ay!, lo siento mucho, pero... ¿sabes? Te voy a dar mi número de clave para que me hagas alguna llamada urgente que necesites.

La clave es muy personal, la maneja cada interno y con ella se realizan las llamadas telefónicas y las compras en el expendio que se descuentan del dinero que consignan los familiares desde afuera.

Pero sentí lástima por él, sabía cómo era de difícil estar sin dinero en un lugar como este.

—Gracias, muchas gracias Gladia.

Ahora hablaba muy fríamente, no me trataba con la dulzura de antes, pero llegué a pensar que se encontraba de mal humor por no tener con qué hacer siquiera una llamada.

Pasó el mes y nuevamente llegó aquel anhelado día. Era mi segundo encuentro con mi príncipe azul. Me puse tan bonita como la primera vez. Comenzaron a llamar las internas que saldríamos a la conyugal. Terminaron de salir todas, pero mi nombre no se escuchó por ningún lado. Debí haberme colocado de un color alarmante porque una de mis compañeras se me acercó y me preguntó:

—Gladia, ¿qué tiene? Está muy pálida.

Me había puesto de un color casi gris. Ciertamente más blanca que la misma blusa que llevaba puesta. En contraste con la repentina palidez de mi piel, mis labios parecían azules. Aquel corazón que había estado bailando tan alegremente pareció caerse en picada hasta la base de mi estómago. Lo peor de todo es que no tenía a donde llamarlo para que me diera una explicación. En el patio de los hombres no gozan del beneficio de la llamada entrante. Como un escape a aquella terrible situación, me levanté de la silla donde me encontraba sentada y tomé uno de los teléfonos para llamar a mi hija mayor. Sentía la inmensa necesidad de desahogarme con alguien. Pero, ¡vaya

sorpresa la que me llevé! Aquel desgraciado no solo me había dejado plantada, también se gastó todos los minutos que tenía. Nuevamente me senté en la silla y no podía parar de llorar. Miré a Luisa. Con mi mirada quería asesinarla, pero esta dirigió la vista hacia otra dirección, incapaz de mirarme a los ojos.

Pensé que aquel miserable hombre ya no era mi amigo. Tampoco tenía un enemigo al que pudiera confrontar. Sentía que cada minuto me iba poniendo más fría, esta pesadilla no podía ser cierta. Me sentía derrumbada y a la vez burlada. Por todos lados escuchaba rumores, aquellos horribles murmullos se deslizaban como serpientes entre las ruinas por todo el patio. Me convertí en el hazmerreír de todas mis compañeras.

Pocos días después, me enteré de que Luisa me había incluido en su juego. Necesitaban vengarse de Sebastián. Hacía unos meses, él la había relacionado con uno de sus compañeros. Le hizo creer a ella que aquel hombre era “muy pinta”, como dicen ellos, pero al momento del encuentro, Luisa se tragó la lengua, como le sucedió a Sebas aquel día en que nos conocimos.

Mi compañera sabía que Sebas, después de haberme conocido, no volvería, pero no fue capaz de hablarme con la verdad. Me habría dolido, yo sé que sí, pero me dolió más que permitiera que me ilusionara cada día más con aquel hombre, y así como decían algunas de mis compañeras: “Me dejaron como novia de pueblo, vestida y alborotada”.

A mi supuesta amiga no la volví a determinar. A ese desgraciado traté de sacarlo de mi mente, me costó trabajo no pensar más en él. No vale la pena, me decía a mí misma, pero mi mente se negaba a obedecer mis órdenes. No deseaba recordarlo, pero era inevitable hacerlo. Así viví por un período de aproximadamente tres meses, pero al fin logré sacarlo de mis pensamientos. No olvidaré nunca cómo creí y me entregué de lleno a aquella falsa ilusión.

BALA PERDIDA

Nóvile Humberto García



Terminaba de comer un succulento plato de sancocho de gallina, y una bandeja de arroz adornada con un muslo entero, bañado en un guiso de cebollas y tomates; de sobremesa tomó claro de mazamorra de maíz. Miró la hora, eran las 7:11 de la noche de un viernes. El restaurante típico a orilla de la carretera estaba situado a la salida norte de Palmira, Valle. Pidió la cuenta que la mesera trajo amablemente, pagó el importe de 450 pesos con un billete de 500.

—Deje el vuelto para usted.

La joven le sonrió agradeciéndole y le dijo:

—¿Le apetece un café?

El señor asintió con su cabeza. Se tomó el café y salió del establecimiento, caminando con un mondadientes entre sus labios hasta su vehículo. Se dispuso, agachado, a revisar las llantas de su camión Ford tipo F.1000, modelo G9, oscuro como la noche, tan lustroso que la luna llena se reflejaba en sus latas. Estaba en la revisión obligatoria, cuando vio unas piernas muy bien torneadas paradas frente a él, cubiertas a la mitad por una minifalda blanca con pequeños círculos negros que finalizaban en unos zapatos blancos de tacón alto. Se puso de pie lentamente recorriendo con su mirada, de abajo hacia

arriba, ese esbelto cuerpo que aparecía ante él con unos senos protuberantes y amenazadores, tapados apenas con una blusa blanca de un chalis casi transparente y ese rostro trigüeño de finas facciones y pómulos bien definidos. Totalmente absorto se quedó observándola, hasta que ella rompió el silencio:

— Buenas noches, señor. ¿Podría llevarme en su carro?

— ¿Para donde viaja? — preguntó él.

— Para cualquier lugar — respondió ella.

— ¿Por qué no viaja en bus?

— Lo que pasa es que tuve una discusión muy fuerte con mi esposo y he decidido poner kilómetros de distancia entre nosotros. Además ando sin dinero, escasamente tengo para pagar mis alimentos.

— Voy para Barranquilla — dijo él, y el viaje es lento, pues la carga que llevo es muy pesada.

— No interesa — replicó ella —, lo que deseo es irme pronto. Me llamo Claudia.

Jorge abrió la puerta derecha de su camión y la invitó a pasar. Como el estribo era alto, para ayudarle a subir — pidiendo permiso — la tomó por la cintura de avispa. Eso era lo que tenía en medio de su prominente cadera y su bien formado gran pecho. Sintió calor en las orejas y un pequeño corrientazo entre las piernas. Pensó: “¡Qué mujer tan hermosa! ¡Qué fragancia tan sutil! Es una Azzaro francés muy suave”. Era conocedor, pues tiempo atrás fue dependiente de un almacén de perfumes en Panamá. Ella se sentó y él colocó su pequeña valija en el piso del carro, a la vez que, de reojo, miraba sus delineadas piernas. Dio la vuelta por delante, mirándola a través del parabrisas: “¡qué hermosa es!”, pensó de nuevo. A la vez, ella le observaba curiosamente.

Era un hombre alto, rubio, de complexión atlética. Se ubicó tras la cabrilla, encendió el vehículo y arrancó el viaje. Hubo un gran momento de silencio, en el que Jorge elaboraba en su mente pasajes inimaginables con ella. Esta también meditaba — se figuraba él —. “¿Será que coincidimos?”.

Al hacer el último cambio con la palanca, Jorge, intencionalmente rozó la pierna izquierda de ella con el torso de su mano; ella ni se inmutó, pero él pidió disculpas, a lo cual ella sonrió y le dijo: “no hay cuidado”. Esto despertó en él una gran ansiedad y comenzó

a repasar los cambios de abajo hacia arriba y viceversa, pero cada que lo hacía, rozaba más su pierna. Ella, sintiéndose algo turbada, preguntó:

—¿Así va a ser todo el camino?

Él, apenado le dijo:

—¡Es usted tan bella!

—¿Le parece? —dijo ella.

—Bastante —contesta él.

—Vea, pues, mi esposo dice lo contrario y me maltrata, por eso me salí de la casa.

—Hizo bien, que bueno tenerla de compañía en el viaje, me agrada mucho.

Tomando su mano izquierda, la besó. Después, acarició su cara y ella lo miró con ojos insinuantes. De nuevo, agarró su mano y la puso sobre la pierna con la cual aceleraba; ella suavemente empezó a sobarle la pierna y el corrientazo entre las piernas fue mayor. Ella lentamente subió la mano y se chocó en el promontorio que crecía cada vez más. Desabrochó el pantalón y metió su mano delicadamente alcanzando la barra hinchida e incandescente, la llevó a sus labios y tiernamente comenzó a besarla. Jorge sentía corrientazos aún mayores. El camión aceleraba y desaceleraba, frenaba bruscamente y se soltaba de nuevo. Cuando sintió que dentro de su cuerpo corría como una lava volcánica, orilló el camión y le dijo:

—¿Me recibes como estás o me dejas subir?

Ella retiró su boca y se acostó en el amplio cojín. Recogió su minifalda e hizo su tanga hacia un lado; apareció una hermosa flor de negro capullo. Brillaba como la luna llena que entraba por el parabrisas. Se subió la blusa y se aflojó el brasier hecho de encaje color durazno que jugaba con la tanga. Brotaron dos hermosos y jugosos melones que Jorge degustó en el acto. Bajando desde su pecho, besó su ombligo contorneándolo con su lengua; siguió descendiendo, hasta llegar al negro capullo; depositó sus labios sobre los de ella, retirando la velluda maraña; libó como si tuviera mucha sed, con una mano acariciaba sus senos y con la otra, repartida como brazos de pulpo, acariciaba su clítoris y se adentraba con sus dedos en la húmeda gruta. Después, trató de penetrarla pero ella le dijo:

—Abre la puerta derecha, para estar más cómoda.

Jorge estiró su mano, movió la manigueta y abrió la puerta. Una brisa fresca entró. Ella subió una pierna en la cabrilla y la otra en el espaldar del asiento. Así la poseyó, se sentía en el cielo, no podía creer tanta dicha.

De un momento a otro, se le aparecieron dos sujetos, uno por cada puerta del camión:

—Quieto, esto es un asalto.

La primera reacción de Jorge fue subirse los pantalones, pero estos, a medio muslo, lo inmovilizaron. Como estaba a punto de eyacular, disparó unos proyectiles blancos, uno de los cuales dio en el ojo del atracador a quien tenía en frente. Este, molesto, le pegó un cachazo y le rompió el rostro. Entre los dos asaltantes lo bajaron del camión y lo metieron a un cañal que estaba a un lado. Lo amarraron de pies y manos y lo amordazaron. Desde allí, vio cómo otro sujeto se llevaba su carro, seguido por un automóvil Ford del 54 color azul bruma. Dos hombres se quedaron a vigilarlo.

Durante toda la noche, mientras escuchaba pasar automotores por la carretera y soportaba las picaduras de los mosquitos o zancudos, pensaba: “¿me irán a matar?”. Y se respondía: “No, ya lo hubiesen hecho”.

En medio de su preocupación, se quedó entre dormido, meditando en lo sucedido, pensando en su esposa e hijos, pero no podía sacarse a su conquista de la mente: “¿Qué habrá sido de ella? ¿Será que la violaron? ¿Será parte de la banda?”.

Al otro día, media hora antes del amanecer, lo soltaron. Estaba lleno de picaduras, parecía como si tuviera sarampión. Los atracadores le advirtieron no moverse antes de media hora y que, al poner el denuncia, no fuera a decir que estaba con una mujer, para que no se le formara un lío grave con su patrón, la transportadora, o peor aún, con su esposa.

Pasado el lapso de tiempo estipulado, Jorge salió a la carretera muy asustado, hasta que pasó un colega conocido y lo recogió, pues nadie quiso pararle. Este lo acompañó a poner el denuncia en la inspección de policía de Buga, Valle, donde informó el robo del camión cargado con 240 quintales de azúcar, que transportaba hacia Barranquilla. En su declaración mencionó que le habían atravesado una camioneta Chevrolet apache de color rojo, de la cual bajaron dos

hombres armados con revólver y lo intimidaron un poco más adelante del puente sobre el río Sonso. Irónicamente uno de los policías le dijo:

—Vea pues, lo atracaron por Sonso.

Jorge sonrió, pero no por lo dicho por el policía, sino por el balazo de semen que le propinó a uno de los asaltantes en el ojo.

En el momento de firmar la denuncia, el inspector le pregunta si tiene algo más que agregar. Él contesta que eso es todo, sin embargo piensa: “Si la volviera a encontrar, me dejaría atracar de nuevo”.

Tiempo después de haber recuperado su camión, arrimaba a comer al mismo restaurante y en el mismo horario, con la intención de verla nuevamente.

EL JUEGO Y LA ILUSIÓN

Julián Roldán Grajales



Todos tenemos el anhelo de lograr riquezas y poder. Ese es mi caso desde muy joven. Nací en un pequeño barrio llamado Los Almendros, en el municipio de Santa Bárbara, en Antioquia.

Desde la edad de los once años, ya me escapaba de la casa para compartir con mis amigos y probar la suerte. Mi mayor afición fue apostar en el juego de las cartas, sobretodo el famoso juego de la 51. Con ternas, cuartas y quintas completaba mi juego para poderme ganar unos pesos. Nunca tuve suerte y siempre me tocaba recurrir a mi hermosa madre para hacer mandados, también me tocaba ayudarle a mi tía Helena en su negocio de charcutería. En 1992, este pequeño negocio se encontraba ubicado en el parque central del pueblo, se llamaba “Charcutería la Azulita”. Allí se escuchaban los discos de Julio Jaramillo, Los Visconti, Los Relicarios y muchos autores de los años sesenta a los ochenta. Aun con estos oficios, nunca me alcanzaba el dinero para cumplir mi sueño de comprar la bicicleta que tanto deseaba. Tampoco lograba darle un golpe a la suerte.

En junio de 1996, mi tío Albeiro, quien era técnico en comunicaciones de la Aerocivil, sacó sus vacaciones para compartir conmigo,

su sobrino Julián, un espacio en la finca La Linda, del corregimiento de Cordoncillo, del mismo Municipio de Santa Bárbara.

Mi tío se desplazó desde la ciudad de Medellín hasta el pueblo. Como el corregimiento quedaba a una hora en carro, llamamos a mi tío Alonso, dueño de la finca. El tío Alonso es un antioqueño de pura cepa. En esa época tenía su carro Willy's rojo modelo 1955, vestía ropa montañera y sombrero típico de la zona. Esto ocurrió exactamente el 2 de junio de 1996, mi tío Alonso nos recogió en el barrio Los Almendros, en casa de la abuela Carolina. Recuerdo que mi tío Albeiro compró una botella de ron, unas cuantas libras de arroz y de carne.

Una vez estuvimos listos, nos fuimos rumbo a la finca.

Llegando al corregimiento, encontramos los caballos ensillados, amarrados y listos para bajar a la loma que, a lomo de caballo, queda a una hora. Faltando diez minutos para llegar al rancho de tapia y techo de paja estilo kiosco, escuchamos los ladridos de los perros celebrando la bienvenida de los nuevos visitantes. Nos recibió doña Fabiola, la esposa de Alonso, con una limonada hecha con agua fría y con limones injertos recogidos en el huerto. Ya agotados, nos preparamos para hacer una siesta y pasamos a las humildes habitaciones. El calor hervía a más de treinta grados y los zancudos rondaban nuestros cuerpos sudorosos. Las camas estaban tendidas con colchas de retazos y cubiertas por un toldillo blanco para protegernos de los zancudos. Al caer la tarde, la señora Fabiola prendió su fogón de leña para prepararnos la comida: tajadas de maduro, carne frita y unos deliciosos frijoles con garra. Luego de la comida nos preparamos a dormir para descansar de aquel largo día de viaje.

Solo se escuchaba el croar de los sapos, el chirrido de los grillos y los perros aullando. Pasadas las dos de la mañana, mi tío Albeiro se levantó a orinar. Yo medio dormido escuché un grito:

—¡Ay, mamá! ¡Qué es eso, Dios santo...? ¡Julián, Julián!

Me levanté impresionado con los gritos y de pronto, al oriente, vi un árbol de mango de más o menos unos cinco metros de alto, alumbrado desde la raíz hasta su copo. Muertos del susto tomamos la decisión de volver a acostarnos a dormir. Al día siguiente, le contamos al tío Alonso la experiencia que tuvimos el día anterior y nos afirmó que, muchos vecinos habían contado historias semejantes de sucesos que les habían ocurrido precisamente en ese lugar, y que

existía el rumor desde hacía mucho tiempo, de que allí se encontraba un entierro que no se había podido descubrir. Al escuchar esto, mi tío Alonso sacó su botella de ron, tomó unos tragos y me propuso ir al palo de mango para cavar y desenterrar lo que hubiera adentro.

Cogimos una pala, un tarro y una pica. A tres minutos de la finca estaba situado el inmenso árbol de mango. Llegamos y empezamos la excavación. Le di los primeros golpes con la pica a la tierra y me puse a desplazarla con la pala. Cuando llevábamos un metro de profundidad, en la raíz del palo, descubrimos una especie de vidrio molido de colores, tiestos de ollas de barro y punticos de oro mezclado con el barro. Terminamos esa jornada, agotados y más ansiosos que antes. Nos fuimos a descansar con la intención de continuar al día siguiente. Ya mi mente no pensaba en una humilde bicicleta, sino en una moto último modelo. Mi tío soñaba con viajes y carros lujosos. La imagen de una olla llena de oro no se nos quitaba de la mente. Logramos descansar un poco y, al día siguiente, a las cinco de la madrugada, nos dirigimos a continuar con nuestro objetivo. Una vez en el sitio, cogí nuevamente la pala y empecé a cavar. Sentí que le di un golpe a una piedra y la pica echó candela. Nos quedamos quietos y llamamos a mi tío Alonso. El tío llegó rápidamente y nos confirmó que, debajo de dicha piedra, encontraríamos el entierro. Aún no me explico de dónde saqué fuerzas para levantar esa piedra de más de cincuenta kilos, solo para llevarnos la desilusión de que solo había tierra y arcilla gris. Para rematar, en ese momento se desató la lluvia y, el hueco que habíamos cavado durante dos días de trabajo, comenzó a llenarse de agua. El clima nos impidió continuar con la excavación.

Aún persiste la incógnita de qué será lo que hay debajo de ese palo de mango. Y todavía tengo la ilusión de darle un golpe a la suerte y poder conseguir, aunque sea, una humilde bicicleta.

Los habitantes de la zona dicen que nuestros propios pensamientos nos impidieron sacar el tesoro. Los guaqueros dicen que fueron los materiales de excavación que utilizamos, ellos recomiendan usar herramientas de madera, y que para poder sacar el entierro, se debe hacer en grupos de personas impares. Cuando termine de cumplir mi condena, lo primero que voy a hacer es irme a Santa Bárbara con herramientas de madera. Yo sé dónde está el palo de mangos y sé que aún no han desenterrado lo que sea que haya debajo.

NEIVA



Betuel Bonilla Rojas
Director del Taller

COSAS DE ABOGADOS

Carlos Alberto Guzmán Palacios



Cuando salí del edificio, sentía el peso de la derrota sobre mis hombros. Crucé la calle y unos pasos más adelante, me encontraba en el parque Salinas. El sol era radiante; había mucha gente disfrutándolo. Me senté en una de las bancas a observar el panorama: los niños corrían por todos lados, estaban en los pasamanos, en los caballitos, en los rodaderos. De pronto, miré hacia los columpios y vi a un niño de más o menos siete años, quien era impulsado por un hombre, posiblemente su padre. De inmediato, recordé al hombre que minutos antes había dejado en uno de los salones del edificio donde me encontraba. Pensé en el futuro que le esperaba a partir de este día, pensé en su familia, y qué sería de ella sin él a su lado. No pude evitar sentir tristeza por él.

Pensé si realmente yo había hecho lo suficiente, o si no pude haber dado más de mí para ayudarlo. Recordé las palabras de un colega que me decía: “En este oficio no siempre se gana”. Miré mi reloj y recordé que tenía otra cita, otra opción de ayudar a alguien. Me levanté del banco, dispuesto a que este hombre al que iba a defender no tuviera el mismo destino del anterior. Me llené de valor, miré por última vez hacia los niños, cuyos padres podían algún día estar presos, y salí del parque a acudir a mi siguiente cita.

LIBRE POR UN INSTANTE

Carlos Alberto Guzmán Palacios



La noche era fría y no podía dormir. Me levanté de la plancha y me paré en frente de la pequeña ventana de barrotes, la que da hacia una de las Guayanas de la cárcel. De pronto, sentí una brisa que traía un aroma muy familiar, un olor dulce que me transportó a mi infancia. Recuerdo que mi madre nos decía, a mis dos hermanos y a mí:

—No se sigan metiendo en la finca de don Polo, porque un día de estos ese señor los va a hacer morder de los perros.

Un día, mis hermanos y yo decidimos ir a cazar iguanas, como siempre, a la finca de don Polo. Era un sábado en la tarde, después de un fuerte aguacero. Cuando llegamos a la cerca de alambre, mi hermano mayor dijo:

—Crucemos el potrero en rastra hasta el mandarino, que está casi al otro lado del potrero, así ni don Polo ni sus perros nos podrán ver.

Yo tenía miedo, pero a medida que avanzábamos por el potrero, el olor de la hierba húmeda me fue tranquilizando. Me concentré tanto en ese olor que por un momento se me olvidaron don Polo y sus perros. De pronto sentí que me halaron de un pie con mucha fuerza; me paralicé del susto y no pude mirar hacia atrás. Solo esperaba el

momento en que los perros de don Polo se abalanzaran sobre mí y me tragarán. De repente, un grito a mi espalda decía:

—Echen pa'la casa a terminar las tareas.

La voz de mi madre me quitó la horrible imagen de los perros echados sobre mí. Gracias a aquel aroma, esta noche recordé a mi madre, mis hermanos, la finca de don Polo, y así, entre los barrotes de esta cárcel, me sentí libre por unos segundos.

ESTÚPIDA

Evelio Castaño Acosta



“Torpe, tonto, majadero, bueno para nada, sucio, ponga cuidado porque si no la próxima vez le pasará algo peor”, eran las palabras de mi abuela, una mujer robusta, con muchos kilos de más, quien me reprochaba siempre que cometía cualquier pequeño error. A ella no le importaba saber que aún cuando yo era un niño de escasos siete años, solo por distraído, acababa de meter uno de mis pies descalzos en medio de una plasta de estiércol fresco que una oronda y estúpida vaca dejó a su paso, en una vía de nuestro melancólico pueblo.

Mi abuela siempre me regañaba: “Maldito culicagao”, me decía, tal vez por ignorancia, porque ella no era mal intencionada, era más bien el hecho de desconocer que las palabras tienen poder. Aunque ese día, el mismo del pie metido en la plasta, ella tenía razón, pues me pilló al momento, cortando con mis dientes la uña del dedo gordo de mi pie, untado todavía de estiércol, con bordes verdes alrededor de la boca.

Alguna vez, ella le dijo a mi hermano: “Si sale sin permiso, algo malo le sucederá”. Efectivamente, al rato de aquella advertencia, mi hermanito regresó llorando, porque lo había mordido un perro y lo había hecho caer de la bicicleta. Otro día, le dijo a mi hermana, siempre

con la mirada fija: “Si continúa de brincona no tardará en resultar embarazada”. Y así fue, pues no pasaron tres meses y mi hermana, una niña que no cumplía los catorce años de edad, apareció preñada.

Mi abuela creía ser adivina, ignorando que ese maldito juego de palabras era más delicado de lo que ella podía imaginar. Tanto poder tenían sus palabras que ella misma se maldecía cuando decía que era muy de malas, se quejaba por todo y repetía siempre, ante el más mínimo problema, que se quería morir. Es como si ante sus pensamientos, deseos vehementes y palabras, el universo entero conspirara a su favor, sin importar lo bueno o malo de cada premonición.

Mi abuela murió varios años después, carcomida por un cáncer en medio de la duda, llena de resentimiento y un complejo de culpa muy grande. Ella murió tal como lo había predicho, arrepentida quizás de haber dicho tantas veces eso de que se quería morir. Por mi parte, cumplí con su profecía: antes de cumplir la edad para tener cédula, ya visitaba por primera vez la oscuridad de una tétrica prisión.

LA FAENA

Evelio Castaño Acosta



—Mincho, andá vos solo, hoy no te acompaño.

—¿Cómo que hoy no me vas a acompañar, si tú eres mi parcerito? No me vengas con pendejadas; tú primero muerto que descolorido, y patraciao no te conozco, Evelio.

—Es en serio, esta vez conmigo no cuentas. Mi esposa viene el próximo mes a traerme los niños, y quiero que me encuentre sano, sin agujeros en la piel.

—Ah, ya veo, por eso no quieres bronca. Por un momento pensé que te estaba haciendo daño esta selva de cemento, ¿o es que te estás drogando de nuevo, pinche güey?

—Ja ja ja ja, no me hagas reír, que a vos tampoco te conozco de mexicano. Además, ya voy para cuatro meses que no huelo nada. La maracachafa la dejé hace tiempo, y el bazuco me paniquiaba mucho, me ponía a soñar despierto, a ver alucinaciones, hasta a los ñeros les veía uniforme azul. Muchas veces perdí la memoria, no recordaba ni dónde escondía la traba. ¿Me entiendes lo que te digo?

—Claro que sí, mi pez, las drogas no son pa'vos —y lo decía mientras echaba su brazo sobre mi hombro y patinábamos de un lado a otro del patio.

—No me dejes morir, perrito, mira que yo paso solo frente al patio de esos lamparozos, y seguro que me atacan, me puede pasar algo malo, ¿a vos no te importa eso?

—Claro que me importa, es por eso que te voy a acompañar. Espero que sea la última vez.

—Todo bien, si no fuera por esta úlcera que me está jodiendo, no iría por allá. Bien sabes que para ir al matasano debo pasar frente a mis enemigos. Si en el monte un conejo aprende a convivir y librarse de los animales que se alimentan de él, ¿por qué yo no voy a sobrevivir aquí? Más tarde veremos cómo son vueltas, todo es cuestión de no pegar el ojo y estar en la trampa, perrito. El domingo me llegan dos primas de Medallo y te voy a presentar una.

—No jodas, vos sabés que estoy casado, y soy como los fósforos de palo, que solo rastrillan y prenden en su propia caja.

—No me hagas reír, güevón, que apenas veas a esos dos monumentos vas a cambiar de opinión.

—¡Prisco Lopera! —gritó un guardia en la puerta del patio.

—Es tu turno, Mincho, te llaman.

—Estás montao con tu navaja, o te presto una belleza de platina que hice la semana pasada con el ángulo de un catre.

—Vamos antes de que te vuelvan a llamar. Todo bien que aquí llevo mi navaja patecabra.

Llegamos donde el guardia, quien le entregó a Mincho un papel para la cita médica, y lo dejó pasar la puerta. Cuando intenté ir tras él, el guardia me preguntó:

—¿Para dónde va usted, ladrón?

Con un pedazo de bayetilla sobre mi boca, giré fingiendo que me devolvía. Mincho, al percatarse de la situación, comenzó a decirme que esperara, a la vez que le entregaba el papel de la cita médica al guardia.

—Comandante, déjelo ir si quiere con mi papel, él lo necesita más que yo, mire que ese dolor de muela no lo deja dormir hace dos noches y no ha probado bocado —decía.

Inmediatamente empecé a quejarme de dolor, fingía estar muy grave. Cómo sería que el noble guardia no le recibió el papel a Mincho y dijo:

—Bueno, vayan a ver, pero mucho cuidado por ahí, no se demoren.

—Gracias, comando, de seguro no nos demoramos —dijo Mincho, y apuramos el paso.

Al instante, pasábamos muy sigilosos frente al patio donde habitaban las liebres de mi amigo. Nos miraban ansiosos desde el interior, a través de unas rejas. Hicimos como que no los vimos, pero estábamos seguros que de regreso nos estarían esperando y harían hasta lo imposible por salir, que por lo menos varios de ellos lograrían hacerlo. Transarían al guardia como fuera. Estábamos seguros de que ahí nos estarían esperando.

Mientras Mincho era atendido por el médico del penal, yo esperaba en un salón, rodeado de unas caras que ni para qué les cuento. Ensimismado en mis pensamientos descoordinados, empecé a preguntarme por qué Mincho, desde hacía ocho días, no le dirigía la palabra a Bayron, por qué no le había dicho a él, que también es su amigo, que lo acompañara al médico. Ellos son de la misma calaña, pero puede ser que no de la misma ralea. Ambos hablan de Aranjuez y Manrique, dos barrios de Medellín, ¿o será que no tuvieron el mismo entrenamiento para sicarios, como cuando dos cachorros de leona juegan a hacerse zancadilla para practicar su destreza en la caza? Es posible que el problema fuera de faldas, de ser así, el domingo lo sabría.

Me invadió de repente una gran preocupación al recordar que esos bandidos nos esperaban. Nuevamente sería carne de cañón. La verdad, me gustaba sentir un poco de adrenalina de vez en cuando, pero qué va, era más que todo mi falta de carácter de no aprender a decir no de una vez por todas. Aunque en lo más profundo de mí, sentía que valía la pena el sacrificio; aparte de que era un buen amigo, también me había salvado en una ocasión.

La voz de Mincho interrumpió mis pensamientos:

—Listo, perrito, vámonos.

—¿Qué te dijo el médico?

—Nada, la misma maricada de siempre, que me tomara unas pastas porque ni una puta inyección tiene.

—Tranquilízate, güevón, no se te olvide que estamos en la cárcel, y recuerda que estás sindicado de la muerte del coronel Benjamín

Franklín Quintero, comandante de la policía de Antioquia en 1988. Llevas más de dos años preso, tranquilo, perrito, o ¿por qué crees que mi mujer casi no viene a visitarme? No le gusta la requisa que le practica la guardiana cuando le hace el tacto vaginal, la maltrata como el que le tienta el culo a una gallina buscando droga u otros objetos prohibidos. Relájate, estamos en la cárcel, donde nadie quiere a nadie y las rejas no matan, lo que mata es el engaño, la traición y el olvido. Recuerda que estamos tan acostumbrados a los desprecios, que las caricias nos hacen daño, y eso no son penas.

—Tienes razón, Evelio, vamos a vender caras nuestras vidas, al mal paso hay que darle prisa.

—Así es, pero primero ponete estas revistas viejas que me robé de la sala de espera; ya me blindé el estómago y los pulmones con varias de ellas. En el bolsillo de mi chaqueta, cargo un pedazo de tabla para que me libre de una puñalada en el corazón.

—¿Cómo te sentís? —me preguntó.

—Ansioso, y seguro que a esos pillos les será más fácil coger a un pez de la cola dentro del agua que a mí.

Mientras avanzábamos por el pasillo, Mincho me entregó una diminuta silla de madera, diciendo:

—La vas a necesitar más que yo.

La verdad es que esa silla se llama muleta. Él no la utiliza para sentarse, solo la carga en la mano para todos lados porque le sirve de escudo para detener las puñaladas. Me sorprendió con ese gesto. No es que él sea un tres güevas, pero me demostró que es un berraco. Aparte de eso, decía que el que peleaba no era el cuchillo sino uno, ya que en alguna ocasión enfrentó a un asesino de asesinos que portaba un cuchillo mataganao y él tan solo una pequeña navaja. No pasó a mayores, pero probó finura.

Llegamos al fatídico sitio. Allí solo había tres internos, con unos platos plásticos amagando que iban por sus alimentos. Uní la palma de mis manos y las coloqué en posición de reverencia, como si fuera a recibir la comunión, sin soltar, por supuesto, la muleta que sostenía con un dedo. Al mismo tiempo, estaba presto a desenfundar mi navaja, que traía abierta dentro de la manga de la chaqueta, a la altura de mi muñeca. Pasamos muy lentamente, con nuestras espaldas pegadas a la pared, caminando de medio lado, mirando fijamente a los

ojos de nuestros enemigos. Se sentía un frío aterrador y un silencio total. Algunos reclusos, sin soltar una palabra, observaban por entre las rejas del patio, presagiando un final macabro, de esos que suceden a diario en cualquier patio, pasillo o sitio de la prisión.

Los tres internos soltaron los platos y empezó la faena. Uno de ellos servía de campanero, a la vez que cubría la retaguardia. Uno atacó a Mincho con senda platina. Mi amigo le hizo el quite, como en una verónica en pleno ruedo, de esas que le hacía Manolete al toro Isleros. El otro me hizo un viajao que esquivé de un salto. Era una danza macabra. Desenfundé muy rápido y le hice varios lances, pero no le logré ni uno. Luego me hizo otros dos o tres, y el último no lo alcancé a esquivar del todo. De refilón, me cortó el brazo izquierdo, rompiendo mi chaqueta.

Así y todo, como estaba, le hice varios lances y nada. Luego arre-metió con un lance más, como tirando a matar al diablo, pues venía directo a mi corazón. Logré atajarlo con mi escudo, con la suerte de que esta vez su puñal quedó clavado en mi muleta, la pequeña banca de madera. Haló fuerte para rescatar su puñal, pero entonces, cuando solté la banca con el puñal clavado, le acerté un chuzón en el abdomen. Cayó de espaldas, con su puñal en la mano y la banca clavada en la punta.

Cuando Mincho y su liebre se percataron de lo sucedido, suspendieron los cambiazos que se hacían. La faena había terminado; duró tal vez un minuto. Mientras ellos conducían a su compañero a la enfermería, muy rápido, nosotros nos retiramos. En un momento, ya habíamos tirado a la basura mi navaja y la chaqueta con la que limpié mi brazo manchado de sangre. Mincho amarró la bayetilla en mi herida mientras que yo me colocaba su chaqueta. Con un pedazo de papel higiénico en la boca y con la cabeza agachada, traté de ingresar al patio, bajo la mirada del guardia, quien le preguntó a Mincho:

—¿Qué le pasó a su amigo?

—Le sacaron la muela sin anestesia, y se desmayó, está muy débil y tiene hemorragia.

—¡Qué vaina! Pasen rápido, ladrones.

—Coronamos, perrito —decía Mincho en mi oído, mientras ingresábamos satisfechos.

Bayron, que esperaba atento, echó café en mi herida para no tener que ir a boletearme a enfermería, donde estarían atendiendo al otro herido; además, mi herida no era muy profunda.

Todo sucedió sin palabras: nadie oyó, nadie vio y nadie dijo nada; era una época donde se vivía la ley del cuchillo.

Sentados en un rincón del patio, fumándonos un Pielroja sin filtro, Mincho me decía con la mirada:

—Pa'las que sea, parcerero.

ABANDONO

Johann Arias Rivera



Hoy despertamos a la hora acostumbrada. Antes de meterse en la ducha, me acarició con sus manos tersas y ágiles, profanando cada rincón de mi rígida existencia, buscando en mí las respuestas a las preguntas que se hubiera podido plantear a lo largo de su existencia. La vi ponerse de pie, completamente satisfecha, habiendo cumplido con el sagrado requisito de estar conmigo cada mañana, aunque fuera por unos pocos minutos.

Se duchó, se vistió frente a mí, dejándome unas inmensas ganas de volverla a sentir recorriéndome, explorándome. Al terminar de vestirse, salió de la habitación, no sin antes darme una ligera mirada de despedida con sus ojos llenos de ese amor incomprensible, dejándome ver lo indispensable que era para su vida. Mientras tanto, yo solo puedo mirarla, con una mirada llena de todo lo que ella me pueda pedir, ofreciéndole el mundo en sus abrazadoras manos. Lo que me pida, se lo voy a ofrecer, sin límite, así lo que ella quiera esté en el lugar más recóndito de la Tierra. Lo voy a traer para ella, y si lo que ella quiere está fuera de este planeta... también se lo pondré a su disposición, todo por sentir el callado toque de sus manos sobre mi fría existencia, por sentir lo penetrante de su mirada, que cada

vez que está frente a mí quiere más y más... nunca es suficiente. Su mente y su cuerpo pueden estar horas y horas a mi lado, sintiéndome y anhelando que yo la sienta, haciendo de los dos un solo ser.

Ya está anocheciendo. Esto hace que mis sentidos estén más alerta. Muy pronto ella estará nuevamente aquí y, como todas las noches, será mía, sus manos se posarán sobre mí, me acariciarán incansablemente hasta lograr su cometido... Pero ¿qué pasa? Ni siquiera voltea a verme, sus manos son de otro, recorre todo su cuerpo, lo más duro es que tiene el descaro de traerlo a este sagrado lugar. ¿Qué pudo pasar?, ¿en qué fallé?, ¿qué hice mal? Ya entiendo, no es mi culpa, no soy yo, fue su maldito novio que le regaló un moderno Blackberry y ahora me abandona a mí, su viejo y obsoleto computador de mesa.

LAS INJUSTICIAS DE LA VIDA

Johann Arias Rivera



—Amor, ¿quiere que le sirva la comidita?

—¿Y para qué otra cosa me puede servir usted?

—Bueno, papi, pero no se ponga de mal genio.

—Todo el día trabajando, aguantándome a esos gomelos, que les abra y cierre la puerta todo el día, a esas viejas estiradas que quieren que les entre los paquetes, y usted quiere que esté cagado de la risa....

—Venga, pues, que ya está servido.

—No joda, Matilde, tráigala hasta acá, que con este reguero tan verraco que tiene por todo lado. Se nota que esta casa ni la ha barrido quién sabe en cuántos días. ¿Y esta aguamasa es la comida?

—No exagere, Simón, que la sopita está rica, además, con esos tres pesos que me dejó, antes hice milagros.

—Ahora la culpa es mía. Usted no hace nada todo el santo día, ¿por qué no consigue un trabajo y trae algo para ayudar, no sé, lave ropa, alguna joda?

—Simón, usted sabe que yo en esta silla de ruedas es muy poco lo que puedo hacer.

—Y encima esa puta quejadera suya. Y después dicen que el hijueputa es uno.

PENSAMIENTOS DE REINA

Johann Arias Rivera



Por fin llegó el día. Tanta espera e incertidumbre llegaban a feliz término. Nos habían dicho que únicamente los instructores serían los afortunados en disfrutar de la ceremonia en la que harían presencia las candidatas al Reinado Nacional del Bambuco... Sí, las candidatas al Reinado Nacional del Bambuco, que por primera vez en la historia del certamen visitarían la cárcel del distrito judicial de Neiva.

Tocó sacar la mejor pinta para lucirla; cómo no, si lo que íbamos a ver era un ramillete de reinas. Por los medios de comunicación sabíamos que eran 23 candidatas representando diferentes departamentos del país, así que teníamos que estar muy bien presentados. Ese día tocó afeitada y perfumada para no desentonar en el evento, que se realizaría en el aula múltiple del reclusorio.

La expectativa era total en el patio. Aun sabiendo que los presentes seríamos únicamente los instructores, se albergaba la esperanza, por parte de un nutrido grupo de internos, de que sacaran a alguien más. Corrían rumores de que se iban a escoger a veinte personas para sacarlas al evento; otros afirmaban que solamente eran diez; otros, que iban a ser elegidos por el representante de derechos humanos del pabellón, a quien trataban de convencer para que los inscribiera

en tan anhelada lista, ofreciendo algún tipo de dádiva. Otros aseguraban que las listas ya estaban elaboradas y no había nada que hacer; en fin, había tantas especulaciones como aspirantes a presenciar el espectáculo.

Pasadas las 7:30 de la mañana, llegó la hora. Se escucharon las palabras mágicas: “¡Esos instructores!”, gritó el ordenanza del patio. Cabe anotar en este punto que no he podido entender, a pesar del tiempo que llevo recluido, el por qué se le antepone el adjetivo “esos” cuando llaman a un grupo de internos, o “ese” cuando el llamado es uno solo. Pero este no es el tema a tratar. Finalmente, la espera y la intriga terminaban. Solamente fueron llamados los instructores, y nadie más; las razones, afirmaba la directiva, eran que en el aula múltiple no cabía mucha gente, pues las reinas traían sus comitivas y, lo más importante, debido al mal comportamiento de algunos internos durante un evento previo, no se podían arriesgar a pasar un mal rato en presencia de visitantes tan ilustres, mucho menos ante los medios de comunicación que seguramente cubrirían el evento.

Franqueados los respectivos controles de seguridad, logramos llegar al aula múltiple. El recinto estaba recién pintado, no se observaba la escandalosa y vulgar cantidad de letreros que los alumnos-internos habían plasmado en las paredes o en los pupitres, frases que van desde la promesa de amor eterno a alguna enamorada que se quedó en la calle o está recluida en el pabellón de mujeres, hasta pensamientos xenofóbicos hacia internos de algunas regiones del país, pasando por algunos ofrecimientos sexuales que harían sonrojar a los más avezados actores de películas para adultos. Las paredes recién blanqueadas estaban acompañadas de una vistosa decoración, elaborada por algunos internos dotados con las artes plásticas. Teníamos a la vista unos enormes sombreros “suaceños”, manufacturados en icopor y bellamente pintados; también había unas vistosas carteleras con sonoras rajaleñas y representaciones de alpargatas, tiples, “marranas”, ponchos y raboegallos. En particular, una de las carteleras llamó mi atención, haciéndome sonreír para mis adentros. Las columnas que soportan el techo del recinto fueron forradas en una lona de un azul cielo, como tratando de imitar la belleza del firmamento huilense; en fin, el lugar estaba radiante.

Los que contamos con la fortuna de estar presentes en el evento, nos encontramos, al ingresar, con una serie de sillas, dispuestas para el uso de las preciosas damas que en algunos minutos nos harían compañía. Cada una de las sillas contaba con un letrero que indicaba quién sería su real usuaria, señorita Valle, señorita Atlántico, etcétera, hasta completar las 22 candidatas; además, con ñapa, porque había dispuesta una silla para la Reina Nacional del Bambuco 2012 y una para la Reina Popular, es decir, en total eran 24 las belldades que nos alegrarían el rato con su presencia.

La instrucción fue que nos sentáramos en unas sillas ubicadas en el ala al frente de donde estaban dispuestas para la realeza bambuquera, así que cada quien trató de ubicarse lo mejor posible. Unos, al frente en primera fila, porque justo por allí tenían que pasar ellas, el objeto de toda nuestra atención. Otros atrás, porque más tarde el sol allí iba a pegar de frente y en esta tierra la verdad que es inclemente. Yo, personalmente, escogí primera fila, más adelante miraría cómo me defendía del astro rey.

Un rato después, ingresó la comitiva del pabellón número tres, y minutos después, la representación de la reclusión de mujeres, las cuales normalmente ubican lo más alejadas posible de los hombres, por obvias razones, pero el día de hoy esto no sería posible, ya que todos los internos estaríamos en la misma ala del auditorio para dejar libre la sección de enfrente para las reinas y la comitiva que venía de la calle.

Desde la privilegiada posición que logré, pude divisar todo el panorama, que en ese momento no era mucho: solamente estaba dispuesta la decoración y se veía el corre-corre de las personas encargadas de la logística. Llamó nuevamente mi atención la enorme cartelera que estaba pegada en la pared, a mi derecha, a la izquierda de las reinas y al frente de la tarima principal. Advertí a mi compañero de silla sobre lo jocosa que me parecía; él la observó, curioso, y se sonrió sonoramente diciéndome: “Usted si anda pendiente de todo, rebájelos al menos una”.

Minutos más tarde, no sabría calcular cuántos, la expectativa y la espera hizo que fueran eternos, comenzamos a observar movimientos extraños que pusieron alerta nuestros sentidos. Entraron al recinto algunas personas luciendo las llamativas prendas de la Defensa Civil

Colombiana, a realizar, me imagino, una inspección de seguridad al recinto donde estarían alojadas las candidatas. Se ubicaron en lugares estratégicos que facilitarían su reacción, en caso de una eventualidad. La presencia de estas personas nos hizo pensar que ya estaría próxima la llegada de quienes tanto interés habían despertado dentro de la población.

En otro movimiento inesperado, ingresó un pelotón de auxiliares bachilleres que prestan su servicio militar en el Inpec. No es que nos sea raro verlos, pero sí en esa cantidad, juntos y con un cabo al mando que los dispuso dentro del recinto que en cualquier momento sería el auditorio real.

“¡Llegaron, llegaron!” se comenzó a rumorar, y empezó a entrar gente desconocida y que, como se dice en la jerga penitenciaria, “huele a calle”. Ingresaron hombres, mujeres, pero no las mujeres que nosotros esperábamos, sino las esposas y esposos de algunos internos e internas que contaron con la fortuna de inscribir a sus hijos e hijas para que sirvieran de pajecitos de las reinas y así poder pasar algunos minutos dentro del penal en compañía de sus familiares.

Nada de las reinas. Seguía la espera. “Ojalá valga la pena”, decían algunos, pero no nos desanimábamos. La expectativa era grande para muchos, por no decir para todos, pues era la primera vez en la vida que estaríamos tan cerca de una mujer considerada como reina, así que seguíamos muy animados.

Al fin, la espera terminaba. ¿Cuánto rato después? Eso no importaba. Por la puerta hizo su ingreso triunfal la Reina Nacional del Bambuco 2012. Al fin, tantos preparativos, tanta expectativa, tanta espera pagaban su precio, al fin las teníamos al alcance de la mano. Las candidatas ya no eran unas fotos a blanco y negro impresas en un periódico, eran mujeres reales, en los dos sentidos de la palabra, uno porque eran reinas y dos porque las teníamos en frente, tangibles, de carne y hueso, tan real como mi compañero de celda y tan cerca que podía oírme. Apostaría todo a que por lo menos el noventa por ciento de los reclusos pagarían por ocupar mi lugar.

En medio de la emoción, un compañero, ubicado un par de sillas atrás, sólo atinaba a gritarle a cada candidata: “¡Esa es la reina, carajo! ¡Antioquia, esa es la reina, carajo! ¡Meta, esa es la reina, carajo!”. Ellas, muy amables, muy queridas, nos ofrecían su corazón, nos daban las

gracias y lanzaban besos vacíos al aire. Pensé: “Al fin y al cabo reinas”. Así hicieron su ingreso triunfal, una a una, las candidatas que por primera vez visitaban la cárcel.

La desilusión vino por cuenta de las camisetas que lucían las candidatas. Eran poco agradecidas por los logos de uno de los patrocinadores del evento. Esto hizo que una de las expectativas de los hombres se viera truncada al no poder observar a plenitud las formas y curvas de tan anheladas visitantes. ¿Quién sería el de tan macabra idea?

Las beldades desfilaron en frente nuestro, tomadas del brazo de unos jóvenes, al parecer cadetes de una escuela de oficiales, los cuales lucían sus impecables uniformes, acompañados de unas gafas oscuras, queriendo lucir importantes, pero con la ansiedad de ver a las reinas para nosotros eran irrelevantes. De la otra mano, las candidatas eran acompañadas por el hijo o la hija de alguno de los internos que los pudieron inscribir y quienes lucían trajes típicos del sanjuanero huilense. Nuestra atención seguía centrada en las mujeres de la banda cruzada, indicación del departamento al que representaban.

Las bellas representantes de las distintas regiones del país lucían, bajo la detestada camiseta, unos vestidos negros enterizos, de pantalón muy largo, que casi cubría sus zapatos de tacón. El vestido era demasiado holgado para nuestro gusto, y estaba acompañado con la camiseta. No nos dejaron deleitarnos con las redondeadas líneas que esperábamos observar. Así pasaron una a una y se acomodaron en las sillas dispuestas para ellas. Cuando todas estaban cómodamente sentadas, se dio inicio a los obligados discursos de cortesía por parte de las autoridades y la administración del establecimiento, agradeciendo la deferencia que la delegación de bellezas presentaba para con todos nosotros, al aceptar la invitación e ingresar a nuestra humilde “morada”.

Los grupos folclóricos del establecimiento ejecutaron diestramente una serie de bailes típicos de la región para agasajar a las invitadas. Bailó magistralmente el Sanjuanero huilense la Reina del Sampedrito, celebrado en la prisión, elegida días antes en ese mismo salón. Habló también la esposa del recién elegido gobernador del departamento del Huila, haciendo promesas de estar más pendiente de las necesidades de los que acá purgamos una pena. Escuchamos al representante del patrocinador del evento, no muy querido por

cierto, al hacer lucir a las reinas su desaliñada camiseta. Pronunció palabras muy adornadas y trajo unos kits de aseo personal, como si eso fuera lo único que necesitaríamos. Escuchamos la melodiosa voz de la esposa de algún político de la región con promesas y más promesas.

Y así como aparecieron, llegó la hora de desaparecer. Por el mismo estrecho pasillo por el que ingresaron, desfilaron una a una, ofreciéndonos su corazón; nos daban las gracias y lanzaban más besos vacíos al aire. Volví a pensar: “Al fin y al cabo reinas”.

LA INVITACIÓN

Jorge Luis Vidarte



Cuando abrí la puerta, ella estaba tendida sobre la cama; su cuerpo desnudo expelía un aroma agradable. La miré. Ella, a su vez, alzó la mirada. En sus ojos, leí la invitación. Hice un gesto con mis labios, cerré la puerta y salí.

EL OLOR DE LA AGUAPANELA

José Hernán Anacona Guzmán



Hoy recuerdo lo bueno que pasaba en mi casa, muy a las cinco y media de la mañana. Era el olor dulce de la aguapanela bien caliente, y lo recuerdo con mucho amor, ahora, en el patio de la cárcel, a la una de la tarde, hora en que reparten aguapanela para calmar la sed.

Esto era lo primero que hacía mi mamá, Lucía Guzmán, al despuntar el día, allá en su cocina pequeña, apenas iluminada por un bombillo, con el calor de la candela en el delantal y la compañía de una perra mediana, muy juguetona y de color blanco, llamada Laica. Ella colocaba en la hornilla de leña de dos fogones una jarra grande, que estaba negra por el humo. Le echaba un pedazo de panela y luego le atizaba bastante leña para que hirviera rápido. Después alistaba lo demás para completar el desayuno: un pedazo de queso bien grande, varios panes o arepas de harina, hechas por ella misma, en días anteriores, en el horno de leña. Cuando la aguapanela empezaba a chispotear, ya estaba lista, y entonces nos llamaba a desayunar.

Con mis hermanos, nos sentábamos en una mesa pequeña que estaba junto al fogón, a desayunar con mi mamá, una joven madre soltera, pero muy enérgica, que tomaba su desayuno de pie, muy rápido, para poder empezar sus oficios.

Como yo era el más pequeño y flaco, en una bolsa de plástico me empacaban tres arepas o dos panes para el recreo, y así, cargados, salíamos corriendo para la escuela.

Esta aguapanela la tomaba también con mucho limón, al medio-día, cuando llegaba de mi escuela, y los fines de semana, cuando salíamos al campo a traer leña y víveres con mi mamá, donde una tía llamada Magdalena. Ese día, por ser especial, la aguapanela era bien caliente y sabrosa porque estaba revuelta con leche de vaca negra.

Hoy solo paso saliva cuando alguien del patio me dice que va a tomar aguapanela. Entonces le digo: “No, porque esa aguapanela es cruda”. El primer día que la tomé me hizo un daño tremendo. Tuve un dolor y una soltura de estómago que me duró más de tres días. Tuve que ir al médico a que me aplicara una inyección y me recetara medicamentos. Por esta razón, no tomo de esa aguapanela, y me aguanto las ganas, así el recuerdo me llame, porque sé que pronto estaré tomándomela con mis hijas y mi familia, bien caliente y sabrosa, y no cruda y desabrida.

LA FUMA DE ANTIER

Nelson Yesid Marca Lasprilla



—Aún no sé cómo logramos salir de ese problema tan verraco, Paisa, y después de correrle cuatro días a la guerrilla.

—Es cierto, Negro, si nos demoramos un poco más en regresar al pueblo, no estaríamos contando el cuento.

—Paisa, creo que estamos aquí porque esas persona nos salvaron.

—Qué va, Negro, ¿no se da cuenta de que parecían brujos? ¿No recuerda que los vimos salir volando de ese árbol?

—No diga pendejadas, Paisa, eso eran piscos.

—Que no, Negro, yo sí me acuerdo bien que cuando llegamos a la veredita y encontramos a esa gente, estaban todos desarrapados, oían maluco, flacos, con grandes ojeras, como si hubieran trasnochado, y apenas nos vieron, preguntaron cómo nos había ido, como si hubieran escuchado y visto lo que nos había pasado.

—De todas maneras nos ayudaron, además, nos dieron desayuno, y como son de la región, saben todo lo que pasa alrededor.

—No, Negro, no me venga con ese cuento; cuando escuchamos el murmullo en la copa del árbol no vimos nada, pero después vimos volar esos tres bichos con dirección a la veredita, esos fulanos son brujos y son los mismos que vimos volar.

—Hombre, no diga bobadas, lo que pasa es que en ese momento ya llevábamos tres días sin comer ni tomar nada; si escuchábamos y veíamos cosas era del hambre. Lo que aún no entiendo y no puedo comprender es por qué nos querían ayudar.

—Cuál ayudarnos, Negro, nos estaban dejando tomar confianza para después comernos, ¿o no los vio armados con escopetas y palos, flacos y con esa cara de hambre tan verraca? Menos mal que me hizo caso y nos volamos apenas nos dieron papaya, porque si nos quedamos, nos almuerzan. Lo que deberíamos hacer es avisarle a la gente de este pueblo, que allá en el monte hay una vereda donde viven brujos caníbales.

—No sea bobo, Paisa, cómo nos van a creer semejante historia. Primero nos van a preguntar qué hacemos aquí. Y se van a enterar, además, lo que hicimos antier. La ley es dura. Nos van a pegar la matada del siglo cuando se enteren que nos llevamos y fumamos esas dos libras de bazuco.

EVOCACIÓN

Luis Alfonso Díaz



Arrecia un fortísimo aguacero y una densa niebla abraza la ciudad capitalina. Una extraña sensación emana de mis sentidos al percibir el olor agudo de la fábrica de aceites La Sevillana. De repente, como por arte de magia, mis sentidos me transportan y me hallo en la Bogotá de los ochenta, abrigado con bufanda, gorro y guantes de lana, en una modesta casa de donde se divisa el cerro de Monserrate, como si este amenazara con venirse encima.

Muy cerca, como a media cuadra de distancia, de las enormes calderas de la fábrica de Bavaria emana el olor fuerte y repugnante de la cebada en cocción, de la que al parecer se extrae la cerveza, purgante amargo que no entiendo cómo le gusta a los adultos, pues la probé a mi corta edad para un San Pedro, el día de la matada del marrano. En esa ocasión, estaba junto a unos primos y habíamos aprovechado el descuido de todos para ingerir aquella bebida repugnante y amarga.

El frío cumple con su cometido y el torrencial aguacero no permite que la lluvia amaine, aunque la fábrica de cerveza, además del fuerte olor a cebada, se convierte en un área térmica donde decenas de adolescentes hambrientos y con frío se amontonan junto a las paredes tibias, producto del calor de las calderas, complementando

su abrigo con cajas de cartón, que parecieran valorar como sus más preciados tesoros, por el servicio que les prestan al protegerlos de las inclemencias del tiempo.

Observo detenidamente, junto a la reja del garaje que da a la calle, la escena de esos desafortunados muchachos. Descubro lo privilegiado que soy al tener techo, abrigo, comida y una familia que vela por mí sustento. De repente, tres pequeños hambrientos, que se desprendieron del grupo, se hallan frente a mí, amigables y sonrientes, con la intención clara de ganar mi confianza, pidiendo algo de comer. Aprovecho la ausencia de mi tía, a quien mi madre había confiado mi cuidado en estas vacaciones decembrinas, dado que muy de mañana sale a su trabajo, como secretaria en la oficina de unos ingenieros. Corro a la cocina, ubicada en el segundo piso y, sin mediar consecuencias, bajo las ollas con arroz, carne sudada, papa y lentejas, y trato de saciar el hambre de los desafortunados pequeños, pues me imagino en sus zapatos, y ni siquiera atino a soportar esa situación. Sin mediar palabra alguna, entrego toda la comida, sin siquiera pensar que también estoy entregando el almuerzo y la cena, tanto la mía como la de mi tía.

A pesar de la sensación de infinito placer que invade mi ser al haber contribuido a saciar el hambre de alguien, basta que pasen las horas para darme cuenta de que el hambre hace presa de mí, y lo más complicado, el inminente temor por encontrar la excusa perfecta que evite que mi tía, a su regreso, no encuentre nada de lo que había dejado hecho para comer desde la madrugada. Llenándome de valor, comprendo que no debo mentir, puesto que ha sido una obra de infinita misericordia.

No obstante, pensaba en el estrés y todas las implicaciones que convierte a los adultos en personas insensatas. A su regreso, mi tía llega a la cocina, ve las ollas desocupadas y pega el primer grito: “¡Luis!”. De inmediato, comprendo que ha llegado la hora de explicar lo sucedido. No hay poder humano para hacerla entrar en razón. Manifiesta que esos gamines solo son producto de la delincuencia, en quienes no se debe confiar, pues si se les da confianza, con el tiempo termina uno siendo víctima de ellos, por su necesidad de drogarse, por su carencia de principios y de valores. La mayoría ha huido de sus hogares por no obedecer las reglas que le imponían sus padres para

que asistieran a la escuela o al colegio. Dice que ellos harán lo que esté a su alcance para saciar su deseo de consumir pegante bóxer o marihuana, y que ella se jode toda la semana, durante todos los días, para que no nos falte alimento, techo y abrigo.

De repente, como por arte de magia y como en un trance brusco de la ficción a la realidad, la voz dulce y amable de la azafata, al servicio de la línea Halcón de Coomotor, que me transportaba, al tiempo que nos solicitaba devolver la cobija térmica suministrada para abrigarnos del frío, daba la bienvenida a la capital del país, informando a todos sus pasajeros que habíamos llegado a la Terminal de Transportes y que nos recomendaba utilizar el servicio de taxi que ofrecía este puerto terrestre, para evitar ser víctimas de taxistas piratas que se dedicaban a la delincuencia.

BOGOTÁ



Víctor Manuel Mejía Ángel
Director del Taller

ENCARGUITO

Claudia Marcela Ríos Escobar



Para la mayoría de las personas, el día sábado se va, medio día de trabajo y medio de descanso. Una buena reunión con los amigos para gastar la “quincenita”.

Para mí, el sábado en cambio se iba en la preparación de la visita de mi esposo, del día domingo, a la cárcel Modelo como lo hacía cada quince días. Me disponía a conseguir todos los ingredientes para la comida, no se puede llegar con las manos vacías. Compré arroz, unas cebollas largas bien escogidas para darle buen sabor a mi plato especial y aliñar también mis sentimientos. Bien dice el refrán: “a los hombres se les entra por el estómago”.

Le preparé papas con colitas de cebolla en mantequilla, todo un rito para mí. A las seis de la tarde, seguía dedicada a la comida de mi hombre. También preparé el “encarguito”, una buena cantidad de “Crippy” acomodada y prensada, todo para que mi hombre pudiera celebrar una buena fiestecita de cumpleaños en mi nombre.

—Ve, Claudia, no metas eso a la cárcel. Por eso te encanan —sentenció mi hermana.

—Sí, claro, hasta mejor sería, pues así me sacudo de tanto frío —respondí con risa.

Por fin llegó el amanecer del domingo. Me bañé, desayuné. Todo “listín”. Ah, el encarguito, casi se me olvida.

Llego a la guardia de la Modelo, paso el protocolo de seguridad, las raquetas, los perros. De pronto, un perro me olfatea. “Perro marihuanero”, pensé. El labrador con cara de bobo se me pega.

Me separan del grupo, me preguntan qué traigo.

—Marihuana.

Y “shas”, ahí empezó toda esta vuelta. Mi esposo allá y yo acá en el Buen Pastor desde hace cinco meses.

SE ACABÓ LA FIESTA

Tatiana Tapia Lozano



Esa semana transcurrió como cualquiera del mes de febrero, pues aunque mi único amor estaba tras las rejas, yo seguía con el cumplimiento de las obligaciones normales sin siquiera imaginarme que ese 2 de febrero empezaba para mí una condena que, agravada por mis malas decisiones, hoy aún no he acabado de pagar.

Por fin llegó el domingo, me reencontraría con Javier después de casi un mes de no estar juntos, no porque llevara ese tiempo detenido, sino porque por unas pequeñas posturas machistas de su parte y no dejarme compartir con mis compañeras de trabajo, nos separamos y yo había regresado al hotel mamá, donde recibí esa llamada que cambió mi vida.

Llegué a hacer la fila a las cuatro de la mañana, pues necesitaba ser la primera en hablar con él. Ingresé a la Modelo a eso de las nueve. Javier ya me estaba esperando. Admito que nunca había visto tantos hombres juntos, creo que por eso me tomó de la mano y rápido me entró a su celda, un espacio de 1.20 metros de ancho por 2 de largo, aproximadamente.

Una súper pequeña cama de cemento y una tabla a manera de repisa con cosas de aseo personal fue lo único que observé al entrar.

No sé si por la época, o el amor que le tenía, yo siempre le había sido fiel. Creo que por eso, antes de pedir o dar explicaciones, hicimos el amor como nunca, como si fuera la última vez, queriendo que el tiempo se detuviera cuando su cuerpo arropaba el mío y sus caricias me hacían sentir viva.

Llegó la hora de hablar. Me dijo que había llegado a ese lugar por bobo, que estaba con Luis, un amigo, jugando póker en un casino del sur de la ciudad, cuando llegó una requisita de rutina de esas que son ya comunes en estos lugares.

El uniformado pidió documentos y al requisarlo encontró una bolsita con “perico” en su bolsillo derecho.

Me explicó que llevaba la droga porque Luis le pidió el favor que se la pasara a otra persona que estaba con ellos. Camino al CAI, Javier pensó que lo que había pasado no era tan grave, por eso le ofreció \$100.000 pesos a cada uno de los policías. Ellos no aceptaron y se lo llevaron de inmediato a una URI, donde fue judicializado por porte de estupefacientes y cohecho.

Quedé un poco confundida, pero no dudé en brindarle todo mi apoyo, compañía y amor. Desde ese día, empecé a ir cada domingo. Recuerdo que Javier me decía:

—Negra, si usted conoce a otra persona o se cansa de venir, dígame y tranquila, yo entenderé.

Yo le respondí que tranquilo, que podía confiar siempre en mí.

En ese tiempo, yo era una persona tranquila y trabajadora y, como todos, con algunos problemas económicos que, en parte, fueron los detonantes de mis malas decisiones.

Eran las diez de la noche del sábado. Llegué a la fila de ingreso del día domingo, quería ser de las primeras en entrar a la visita. Eran varias horas de espera, que esa noche traté de hacer más amenas con media de “guaro” y una larga conversación con Leidy, una muchacha que tenía al esposo en el mismo patio que estaba Javier.

Esa noche, Leidy me contó que ella se dedicaba a “tomasear” y con permiso del esposo. “Tomasear” era, según ella, emborrachar y robar sin que nadie se diera cuenta a hombres mujeriegos que buscaban lo que no se les había perdido.

Me aclaró que no se le hacía daño a nadie y que esa era su fuente de ingresos para poder mantener los gastos de su familia y esposo.

Además, aclaró que solo trabajaba miércoles, jueves, viernes y algunos sábados.

Leidy me dijo que yo era muy bonita, que se me haría muy fácil trabajar con ella. Fue así como dejó la intriga en mí, pero también dejó su número celular por si yo tomaba alguna decisión.

El viernes de esa misma semana recibió mi llamada y acordamos una cita en un bar del norte de la ciudad a las nueve de la noche.

Esa noche, me arreglé muy bien con tacones y un buen peinado, algo decente, pero no tanto, no sabía qué iba a pasar. Llevaba conmigo \$50.000 pesos, por si tocaba devolverme en taxi.

Al entrar al lugar, vi a Leidy, por cierto muy normal, aunque ella me explicó que entre más discretas mejor. Me senté junto a ella, me pidió una cerveza y hablamos como dos viejas amigas. Me daba tips y me decía que tuviera paciencia, media hora después mandaron a la mesa dos cervezas. Leidy dio las gracias, pero no las aceptó. Dijo que nosotras teníamos con que pagar.

Así iniciamos una conversación con tres hombres de otra mesa. Todo fue tan ameno que yo casi me olvidé de lo que al final iba a pasar. Leidy me dijo que trataría de hablarle especialmente a uno de los tres. Recuerdo que era un hombre de aproximadamente unos 35 años de tez blanca, ojos azules y un poco gordo. Definitivamente no era mi tipo.

Ella hablaba mucho más con otro de ellos que definitivamente era el más guapo, logrando así que el tercero y más feo de la mesa se sintiera mal y decidiera irse solo. Luego de menos de tres horas, ellos estaban totalmente ebrios. Y Leidy y yo, con sus billeteras, íbamos en un taxi camino a casa.

Esa noche, ganamos \$450.000 pesos cada una, cifra muy cercana a mi sueldo mensual, creo que fue la principal razón por la que seguí acompañando a Leidy cada viernes. Todo a espaldas de Javier.

Una noche no contamos con suerte. Aun no entiendo si fue casualidad o iban tras nosotras, pero fuimos capturadas por dos supuestos clientes, quienes en realidad eran policías encubiertos. Leidy me miró como diciendo: “se nos acabó la fiesta”.

Fugas de tinta 6 es una colección de algunos escritos de los participantes en los talleres de Libertad Bajo Palabra realizados en 2013.

Estos textos son un documento valiosísimo sobre Colombia y deberían ser leídos por los académicos, por los sociólogos y los antropólogos, y por todos los que se interesen por los problemas sociales de nuestro país, pues en ellos se puede ver la realidad, la verdadera vida, sus sombras y sus múltiples orígenes.

Lo más interesante de este programa es que a partir de la escritura muchos reclusos se interesan por leer y se convierten en grandes lectores. Una reclusa del Buen Pastor de Bogotá me dijo: “Cuando descubrí la literatura supe que podía aguantar esta tragedia. La biblioteca y los libros, leer y escribir, son la mejor manera de no estar aquí, la manera que tengo de ser libre aquí adentro”.

JOSÉ ZULETA ORTIZ
COORDINADOR DEL PROGRAMA
LIBERTAD BAJO PALABRA



MinCultura
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD
PARA TODOS



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA®

ISBN-13: 978-958-8545-84-4

